

**Jorge Ramos Tolosa**

**UNA HISTORIA  
CONTEMPORANEA**

**PALESTINA - ISRAEL**



“Se llamaba Palestina. Se sigue llamando Palestina” es el grito a la vez político y poético con el que Darwix, y con él todos los palestinos, responden, en el plano nominativo, a la desposesión sistemática a la que están sometidos desde hace más de un siglo. Desposeídos del nombre, de sus tierras, de sus hogares, de su historia y de sus mitos.

Con lo que nunca contaron las madres y padres fundadores de Israel, ni lo hacen tampoco hoy la inmensa mayoría de los israelíes, es con la capacidad de resiliencia de los palestinos, con su arraigo a un espacio a la vez físico y simbólico por el que, como cantan los célebres versos de Mahmud Darwix, “merece la pena la vida”. El resultado no es un conflicto entre dos relatos ni entre iguales, sino la lucha agónica de la justicia por sobrevivir, pues la justicia y la equidad, recuerda siempre el infatigable jurista gazatí Raji Sourani, o son universales o no son tales.

**Una historia  
contemporánea de**  
**Palestina-  
Israel**

**Jorge Ramos Tolosa**

Prólogo de Luz Gómez



Jorge Ramos Tolosa

**UNA HISTORIA CONTEMPORÁNEA  
DE PALESTINA–ISRAEL**

Diseño de cubierta original: Pablo Nanclares

© Jorge Ramos Tolosa, 2020

© Del prólogo, Luz Gómez, 2020

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2020

WWW.CATARATA.ORG

Este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## ÍNDICE DE CONTENIDO

Palestina–Israel. Un encuentro ético. Luz Gómez

I. Las últimas décadas de la palestina otomana y la llegada de la colonización de asentamiento sionista (1882–1917)

II. El mandato británico de palestina (1917–1947/1948)

III. La intervención de la ONU. La Nakba Palestina y la creación del estado de Israel (1947–1949)

IV. Los campos de personas refugiadas palestinas y la construcción de la sociedad israelí (1949–1967)

V. La guerra de los seis días. La ocupación militar y endocolonización israelí y la propagación de las resistencias palestinas (1967–1987)

VI. La primera intifada. Oslo y el derrumbe del proceso de negociación (1987–2000)

VII. De la segunda intifada a la última era Netanyahu (2000–2020)

Fuentes

Bibliografía

Acerca del autor

## PALESTINA–ISRAEL, UN ENCUENTRO ÉTICO

**Luz Gómez**

En un documental de 1970, una septuagenaria Golda Meir, primera ministra de Israel, replicaba, con la contumacia que la caracterizaba, al entrevistador británico de Thames TV que cuestionaba su negación de la existencia de un pueblo palestino:

¿Cuándo nacieron los palestinos? ¿Qué era toda esta área antes de la Primera Guerra Mundial? Cuando los británicos impusieron el Mandato sobre Palestina, ¿qué era Palestina entonces? Palestina era todo el territorio entre el Mediterráneo y la frontera con Irak. Cisjordania y Transjordania eran Palestina. Yo soy palestina. Entre 1922 y 1948 yo tenía un pasaporte palestino. No existía

en este territorio nada semejante a judíos, árabes y palestinos. Lo que había eran judíos y árabes.

Y de esa manipulación precisamente trata este libro: de cómo se inventa, se crea y se consolida el Estado de Israel y de cómo para ello es precisa la aniquilación de Palestina, de su gente, de su paisaje y de su historia. Porque, a diferencia de las argucias dialécticas de los actuales líderes israelíes, Golda Meir nunca enmascaró las consecuencias de la épica colonial sionista, que solo podía resolverse con la extinción de Palestina y los palestinos, igual que había sucedido con la población indígena de Norteamérica, haría notar, en un acertado símil y por las mismas fechas, el líder de la OLP Yasir Arafat, el cual, según cuenta el historiador palestino Elias Sanbar, llegó a recibir en su despacho de Beirut a una delegación de senadores estadounidenses con las paredes empapeladas... ¡con fotogramas de “pieles rojas”!

Sin embargo, con lo que nunca contaron las madres y padres fundadores de Israel, ni lo hacen tampoco hoy la inmensa mayoría de los israelíes, es con la capacidad de resiliencia de los palestinos, con su arraigo a un espacio a la vez físico y simbólico por el que, como cantan los célebres versos de Mahmud Darwix, “merece la pena la vida”. El resultado no es un conflicto entre dos relatos ni entre iguales, sino la lucha agónica de la justicia por sobrevivir, pues la justicia y la equidad, recuerda siempre el infatigable jurista gazatí Raji Sourani, o son universales o no son tales.

“Se llamaba Palestina. Se sigue llamando Palestina” es el grito a la vez político y poético con el que Darwix, y con él todos los palestinos, responden, en el plano nominativo, a la desposesión sistemática a la que están sometidos desde hace más de un siglo. Desposeídos del nombre, de sus tierras, de sus hogares, de su historia, de sus mitos y, llegando al colmo, desposeídos hasta de su cocina: ¡cuántas veces no habremos visto un menú que anuncia falafel o humus israelí! No es una anécdota, es un síntoma más de una realidad que arranca en 1882, con la primera *aliya* – como se conoce a las oleadas colonizadoras sionistas –, recorre todo el siglo XX y llega hasta hoy, en los inicios mismos de la tercera década del siglo XXI, cuando el presidente estadounidense y el primer ministro israelí, Donald Trump y Benjamín Netanyahu, han presentado, con su fanfarria habitual, un plan de paz que consuma la bantustanización de 6 millones de palestinos en Israel y el abandono, en el sumidero de la historia, de los derechos de los otros 6 millones de refugiados palestinos. Ni el derecho internacional ni los derechos humanos ni las consideraciones demográficas o la estabilidad regional cuentan lo más mínimo en la última huida hacia adelante de Israel–EE UU. Con todo, lo más terrible es que la lógica del plan de Trump no es coyuntural, no es un resultado contingente o circunstancial, no es nada nuevo, sino que es la conclusión natural de una política de hechos consumados, una lógica que viene imponiéndosele a Palestina desde que

en 1917 el Imperio Británico la plasmará, con expresiones y silencios imborrables, en la Declaración Balfour.

*Una historia contemporánea de Palestina–Israel* repasa el casi ya siglo y medio de historia de la desposesión palestina y de la apropiación israelí haciendo un análisis a la vez preciso y sintético de los principales hechos que las sustentan sin solución de continuidad. No es un estudio histórico sin más, no puede serlo viniendo de un historiador riguroso y comprometido. Es una historia crítica, que revisa y cuestiona los acontecimientos y a sus protagonistas, incluidas las instituciones internacionales y la dejación de funciones colectiva e individual. El autor, Jorge Ramos Tolosa, no se conforma con un recuento de una historia muchas veces contada, aunque la deuda intelectual con grandes historiadores israelíes y palestinos, como Ilan Pappé, Avi Shlaim, Rashid Khalidi o Nur Masalha, es evidente. Porque si bien este libro es una obra con un claro fin didáctico, y lo consigue, no por didáctica deja de ser ambiciosa y de hacer su propia aportación a la historiografía israelopalestina. Ramos Tolosa recurre en distintas ocasiones a fuentes originales, fundamentales pero hasta ahora ignoradas o marginadas. Por ejemplo, el historiador riguroso se zambulle en archivos diplomáticos y legislación internacional para reconstruir el papel del *lobby* sionista en la aprobación y ejecución del plan de partición de Palestina promovido por las Naciones Unidas en 1947. Y el historiador comprometido somete este escrutinio al marco del análisis

decolonial, lo cual le permite explicar la Nakba, “la catástrofe” que supuso la creación del Estado de Israel, en su calidad de proceso sistémico de colonización de asentamiento y de limpieza étnica, sostenido en el tiempo y abocado a ser clarificado, por lo menos en términos epistemológicos, con las mismas herramientas útiles para otros movimientos de emancipación en marcha.

Para cumplir con estos presupuestos metodológicos, y en honor, además, a la objetividad historiográfica, Jorge Ramos Tolosa presta especial atención a las voces subalternas, siempre desatendidas cuando de elaborar un relato histórico monolítico se trata. En el caso de la historiografía de Palestina e Israel –paradigmático en cuestión de rigideces ideológicas– esto ha venido siendo la tónica unánimemente oficial y mayoritariamente oficiosa. El autor ha aprovechado algunos recursos de la intrahistoria que recogen las historias de vida que se han conseguido recopilar y salvar en las dos últimas décadas, y que preservan la memoria previa a la Nakba, contrarrestando, siquiera en parte, la desaparición de bibliotecas, archivos y documentación palestinos tanto en Israel como en Beirut tras la destrucción del Centro de Información de la OLP en 1982. Y a la hora de abordar la controvertida construcción de las identidades nacionales, Ramos Tolosa concede una importancia primordial no solo al papel más evidente, de corte matriarcal, de las mujeres israelíes y palestinas, sino también a su aportación pública a la política y, en especial, a las estrategias de resistencia. El

retrato que hace de la icónica Leila Khaled es una contribución sobresaliente para una correcta resignificación del contexto de la lucha armada en los movimientos de liberación nacional, algo cada vez más interesadamente ignorado tanto por políticos como, lo cual es más grave, por académicos.

Por último, quedaría por aclarar el acierto del título mismo de la obra: la naturalización de Palestina–Israel o Israel–Palestina como una entidad indisoluble. En 1999, Edward Said ya defendió que el Estado binacional, se llamase del modo que se llamase, era, aun a largo plazo, la única salida del conflicto; un conflicto de mutua exclusión histórica, política y existencial. Chocaba con la retórica de los dos estados impulsada por los Acuerdos de Oslo y entonces aún hegemónica. Pero si en su día aquella propuesta fue calificada, en el mejor de los casos, de utópica, y levantó críticas casi igual de acerbadas entre los israelíes que entre los propios camaradas palestinos de Said, la idea de un único Estado constitucional soberano que garantice idénticos derechos a dos pueblos con dos identidades nacionales se perfila hoy la sola alternativa no violenta a la lógica de la exclusión y su deriva institucional en un régimen de apartheid. No se trata de una mera cuestión de gobernabilidad, se trata de la cuestión crucial de la soberanía, que distingue a un Estado de derecho de un Estado a secas. Y si hace veinte años Palestina–Israel entendida como una entidad indisoluble era una posición

marginal, hoy es común plantear, al menos en el plano teórico, este encuentro ético. No es una garantía de futuro, pero sí el paso necesario para acometer el fin de las prácticas de borrado del otro. Pues, como apunta Judith Butler, el reconocimiento precede a la reconsideración –en el plano de la imaginación y de la vida– del significado del vínculo en un horizonte igualitario.

LUZ GÓMEZ

*Madrid, 2 de febrero de 2020*

## Capítulo I

# **LAS ÚLTIMAS DÉCADAS DE LA PALESTINA OTOMANA Y LA LLEGADA DE LA COLONIZACIÓN DE ASENTAMIENTO SIONISTA (1882–1917)**

## **Breve introducción a la última etapa de la palestina otomana**

A finales del siglo XIX, Palestina formaba parte del Sultnato Otomano. A pesar de que generalmente se ha denominado “Imperio Otomano”, esta última fórmula puede considerarse poco rigurosa y eurocéntrica, puesto que la máxima autoridad otomana era un sultán. El Sultnato Otomano se creó en 1299, siempre estuvo gobernado por la dinastía osmanlí y desde 1453 tuvo como capital a Constantinopla–Estambul. A pesar de que el islam y el turco otomano fueron su religión y su idioma oficial, respectivamente, el carácter de su población era multiétnico, multilingüe y multiconfesional. Durante el siglo

XIX, el Sultanato entró en su etapa de decadencia final: sufrió la derrota en varios enfrentamientos bélicos y perdió territorios como Argelia, Bulgaria, Egipto, Grecia, Rumanía o Túnez, entre otros. En aquellos años, Palestina no constituía una estructura política diferenciada y estaba dividida en tres partes (Izquierdo, 2007). A partir de las décadas de 1860 y 1870, la Sublime Puerta (el gobierno otomano) modificó su estructura territorial y pasó a estar organizada en *vilayatos*, los cuales se dividían en *ensanjaks* y *mutasarrifatos*. La mitad septentrional de Palestina la conformaban los *sanjaks* de Acre y Nablus, pertenecientes al *vilayato* de Beirut. La parte sur, desde Yafa, formó parte del *mutasarrifato* de Al-Quds-Jerusalén desde 1872. Durante el último periodo del Sultanato, todo este territorio se conocía con el nombre de Siria meridional, de Tierra Santa o, de forma cada vez más habitual, de Filistin/Falastin (Palestina), una denominación utilizada desde la Edad Antigua.

En Palestina, prácticamente la totalidad de la población era árabe, según el criterio identitario lingüístico-cultural. Entre los años 1850 y 1880, en torno a medio millón de personas vivían en Palestina, un territorio de casi 27.000 kilómetros cuadrados, una extensión muy similar a la de Albania. Aproximadamente un 3 por ciento de la población era de religión judía (conocida más tarde como el “Viejo Yishuv”), un 11 por ciento cristiana y en torno a un 86 por ciento musulmana, la inmensa mayoría suní. También existían minorías drusas y de musulmanes chiíes. El territorio

se caracterizaba por la pluralidad y la tolerancia en la esfera religiosa. No había problemas de acceso a los santos lugares de las tres religiones abrahámicas. De hecho, Palestina no vivió la oleada judeófoba que se desencadenó en algunos lugares de Europa a finales del siglo XIX. Por su parte, la población era básicamente rural, tenía una autonomía relevante respecto al poder estatal otomano y estaba organizada en torno a la familia y el clan (*hamula*). La primera autoridad local y la última unidad administrativa otomana tenía un carácter difuso y se denominaba *nahiya*. Podía comprender varias localidades y estaba bajo el arbitrio de un líder autóctono, generalmente el jefe del *hamula* más importante (Farsoun y Zacharia, 1997: 23–25).

A pesar del sistema patriarcal dominante y de la imposición del modelo de domesticidad, en los ámbitos rurales numerosas mujeres palestinas no solo trabajaban en casa y en los cuidados familiares, sino también en tareas agrícolas, comerciales o educativas. Generalmente, con algunas excepciones, en los pueblos y los barrios populares de las ciudades, las mujeres musulmanas no llevaron velo hasta que estos lugares empezaron a ser visitados recurrentemente por extranjeros o hasta que los colonos sionistas empezaron a ser numerosos. En las clases altas el fenómeno fue frecuentemente el contrario; aunque el velo era la norma entre las mujeres musulmanas, conforme se acercaba el final del siglo XIX las excepciones empezaron a ser cada vez más habituales. A menudo, la vida cotidiana de

muchas mujeres palestinas dependía más de su clase social o del ámbito en el cual vivían que de su pertenencia a una religión o a otra (Pappé, 2007: 40–45).

Conforme avanzaba la segunda mitad del siglo XIX, Palestina se insertaba cada vez más en los circuitos comerciales transnacionales y conseguía una notable interacción económica con el extranjero. En aquel periodo aumentó significativamente la exportación de productos como el aceite de oliva, el algodón, los cereales, el sésamo, el tabaco y algunas manufacturas. Pero fue especialmente la exportación de cítricos, y más específicamente la de las naranjas de la zona de Yafa, la que más se expandió. También había otros centros industriales y económicos significativos: la manufactura de madera de olivo de Belén; la industria textil de Gaza y la de vidrio de Al-Khalil-Hebrón; el núcleo ferroviario, industrial y portuario de Haifa; todo lo relacionado con el mundo de la cultura y la comunicación en Yafa o las industrias de mármol y jabón de Nablus. En este contexto, las nuevas redes de comunicación y transporte fueron fundamentales. Desde las décadas de 1860 y 1870 se empezó a contar con compañías que cubrían tanto el servicio postal como las rutas navales regulares que unían Palestina con Europa. En 1868 se inauguró la primera carretera entre Yafa y Al-Quds-Jerusalén. Veinticuatro años más tarde empezó a funcionar la línea de ferrocarril entre estas dos mismas ciudades, que durante la primera década del siglo XX llegó también a otros municipios palestinos. En

Yafa, la vía del tren se adentraba en el mar decenas de metros para conectar mejor el transporte marítimo con el ferroviario. Al contrario de lo que empezó a difundir el movimiento colonial sionista, Palestina no era una tierra vacía, ni una tierra virgen, ni “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra” (Ramos, 2014b).

## **Los inicios de la colonización de asentamiento sionista**

La situación empezó a cambiar con la llegada de la colonización de asentamiento sionista en la década de 1880. El movimiento sionista fue creado por una minoría de personas judías de la Europa del siglo XIX y aceptó y reprodujo muchos de sus esquemas sociopolíticos hegemónicos. Entre ellos, la efervescencia nacionalista en clave organicista, que consideraba que las sociedades europeas funcionaban como organismos vivos homogéneos, y que comunidades como las judías eran un cuerpo extraño que no podía integrarse en su seno. En este contexto racista, de auge del imperialismo europeo y judeófobo, Theodor Herzl, el padre del movimiento sionista, consideró que las personas judías no solo tenían en común una religión, sino que conformaban una nación perseguida en Europa. Según su opinión, el *problema judío* no era religioso, sino nacional.

Y, como pueblo diferenciado y oprimido, merecían y necesitaban una patria propia (Herzl, 2009 [1896]).

Pero el sionismo era un nacionalismo *sin territorio* (Encel, 2015: 44–46), por lo que tuvo que adoptar la vía del colonialismo de asentamiento fuera de la Europa continental. Pueden diferenciarse diversas formas de colonialismo, que a su vez cuentan con variaciones internas. Por un lado, puede distinguirse el colonialismo externo o exocolonialismo (que generalmente supone la colonización por parte de un Estado o de un grupo de personas de un territorio lejano o ubicado en otro continente) y el colonialismo interno o endocolonialismo (de un territorio adyacente o que se encuentra bajo algún tipo de control) (Virilo, 1998: 29–45). Por otro, es relevante la distinción entre colonialismo de metrópoli (uno de cuyos principales paradigmas fue el del Raj británico en la India entre 1858 y 1947) frente al colonialismo de asentamiento o poblamiento (dentro del que se diferencian el de plantación étnica, como el del movimiento bóer en Sudáfrica, o el de asentamiento puro, como el del movimiento sionista en Palestina a partir de su segunda oleada colonizadora). Si bien tanto el colonialismo de metrópoli como el de asentamiento comparten numerosos elementos, este último agrega otras dinámicas a los del colonialismo de metrópoli y se concentra en otros diferentes. Sobre todo en que el objetivo fundamental del colonialismo de asentamiento es la creación en el territorio colonizado de una sociedad o patria propia, lo que supone el

desplazamiento, la exclusión, la sustitución y/o la eliminación de la población nativa o de su mayor parte. El movimiento sionista se creó como un exocolonialismo de asentamiento de plantación étnica y pronto pasó a ser de asentamiento puro.

Durante los primeros años, el movimiento sionista planteó varios territorios para establecer la nueva *patria judía*, que tendría que estar conformada homogéneamente o al menos mayoritariamente por personas judías. Entre estos lugares se barajaron Chipre, una parte de Kenia, Madagascar o la Patagonia. Aun así, finalmente, el lugar elegido fue Palestina/Eretz Yisrael. Esto vino motivado por los intereses geoestratégicos de potencias imperialistas como el Reino Unido, por profecías cristianas evangélicas (que consideraban que Cristo volvería en el momento en el que el mayor número posible de personas judías se encontrasen en este territorio) y por los vínculos histórico-religiosos de Palestina/Eretz Yisrael con la religión judía. Los líderes sionistas, mayoritariamente no religiosos y en gran parte autodefinidos como socialistas, consideraban su causa como la lucha de liberación de un pueblo oprimido. Un *pueblo sin tierra* que *volvía* a su *patria ancestral* después de casi dos mil años de exilio. Este territorio, Palestina, empezó a ser presentado y representado en numerosos lugares del Atlántico Norte como una *tierra sin pueblo*, abandonada y baldía, donde habitaban exiguas tribus de bárbaros o salvajes en el marco de un poder otomano decadente. Esta

tierra tenía que convertirse en el refugio nacional que, según la interpretación política sionista, las personas judías necesitaban.

Pero la cuestión clave era: ¿cómo conseguir que un territorio con un 97 por ciento aproximadamente de población no judía se convirtiese en una patria exclusiva o mayoritariamente judía? Aunque nada estaba predeterminado –la historia no es lineal y siempre está sujeta a variables abiertas–, es obvio que difícilmente se podía conseguir este objetivo del movimiento sionista sin la expulsión y la segregación masiva de al menos la mayor parte de la población nativa no judía.

Aunque en los primeros años de la colonización sionista un número considerable de personas autóctonas de Palestina no se opusieron a la llegada de colonos europeos, e incluso su tradicional hospitalidad los hizo recibirlos con los brazos abiertos (Pappé, 2017b: 9), pronto empezó a generar una creciente y mayoritaria hostilidad entre la población autóctona palestina.

Entre otros elementos, su proyecto colonial restringió la puesta en cultivo de nuevas tierras que se buscaban por el crecimiento demográfico palestino y obstaculizó la expansión de la comercialización agrícola. A partir de la segunda oleada colonizadora (*aliya*, entre 1904 y 1914), la construcción del “Nuevo Yishuv”, o simplemente “Yishuv”, la nueva sociedad colonial sionista en Palestina, estaría cada

vez más basada en el modelo de colonialismo de asentamiento puro.

Esto significaba un desarrollo separado a través de la *conquista de la tierra* y la *conquista del trabajo* o *trabajo judío*, lo cual significaba excluir del trabajo agrícola y del mercado laboral a personas que no fueran judías. De esta forma, una de las vías para conseguir el objetivo último del sionismo político, la segregación o separación (*apartheid* en afrikáner, la lengua de los colonos bóeres sudafricanos) de la sociedad colonizadora respecto a la mayoría nativa, empezó a desarrollarse durante los últimos años de la Palestina otomana.

Este fenómeno continuaría con posterioridad y con distintos cambios y matices sigue marcando la relación entre la comunidad colonizadora sionista–israelí y la población autóctona no judía. Desde finales del siglo XIX y principios del XX, estas dinámicas se iban consolidando de la mano de la premisa de que Palestina debía ser “tan judía como inglesa era Inglaterra”, tal y como afirmaría en 1919 Jaim Weizmann, el químico británico sionista que treinta años más tarde se convertiría en el primer presidente del Estado de Israel. Esta pauta colonial de asentamiento empezó a imponerse y se tradujo en la edificación de una nueva comunidad y de un nuevo sujeto colonial judío a través del “arado y la espada” (Masalha, 2012: 19–87 y Mayer, 2010).

## Las primeras resistencias palestinas

Desde la misma década de 1880, la población nativa palestina puso en marcha diversas formas de protesta y resistencia ante la colonización sionista que contaron con la participación o el protagonismo de mujeres palestinas. En 1884, un grupo de personas agricultoras palestinas (*fellahin*, en árabe), en el que se incluían mujeres, protestó contra una colonia sionista de reciente creación próxima a la localidad palestina de Afula (Fleischmann, 2003: 125). Dos años después, varios *fellahin* que se habían visto expulsados de las tierras que cultivaban atacaron a colonos en Al-Khdirah y Petah Tikva. El junio del 1891, notables palestinos de Al-Quds-Jerusalén realizaron una petición a las autoridades otomanas para que se detuviera la colonización sionista. Cuatro años más tarde, el malestar de algunos sectores palestinos como el de los pequeños comerciantes y artesanos, que no podían competir con los medios técnicos de los colonos llegados de Europa, fue recogido por el periódico egipcio *Abu al-Hul*. El editor de la publicación y autor del artículo, Najib al-Haj, acusó al sionismo de privar a la población palestina de sus medios de vida. Una denuncia similar se pudo leer en los diarios *Al-Muqtasaf* y *Al-Manar* después del Primer Congreso Sionista de Basilea de 1897. El año de celebración del congreso de Basilea también vio la luz un comité encabezado por el muftí de Al-Quds-Jerusalén, Muhammad Taher al-Husseini, que tenía como

objetivo revisar las transferencias de propiedad a la población colona.

Con la llegada del siglo XX, las protestas contra el sionismo se intensificaron. Especialmente las quejas dirigidas a las autoridades otomanas y las manifestaciones (algunas tuvieron como resultado personas heridas y muertas) en lugares de Palestina como Afula, Al-Shara, Kafr Kama, Melhamiyya, Misha, Nazaret o Yafa. En 1910 se realizó uno de los primeros grandes llamamientos al boicot contra bienes y comercios de la comunidad colonizadora. Desde un año antes, la cuestión sionista-palestina empezó a aparecer sistemáticamente en las sesiones del Parlamento otomano. En el año 1911, varios parlamentarios árabes denunciaron que el objetivo del sionismo era crear un Estado llamado "judío" en Palestina y buscaron que se aprobara una ley contra la colonización sionista.

La organización asociativa palestina contemporánea llegó pronto y se caracterizó por la diversidad. Algunas de las primeras organizaciones sociales desde el inicio de la colonización sionista estuvieron conformadas solo por mujeres palestinas, como las reunidas por primera vez el 1903 en Acre, en concreto la Sociedad Ortodoxa de Ayuda, y en 1910 en Yafa. También es relevante que, en el lustro anterior al inicio de la Primera Guerra Mundial, casi unas veinte publicaciones periódicas críticas con el sionismo vieron la luz en Palestina, que en aquellos días tenía una población de unas 600.000 personas. Todas ellas estuvieron

precedidas por el semanario *Al-Karmil*, que apareció por primera vez en Haifa en 1908 con un propósito declarado: “Oponerse a la colonización sionista”. En 1911, el fundador de *Al-Karmil*, Najib Nassar, escribió el que se ha considerado el primer libro en árabe sobre el sionismo, cuyo título se puede traducir como: *Sionismo: su historia, su objetivo y su importancia* (Nassar, 1911).

Entre los periódicos palestinos más importantes de este periodo se encontraba *Filastin*, que se publicó por primera vez en Yafa en 1911 y que también trabajaba contra el movimiento sionista. En enero de 1913, por ejemplo, se pudo leer en *Filastin* esta advertencia: “Los sionistas se apoderarán de nuestro país pueblo por pueblo, ciudad por ciudad”. En un editorial de mayo de 1914, el periódico apeló al pueblo palestino como sujeto político y avisó sobre el peligro que suponía el sionismo para la “nación palestina” (*Al-Umma Al-Falastinia*). *Filastin* ejerció un papel importante en la conformación de la identidad nacional palestina y contribuyó a que el sionismo fuese concebido como un problema en el Máshreq<sup>1</sup>, puesto que los editoriales y los artículos del periódico se publicaban en la prensa de Beirut, Damasco, El Cairo y otras ciudades del Levante mediterráneo. A pesar de que en sus primeros años

---

1 Palabra árabe adaptada al castellano que significa “levante” y se refiere a la zona este de los territorios de mayoría árabe. Se opone al Magreb (“poniente”). El Máshreq suele comprender Egipto, la península arábiga, Irak, Jordania, Kuwait, Líbano, Palestina y Siria. En ocasiones solo hace referencia a estos seis últimos países.

la cabecera sufrió la censura –e incluso el cierre durante la Primera Guerra Mundial por las autoridades otomanas, que no resistieron la presión sionista para actuar contra este órgano de prensa–, su influencia no dejó de crecer (Khalidi, 2007: 91–104.). *Filastin* continuó publicándose en Yafa hasta la primavera de 1948, cuando las tropas sionistas desalojaron a la mayor parte de la población palestina de la ciudad.

## **La expansión del movimiento sionista**

A principios del siglo XX, el movimiento sionista estaba poniendo en marcha cuatro grandes procesos. En primer lugar, la construcción de una identidad nacional judía, es decir, “la invención del pueblo judío” –como escribió el historiador israelí Shlomo Sand (2011 y 2013)– inspirándose en otros movimientos nacionalistas europeos de la época. Este proceso incluía la *nacionalización* de la Biblia, que empezó a utilizarse no solo como un texto sagrado teológico, sino también como un libro histórico. En este sentido, se argumentaba que la Biblia contenía la idea de que *el pueblo elegido* era el judío y de que *la tierra prometida* era Palestina/Eretz Yisrael, por lo que legitimaba el proyecto político colonial sionista. No obstante, es revelador que, a pesar de que muchos sionistas no creían en

Dios y defendían su identidad judía como una cuestión nacional, sí defendían que Dios les había otorgado la tierra de Palestina. También fue importante en este contexto la transformación del hebreo. Esta lengua, que hasta entonces solo se empleaba en ceremonias litúrgicas judías y en el estudio de la literatura sacra, se transformó en una lengua moderna hablada que podía unir a personas judías de territorios y lenguas muy diferentes, así como impedir una mayor empatía, fusión o unión con la población colonizada palestina cuyo idioma era el árabe.

El mismo Theodor Herzl definió el proyecto sionista como “una parte de la muralla de Europa contra Asia, un puesto avanzado de la civilización contra la barbarie” (Herzl, 2009 [1896]: 29). Y es que, como cualquier otro proyecto moderno–contemporáneo colonial europeo, el movimiento sionista establecía y establece una línea abismal entre el sujeto colonizador blanco, portador de la civilización y el progreso, y el sujeto autóctono no blanco, en este caso palestino, representante de la barbarie y el atraso. Por tanto, la construcción discursiva de la antítesis civilización–barbarie, progreso–atraso, sujeto–objeto o diversidad–homogeneidad, tan estudiada desde Aimé Césaire (2006 [1950]), Frantz Fanon (1999 [1961]), Edward Said (2003 [1978]), los estudios poscoloniales, decoloniales y las epistemologías del Sur (De Sousa Santos y Meneses, 2014), fue clave en el proyecto concreto de colonialismo de asentamiento sionista. Del mismo modo, también lo fue y lo

es en la construcción general del mundo moderno capitalista, colonialista y cisheteropatriarcal dominado por las epistemologías del Norte. Históricamente y en la actualidad, todo o gran parte del aparato hegemónico cultural, educativo, mediático y político ha establecido estas líneas abismales para justificar el proyecto “civilizatorio” blanco.

El segundo gran proceso que desarrolló el movimiento sionista fue la creación de un entramado institucional y organizativo propio. En el año 1891, Maurice de Hirsch fundó la Jewish Colonization Association, que financió asentamientos para personas judías en Argentina, Canadá y Palestina. La asociación acogió en 1903 la creación de la Anglo–Palestine Company, que en 1924 se convertiría en la Palestine Jewish Colonization Association de la mano de la familia Rothschild. Un año después de la publicación en 1896 de *Der Judenstaat* (*El Estado de los judíos*, el libro canónico de Theodor Herzl) el gran pensador sionista continuó con su tarea y creó *Die Welt*, el primer periódico oficial sionista. Aquel mismo año de 1897, Herzl también convocó el Congreso de Basilea, el primer gran hito organizativo del movimiento. Durante el congreso se fundó la Organización Sionista Mundial y se redactó un manifiesto, conocido como “Programa sionista” o “Programa de Basilea”. El primer punto de este texto declaraba que “el objetivo sionista es el establecimiento de un hogar seguro para el pueblo judío en Palestina de manera pública y de acuerdo con el derecho”.

Sobre este asunto, Herzl escribió en su diario: “En Basilea fundé el Estado judío. Si hoy dijera esto públicamente, se reirían de mí. Aun así, quizás en cinco años, indudablemente en cincuenta, todo el mundo verá que se cumplirá” (Baskin y Seeskin, 2010: 260). Se hiciera más o menos explícito, cada vez más para la mayoría de los integrantes del movimiento sionista ese “hogar seguro” debía traducirse en un Estado soberano exclusiva o mayoritariamente judío en el mayor territorio posible de Palestina.

El tercer gran proceso era propiamente la colonización de Palestina. Aunque en algunos casos y en ciertos momentos las autoridades otomanas intentaron obstaculizar o prohibir la colonización sionista, de Palestina, en otros la permitieron. La primera oleada colonizadora entre 1882 y 1903 supuso el establecimiento de entre 25.000 y 35.000 colonos. La mayoría de ellos procedía de Europa oriental y se estableció en la zona de Yafa o al norte de Palestina, en Galilea. La segunda *aliya* (1904–1914) supuso el establecimiento de otros 35.000 colonos y tuvo una gran importancia generacional, ya que futuros líderes sionistas como David Ben–Gurión o Isaac Ben–Zvi llegaron a Palestina en este periodo. Muchos de ellos, incluyendo los propios Ben–Gurión –posteriormente primer jefe de gobierno israelí– y Ben–Zvi –segundo presidente del Estado– se declaraban socialistas o *socialsionistas*. En esta etapa, en concreto en 1909, se fundaron las colonias de Tel Aviv, una ciudad exclusivamente judía levantada al norte de Yafa

(Azaryahu, 2006), y el primer kibutz, Degania. Los primeros kibutz se fundaron como comunas socialistas autogestionadas. Al menos teóricamente, fueron consideradas como la aproximación más pura al ideal de una sociedad de intelectuales y trabajadores conscientemente igualitaria, y así permanecieron durante décadas en los imaginarios de numerosas izquierdas del Norte Global. Aun así, en el fondo, los kibutz eran colonias de asentamiento donde las personas palestinas no podían ser miembros de pleno derecho solo por no ser judías. Igualmente, después de la creación del Estado de Israel en 1948, múltiples kibutz se construyeron sobre las ruinas de localidades palestinas que experimentaron la limpieza étnica sionista–israelí.

Sin embargo, no puede olvidarse que la discriminación y la hostilidad, unidas a las dificultades económicas y a dinámicas más generales de migración transatlántica, condujeron a varios millones de personas judías a migrar desde Europa entre la década de 1880 y la de 1920. Su principal destino fue el continente americano, especialmente la Norteamérica de mayoría anglófona y el Cono Sur. Así, Palestina no fue el más importante lugar de migración en este periodo. De hecho, estuvo por detrás de EE UU, Reino Unido, Argentina y Canadá (Izquierdo, 2006). Solo aproximadamente un 3 por ciento de las personas judías que migraron desde Europa entre finales del siglo XIX

y la década de 1920 lo hicieron a Palestina; más de cuatro quintas partes marcharon a América/Abya Yala<sup>2</sup>.

Hasta bien entrado el siglo XX, el sionismo fue un fenómeno minoritario entre las comunidades judías. Del mismo modo, numerosos individuos y grupos judíos no solo consideraban y consideran que el sionismo no representa al judaísmo, sino que incluso es antijudío y/o herético. Desde finales del siglo XIX, personas y grupos judíos realizaron numerosas propuestas políticas específicamente judías diferentes al sionismo. Lucharon contra la judeofobia, refutaron que la solución al *problema judío* o *cuestión judía* tuviera que suponer la colonización de un territorio extraeuropeo y defendieron poder continuar viviendo en sus respectivos países. De hecho, como idealizó retrospectivamente Stefan Zweig en su autobiografía *El mundo de ayer*, algunas personas judías consideraban que imperios multinacionales como el austrohúngaro podrían haber sido adecuados para la integración de las minorías y abrazar el cosmopolitismo y la movilidad históricamente vinculados a algunas personas judías europeas. De esta forma, al margen del sionismo, se forjaron alternativas como el asimilacionismo, el autonomismo o el bundismo, en este último caso desde posiciones claramente socialistas,

---

<sup>2</sup> Abya Yala es el nombre que el pueblo nativo guna (cuyo territorio se sitúa entre Panamá y el norte de Colombia) da al continente americano. Se trata de una fórmula que cada vez se utiliza en más ámbitos en contraposición al término derivado del colonizador–explorador europeo Américo Vespucio.

seculares y antisionistas. Un caso particular fue el de figuras como Bernard Lazare, que a pesar de haber sido recibido con honores en el Segundo Congreso Sionista de 1898 y de haber compartido viajes con Theodor Herzl, se distanció del sionismo a través de una propuesta revolucionaria de emancipación proletaria judía. Paralelamente, en algunas ocasiones ligado a estos fenómenos, tiene que remarcarse que gran parte de la flor y nata del mundo científico, cultural, intelectual y revolucionario de entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX estaba formado por personas de identidad u origen judío: Theodor Adorno, Hannah Arendt, Walter Benjamin, Marc Chagall, Albert Einstein, Sigmund Freud, Emma Goldman, Franz Kafka, Rosa Luxemburgo, Groucho Marx, Camille Pissarro o Lev Trotsky, entre otras (Traverso, 2013: 19–80 y 113–150).

El cuarto y último gran proceso fue el intento sionista de ganarse el favor de una gran potencia. Hasta su muerte en 1904, Herzl realizó numerosos viajes con esta intención. Aunque el padre del movimiento sionista no fue tomado en serio por numerosos banqueros e industriales del Atlántico Norte con los que se reunió (tampoco tuvo la aceptación del sultán otomano Abdul Hamid II), autoridades británicas comprendieron que el sionismo podía coincidir con sus intereses geoestratégicos. El contexto que acabó de confirmar esta idea fue la Primera Guerra Mundial. El Reino Unido, enemigo del Sultánato Otomano en la Gran Guerra, prometió la futura independencia de los territorios de

mayoría árabe bajo dominación otomana a cambio de la insurrección interna contra las autoridades de la Sublime Puerta. En este contexto destacó el militar británico Thomas Edward Lawrence, el famoso Lawrence de Arabia, que tuvo un papel destacado en la Rebelión Árabe (1916–1918) contra el Sultanato Otomano. Aun así, el breve reino árabe que se creó como resultado de este levantamiento fue reemplazado por la división colonial que pactaron en secreto Francia y Reino Unido en los Acuerdos de Sykes–Picot de 1916 (Pappé, 2007: 105–109). Este pacto estableció que, si el Sultanato Otomano perdía la guerra, varios de sus territorios del Sudoeste Asiático (desde el este de Anatolia y el Mar Rojo hasta el norte del Golfo Pérsico y la frontera histórica con Persia) pasarían a control francobritánico. Y así ocurrió finalmente.

Paralelamente, en 1917 se hizo público el apoyo británico al proyecto colonial sionista a través de la Declaración Balfour. Este documento supuso el mayor triunfo diplomático sionista hasta ese momento. El 2 de noviembre del penúltimo año de la Primera Guerra Mundial, el gobierno británico se expresó favorable a la creación de un “hogar nacional judío” en Palestina a través de una carta imprecisa firmada por el secretario de la Foreign Office, Arthur James Balfour, y dirigida a un destacado miembro de la comunidad judía británica, Lionel Walter Rothschild (Schneer, 2012). Este texto, a pesar de que daba por hecho que “no se haría nada que pudiera perjudicar los derechos civiles y religiosos

de las comunidades no judías existentes en Palestina”, expresó la aquiescencia británica respecto del sionismo y simbolizó el inicio del apoyo sobre el terreno a su proyecto colonial de asentamiento.

Como explicó Edward Said, la Declaración Balfour representa uno de los elementos nucleares de Palestina-Israel: el *derecho superior* de una potencia colonial europea de decidir sobre un territorio no europeo, con un total desinterés hacia la voluntad de la mayoría autóctona y a través de una promesa a una comunidad colonial sobre la conversión de Palestina en su “hogar nacional” (Said, (2013 [1979]): 66). A pesar de que “hogar nacional” no tenía por qué ser sinónimo de Estado, en distintos ámbitos se entendió como tal. Hay que tener en cuenta que, durante la Conferencia de Paz de París de 1919, posterior al fin de la Gran Guerra, la Organización Sionista Mundial propuso la creación de un Estado denominado “judío” que no solo comprendería la totalidad de la Palestina histórica, sino también zonas contiguas de lo que iba a convertirse en cinco estados de mayoría árabe: Arabia Saudí, Egipto, Líbano, Siria y Transjordania (Jordania). Fue en este contexto cuando Jaim Weizmann, que en 1949 se convertiría en el primer presidente israelí, reivindicó una “Palestina tan judía como inglesa es Inglaterra”.

David Lloyd George, entonces primer ministro británico, se refirió más tarde en sus memorias a la Declaración Balfour en estos términos: “Un documento de estas características

tendría una potente influencia [...] en los judíos [...] de todo el mundo. De este modo, la Entente [bando aliado de la Primera Guerra Mundial] se aseguraría la ayuda financiera judía [en lo que quedaba de conflicto bélico]” (Lloyd George, 1939: 724–734). La Declaración se emitió unos días antes de que los soldados del general británico Edmund Allenby tomaran la ciudad palestina de Yafa (y semanas más tarde, Al-Quds–Jerusalén), unos triunfos por los que numerosos militares británicos se compararon con los cruzados medievales. Posteriormente, se ha conocido que, a cambio del apoyo manifestado en la Declaración Balfour, elementos sionistas que se encontraban sobre el terreno proporcionaron información muy relevante a los británicos para facilitar su ocupación de Palestina a finales de la Primera Guerra Mundial.

## Capítulo II

### EL MANDATO BRITÁNICO DE PALESTINA (1917/1923–1947/1948)

#### **La ocupación británica y el comienzo del mandato británico**

El año 1917 se inició la ocupación británica de Palestina, que quedó incorporada al Imperio británico. El territorio estuvo regido por una administración militar hasta 1920, cuando la administración pasó a ser civil. La institucionalización definitiva se dio entre julio de 1922, cuando el Consejo de la Sociedad de Naciones confirmó el Mandato británico de Palestina, y septiembre de 1923, cuando entró en vigor formalmente. Estos mandatos, otorgados a potencias vencedoras de la Primera Guerra

Mundial sobre territorios o colonias que pertenecían a países derrotados, estaban clasificados en diferentes niveles. Palestina tenía la categoría A (la más alta), que reconocía que el país estaba cerca de poseer las condiciones idóneas para ser independiente. En teoría, la potencia mandataria tenía la responsabilidad de conseguir el conjunto de estas condiciones necesarias para conseguir la soberanía.

Sin embargo, los mandatos eran una forma de dominio colonial con otro nombre. Aquí cabe destacar que estuvieron sancionados por la institución internacional más importante de la época, la Sociedad de Naciones (1920–1939/1946). En el caso del Mandato británico de Palestina, se alargaría hasta el 15 de mayo de 1948. Al colonialismo de asentamiento sionista se sumaba el colonialismo de metrópoli británico. Herbert Samuel –un judío sionista inglés que se convirtió en el primer Alto Comisionado británico del Mandato británico de Palestina– declaró que su gobierno había conquistado el país “para civilizarlo” (Segev, 2000: 8). Es decir, se utilizaba el clásico discurso colonial de “misión civilizadora” y línea abismal entre Europa, que se presentaba como el sujeto portador de la civilización, y el resto del mundo, un objeto pasivo bárbaro o salvaje que debía ser colonizado. Conjuntamente, la Declaración Balfour fue incorporada al texto fundacional del Mandato británico, proporcionándole una nueva validez jurídica.

De este modo, el Mandato británico de Palestina nació con una contradicción insalvable. Por un lado, tenía que “conducir” al país a su soberanía política, como cada vez reclamaban más sectores palestinos y como figuraba en el artículo 24 de la Carta de la Sociedad de Naciones. Sin embargo, contrariamente, incluía el compromiso de la Declaración Balfour, que numerosos sionistas interpretaban como la creación no solo de la ambigua fórmula de un “hogar nacional judío”, sino de un Estado mayoritaria o exclusivamente judío en el territorio más extenso posible. Este último elemento prosionista predominó sobre el primero en la política británica. Así, al contrario de lo defendido en el relato oficial israelí, la potencia mandataria abrió el país a las oleadas colonizadoras sionistas (*aliyot*), apoyó al desarrollo de su aparato preestatal, reconoció sus organismos y le benefició en la esfera económica favoreciendo la segregación entre la sociedad colonial sionista y la autóctona.

Por su lado, en 1919, se acabó de redactar el informe de la comisión King–Crane. Se trataba de un organismo nombrado por el presidente estadounidense Woodrow Wilson para investigar sobre las poblaciones locales de varias partes del Levante mediterráneo. Wilson recelaba de las intenciones franco–británicas, ya que consideraba que pretendían sustituir el dominio otomano por el imperialismo europeo. Henry C. King y Charles R. Crane visitaron más de mil lugares en Palestina y llegaron a la conclusión de que “el proyecto

de convertir Palestina en una mancomunidad judía debía ser abandonado”. Sin embargo, el Congreso estadounidense dio su apoyo a la Declaración Balfour en 1922 y el informe King–Crane fue archivado (Pappé, 2011: 45–49).

## **La consolidación de las resistencias palestinas y de las instituciones del Yishuv**

La colaboración sionista–británica y la Declaración Balfour generaron una gran variedad de respuestas palestinas, entre las que hay que destacar las femeninas. En la primavera de 1920, 29 mujeres palestinas rechazaron este último documento a través de una carta dirigida a la nueva autoridad británica de la región norte de Palestina. Escribieron que “nosotras, mujeres musulmanas y cristianas que representamos a otras mujeres de Palestina, protestamos vigorosamente” contra la Declaración Balfour. Un año después, mujeres palestinas participaron en disturbios violentos en Yafa, además de formar comités, acoger reuniones y recaudar fondos para acciones reivindicativas palestinas contra el dominio británico y la colonización sionista. El mismo año de 1921, Zalikha al–Shihabi y Emilia Sakakini crearon la Unión de Mujeres Palestinas en Al–Quds–Jerusalén mientras que mujeres palestinas de Nablus fundaron la Sociedad de la Unión de Mujeres Árabes. A pesar

de que el movimiento de mujeres palestinas de ámbito nacional consolidado y estable no nacería hasta 1929, en estos años se dieron pasos adelante muy importantes (Gijón, 2015: 43).

El año en el que finalizó la Gran Guerra nacieron en las ciudades palestinas más importantes asociaciones cristiano-musulmanas. La primera de ellas fue creada en Yafa en el mes de mayo de 1918. En pocos meses, estos organismos constituyeron una institución nacional, el Congreso Árabe-Palestino, que celebró su primera reunión en 1919 y solicitó la suspensión de la Declaración Balfour y de cualquier injerencia externa. Con el Congreso, las protestas fueron extendiéndose y cada vez estaban más coordinadas. En febrero de 1920, el anuncio público de la autoridad militar británica en Palestina de que se iba a aplicar la Declaración Balfour provocó numerosos cierres de comercios y manifestaciones en distintos lugares del país (Darweish y Rigby, 2015: 13). Cinco semanas después, unas 60.000 personas se concentraron a Al-Quds-Jerusalén con motivo del festival musulmán Nabi Musa, que acogió discursos antisionistas y gritos de independencia. Posteriormente, se produjeron disturbios que acabaron con la muerte de cinco personas judías y cuatro no judías. El segundo Congreso Árabe-Palestino, que volvió a pedir la derogación de la Declaración Balfour, se reunió en mayo de 1920 de manera clandestina, puesto que las autoridades británicas habían prohibido cualquier convocatoria política árabe.

El tercer Congreso Árabe–Palestino, celebrado en Haifa en diciembre de 1920, tuvo una gran trascendencia histórica. Se creó el Ejecutivo Árabe –el principal organismo de representación política de las personas árabes de Palestina hasta mediados de la década de 1930– y se eligió a Musa al–Husseini como presidente. En este tercer congreso dejó de contemplarse la pretensión de que Palestina formase parte de un Estado unificado dentro de la Gran Siria, factor clave en la conformación definitiva del movimiento nacional palestino y en su objetivo de conseguir una Palestina independiente. Se condenó el concepto de una patria para el “pueblo judío”, se impugnó el reconocimiento británico de la Organización Sionista Mundial, se rechazaron las oleadas colonizadoras sionistas y la administración británica fue calificada de “ilegal”. Al contrario del ocurrido con organizaciones sionistas como la Organización Sionista Mundial o la Agencia Judía, el Reino Unido nunca reconoció los congresos árabe–palestinos (Khalidi, 2007: 42).

Para intentar contrarrestar las tendencias nacionalistas e interreligiosas palestinas, las autoridades británicas patrocinaron la creación del Consejo Supremo Musulmán en 1922. Presidido por Haj Amin al–Husseini, el muftí (una autoridad islámica en jurisconsulta–jurisprudencia) de Al–Quds–Jerusalén, se convirtió en el órgano más alto encargado de la comunidad islámica de Palestina durante la dominación británica. Ya que Londres ya se había comprometido con el movimiento sionista, su política

respecto al pueblo palestino quedaría marcada, como en otros contextos coloniales, por la cooptación de ciertas élites (como este mismo muftí) y la fórmula del “dividir y gobernar”. Sin embargo, pronto el muftí empezaría a ser cada vez más crítico con el Mandato británico e intensificaría sus actividades antisionistas. Todo esto hizo que el Haj Amin al-Husseini se convirtiera posteriormente en una figura clave del nacionalismo palestino, en una parte del cual agudizó el elemento islámico. Más tarde, durante la Gran Insurrección palestina acontecida entre 1936 y 1939, fue forzado al exilio.

Para intentar dotar de cierta legitimidad y representatividad a su dominio colonial, la autoridad mandataria intentó crear un Consejo Legislativo para Palestina de 23 miembros. Sin embargo, 11 integrantes de este organismo eran británicos. Además, en los 12 restantes –elegibles por los hombres mayores de 25 años– la comunidad palestina estaba proporcionalmente infrarrepresentada. Igualmente, esta institución no podría decidir en asuntos como la Declaración Balfour o la colonización sionista. Debido a todos estos factores, el Congreso Árabe–Palestino decidió boicotear las elecciones. Numerosas mezquitas difundieron este mensaje y la no participación fue descrita como un deber religioso. Cuando se celebraron los comicios en febrero de 1923, la mayoría de la población palestina, tanto musulmana como cristiana, no fue a votar y en algunas zonas el boicot fue total. De esta

forma, las elecciones fueron anuladas, el Consejo Legislativo nunca llegó a reunirse y solo se nombró un consejo asesor que no contó con legitimidad representativa (Tamari y Nassar, 2013).

Paralelamente, entre los años 1922 y 1923 se creó el Partido Comunista de Palestina. Emergió de dos agrupaciones comunistas anteriores y fue reconocido en 1924 como la sección palestina de la Tercera Internacional (Komintern). En sus primeros años, el partido estuvo dirigido por judíos y tuvo cierta ambigüedad respecto al movimiento sionista. En este contexto, el Komintern reclamó aumentar su militancia palestina y en 1930 nombró un comité central de mayoría árabe. La organización denunció al sionismo como un “movimiento de la burguesía judía aliado del imperialismo británico” y en sus declaraciones se opuso a la colonización sionista de Palestina. Uno de sus miembros más destacados fue Najati Sidqi, nacido en Al-Quds-Jerusalén en 1905. Sidqi, que formó parte del comité central, llegó a ser detenido y desterrado de Palestina por la autoridad británica. Entre otras muchas actividades políticas, luchó más tarde en la guerra civil española con el bando republicano (Paradela, 2004) y escribió un divulgado libro que analizaba la incompatibilidad del islam con el nazismo.

Además del triunfo diplomático sionista con la Declaración Balfour y de la organización de las oleadas colonizadoras (entre 1919 y 1929 llegaron unas 115.000 personas judías más a Palestina), en estos años el movimiento sionista creó

nuevas asociaciones, cajas de seguros médicos, centros de estudio de la religión judía, clubes, colegios, colonias, empresas, entidades financieras, instituciones culturales, periódicos como *Haaretz* (fundado entre el 1918 y el 1919 con patrocinio británico) o universidades como la Hebrea de Jerusalén. Esta última institución académica fue establecida en 1925 y tuvo como primer rector a Judah Magnes, un destacado rabino reformista que intentó promover la cooperación entre personas judías y no judías y defendió la solución –que contaba con un respaldo minoritario– de un único estado binacional en Palestina. Sin embargo, al contrario que en el caso de la Universidad Hebrea de Jerusalén, del más antiguo Instituto Tecnológico Technion de Haifa (abierto en 1924) o del posterior Instituto de Investigaciones Daniel Sieff (fundado en 1934 y renombrado en 1949 Instituto Weizmann de Ciencias), las autoridades británicas impidieron que el pueblo palestino crease sus propias universidades.

A partir de la década de 1920, el control del movimiento sionista se ejercía desde Palestina por los autodenominados sionistas socialistas o socialsionistas. En la consolidación de esta dinámica histórica, que fue fundamental para que esta corriente sionista o sus herederas lideraran el sionismo en Palestina hasta 1948, así como los gobiernos israelíes hasta 1977, tuvo gran importancia la creación de instituciones propias. De este modo, en 1920 se fundó el brazo armado del socialsionismo, la Haganá, que se convertiría en la más

importante organización paramilitar sionista. Como antecedentes, en la primera década del siglo XX ya se habían formado otros grupos armados en zonas como la Baja Galilea, además de organizaciones como Hashomer, que a su vez surgió de grupos clandestinos como Bar Giora, cuyo lema era “Judá se derrumbó a sangre y fuego, y con sangre y fuego resucitará” (Krämer, 2009: 111). Más tarde, la Haganá se convirtió el germen del futuro ejército israelí (denominado oficialmente “Fuerzas de Defensa de Israel”) junto con el Irgún y el Lehi, los otros dos grupos paramilitares sionistas más importantes durante el Mandato británico.

En 1920 se fundó asimismo el Histadrut, el sindicato de las personas trabajadoras judías en Palestina. Su propósito, según los estatutos adoptados en su congreso fundacional, era “formar un nuevo tipo de trabajador judío resultado de la colonización”. A finales de 1921, el líder socialsionista David Ben-Gurión fue elegido secretario del Histadrut, una organización que impedía la afiliación de personas no judías. En 1927, este sindicato ya contaba con casi 25.000 miembros y en 1939 había conseguido que su militancia se acercara a las 100.000 personas sobre una población judía que no superaba el medio millón. Sin embargo, para el historiador israelí Zeev Sternhell, el Histadrut tenía poco de socialista, ya que “nunca fue un instrumento de cambio” ni “se utilizó para promover la igualdad”, sino que centró sus

intereses en acumular riqueza y poder político (Sternhell, 1998: 181).

Por último, también en 1920, se estableció el Consejo Nacional Judío (Vaad Leumi). Se trataba de la principal entidad nacional que organizaría los asuntos comunitarios judíos en Palestina. Un año más tarde se formó la Agencia Judía, que junto con el Consejo Nacional Judío (aunque la agencia tendría un carácter más internacional) representaría a la comunidad judía de Palestina, sería su órgano de gobierno hasta la fundación del Estado de Israel y recibiría oficialmente el reconocimiento de la autoridad mandataria en 1929. Año tras año, el colonialismo de asentamiento sionista iba avanzando a través de la creación de su propia infraestructura preestatal, que a su vez estaba segregada de la autóctona y que alcanzaba ámbitos culturales, económicos, educativos, políticos, religiosos y sindicales. Todo, o en gran medida, de la mano de la exclusión y de la pérdida de tierras de la población nativa no judía.

## **Causas, desarrollo y consecuencias de la gran insurrección palestina**

El año de 1929 y la década de 1930 fueron de una gran conflictividad y politización en Palestina. El enfrentamiento

colonial sionista–palestino se intensificaba gradualmente. En 1936, numerosos sectores palestinos iniciaron la Gran Insurrección, que se prolongaría hasta 1939. Fue la culminación de varias décadas de protestas contra la colonización sionista y la dominación británica, que con anterioridad habían sido especialmente graves en 1920 en Al–Quds–Jerusalén, en 1921 en Yafa–Tel Aviv o en 1928 nuevamente en la Ciudad Santa jerosolimitana. En 1929 hubo disturbios en varias ciudades, incluyendo también Al–Quds–Jerusalén, además de Safed o Al–Khalil–Hebrón. En esta última ciudad fueron asesinadas 67 personas judías. A lo largo de todo el año de 1929 se contabilizaron 133 personas judías muertas por 116 palestinas (Ross, 2004: 22). Además, varios factores condujeron a que estos últimos episodios tuvieran un mayor componente religioso. En primer lugar, las disputas en los santos lugares de Al–Quds–Jerusalén y, en concreto, en torno al acceso al Muro de las Lamentaciones. Según la tradición judía, este muro es la única parte del segundo Templo de Salomón que todavía existe, puesto que el resto fue destruido en el 70 d. C. Se trata del lugar más sagrado para el judaísmo. Está ubicado a un lado del monte del Templo (nombre judío) o Al–Haram Al–Sharif/explanada de las mezquitas (nombre islámico). Esta última, con la mezquita de Al–Aqsa y la Cúpula de la Roca, conforman el tercer lugar más sagrado para el islam. A pocos centenares de metros, a este y oeste, se encuentra la iglesia del Santo Sepulcro, la Vía Dolorosa y el monte de los Olivos. En 1929, diversos líderes religiosos del Yishuv

intentaron alterar el *statu quo* de la zona. Al mismo tiempo, se difundieron imágenes con la estrella de David y la bandera sionista ondeando en la explanada de las Mezquitas. Esto generó unas tensiones que comportaron ataques palestinos contra personas judías y viceversa. En este ambiente, aumentó el peso del muftí Amin al-Husseini y llegó cierta influencia de los Hermanos Musulmanes de Egipto, organización islamista que se había creado en 1928. En el ámbito palestino, en varios casos aumentó la vinculación entre la protesta anticolonial con la afirmación del islam como eje identitario de la mayoría de la población palestina. Eran los primeros pasos en Palestina tanto del nacionalismo religioso como del islam político contemporáneo.

Tras las revueltas de 1929, el Reino Unido nombró una comisión dirigida por Walter Shaw para investigar lo que había ocurrido. Su informe recomendó que el gobierno reconsiderase sus políticas en Palestina concernientes a la colonización sionista, lo que a su vez llevó a la creación de otra comisión encabezada por John Hope-Simpson. Las conclusiones de este organismo destacaron el “miedo palestino a las consecuencias negativas de la colonización sionista”. Según su informe, las políticas sionistas estaban generando “el desplazamiento, el paro y la quiebra económica” de la población autóctona no judía (UNOA, 1930). El informe estimaba que hasta entonces más de un 29 por ciento de la población rural palestina había sido desplazado de su tierra o había perdido su trabajo agrícola,

al tiempo que afirmaba que no había tierra adicional disponible en Palestina para asentar a nuevos colonos. Por todo ello, como primera medida, se sugería la limitación de la inmigración judía a Palestina. El resultado práctico del documento de este comisionado británico se recogió en el Libro Blanco de Passfield, expedido en octubre de 1930, que en cierto modo restringió temporalmente las *aliyot*.

En octubre de 1933 también hubo grandes protestas palestinas en Al-Quds-Jerusalén, Haifa, Nablus y Yafa. Se sucedieron varias manifestaciones y huelgas generales, que acabaron con el uso de armas de fuego por parte de la policía británica y la muerte de más de 20 palestinos. En este contexto, el Alto Comisionado británico en aquel momento, Arthur Wauchope, escribió sobre una “nueva e inquietante característica” en los disturbios de Al-Quds-Jerusalén y Yafa: “La prominente presencia de mujeres tanto de buena familia como de otra procedencia”. Las fuerzas de orden declararon que habían sido “asaltados” por mujeres, que supuestamente también habían “golpeado” las puertas de las oficinas de las autoridades del Mandato y habían “incitado a los hombres a desafiar las órdenes policiales” (Fleischmann, 2003: 122).

En efecto, en una dinámica histórica que consolidaba la organización anterior y que la hacía coincidir con las revueltas de 1929, aquel mismo año se dio un nuevo paso al establecerse de manera deliberada un auténtico movimiento de mujeres palestinas. Este se concretó en la

inauguración el 26 de octubre del primer Congreso de Mujeres Árabes de Palestina y en la subsiguiente creación de la Asociación de Mujeres Árabes (AMA). Más de 200 mujeres musulmanas y cristianas de distintas zonas de Palestina acudieron al congreso y una delegación visitó al Alto Comisionado británico John Chancellor para presentarle sus resoluciones. Sus demandas se centraron en la cuestión nacional palestina, pero también en aspectos relacionados con la liberación femenina. Sus actividades impulsaron la propagación de un movimiento femenino, que ellas denominaron el “despertar” (*nahda*) de las mujeres palestinas y la creación de nuevos lazos con organizaciones femeninas de otros países árabes. Aunque continuaron trabajando en las esferas caritativas, culturales, económicas, educativas y sanitarias, además de defender a las prisioneras y prisioneros palestinos (*Filastin*, 1929), la AMA se percibía como un movimiento político específico. No se trataba ya de una entidad meramente auxiliar del movimiento anticolonial y nacional palestino, sino que contaba con sus propias reivindicaciones, organización y militancia. Este elemento pudo comprobarse en numerosos contextos, como en Nablus el mismo año de 1929, cuando se organizó una agrupación local femenina después del primer Congreso de Mujeres Árabes. En aquel momento, varios hombres intentaron intervenir en una reunión y conseguir los fondos que habían recaudado las mujeres. No obstante, estas actuaron rápidamente para reafirmar su autonomía y declarar que no aceptaban ni la militancia ni la intromisión

masculina en su organización, indicando que únicamente aceptarían sugerencias.

Entre las impulsoras del movimiento se encontraban Katrin Dib; Shahinda Duzdar; Anisa al-Khadra; Amina, Fátima, Khadija, Na'imati 'Alami y Salma al-Husseini; Wahida al-Khalidi (presidenta del Comité Ejecutivo de la AMA); Diya y Zahiyya Nashashibi; Melia Sakakini; Zlikha Shihabi; y Mary Shihada (Kawar, 1996: 5). La mayoría provenían de ámbitos urbanos; en especial de Al-Quds-Jerusalén y también de ciudades como Acre, Haifa, Nablus o Yafa, aunque en luchas como la antirrepresiva la confluencia entre mujeres urbanas y rurales era cada vez mayor. La mayor parte de sus dirigentes procedían de clases medias y altas y tenían una formación superior a la media de las mujeres palestinas. Al contrario que en otros ámbitos, en los que la gran rivalidad entre los *hamula* Husseini y Nashashibi dificultaba que muchos de sus miembros formasen parte de las mismas organizaciones, en el AMA coincidieron mujeres de ambos clanes, así como militantes que no pertenecían a familias prominentes.

Numerosas mujeres participaron en la efervescencia política de los años treinta y formaron parte de los partidos políticos anticoloniales y nacionalistas palestinos. Las acciones, manifestaciones y protestas de participación mixta y no mixta crecieron conforme avanzaba la década. Por ejemplo, en 1931 el comité ejecutivo de la AMA convocó una huelga general de mujeres con motivo del aniversario de las

ejecuciones de los mártires de las revueltas de 1929, en cuyo manifiesto se criticó la “política imperialista injusta” y se emplazó a las mujeres a difundir por el mundo el mensaje de que Palestina “era árabe y lo seguiría siendo” (Mansour-Mérien, 2013: 48). En 1933 tuvieron lugar un gran número de convocatorias políticas en Palestina con protagonistas femeninas. En primer lugar, mujeres palestinas participaron de manera destacada en un boicot nacional por la visita de autoridades británicas. También organizaron una manifestación masiva en Al-Quds-Jerusalén en la cual participaron mujeres de zonas urbanas y rurales y que tuvo un gran componente simbólico, ya que una mujer musulmana (Tarab Abdul Hadi) pronunció un discurso en la iglesia del Santo Sepulcro después de que una cristiana (Matiel Moghannam) hubiera hecho lo mismo en la mezquita de Omar.

A pesar de las medidas coyunturales de contención de la colonización, el apoyo estructural británico al movimiento sionista predominó como el factor más determinante en el malestar palestino. Este apoyo no solo se había manifestado en la declaración británica a favor de la creación de un “hogar nacional judío” y su incorporación al texto constitutivo del Mandato, sino que también se hizo patente en varios aspectos significativos. Entre ellos, la destitución de autoridades palestinas que se oponían activamente al sionismo (como el que había sido alcalde de Al-Quds-Jerusalén, Musa Kazim Pasha al-Husseini) o la permisividad

con la segregación y la desposesión de tierras palestinas. Entre las causas del inicio de la Gran Insurrección del 1936 también tuvo un papel central el rápido aumento en la llegada de colonos. Entre 1933 y 1936, con la creación del Tercer Reich en Alemania (aunque la cantidad de personas refugiadas judías que se dirigieron a América–Abya Yala y a la Unión Soviética fue mucho mayor), unas 164.000 nuevas personas judías llegaron a Palestina. Así, la comunidad judía pasó a contar con casi 400.000 personas, un 27 por ciento de la población total del país.

El contexto regional también influyó en el estallido de la Gran Insurrección Palestina. Irak, que se encontraba bajo mandato colonial británico desde 1920, vivió un ciclo de movilizaciones. Tras ello, consiguió su independencia en 1932 e ingresó en la Sociedad de Naciones. Aquel año, con el beneplácito británico, también se unificó el Reino de Arabia Saudí bajo la monarquía de la dinastía Saúd, que vivió un momento histórico al descubrir seis años después su primera gran reserva de petróleo. Por otro lado, aunque la independencia de Siria no se produciría hasta 1946, en los primeros meses de 1936 se sucedieron destacadas protestas contra el Mandato francés, que llevaron a la firma del Tratado franco–sirio de Independencia. Por último, también hay que tener en cuenta que en marzo del 1936 se firmó el Tratado anglo–egipcio. A pesar de que Londres continuaría teniendo una gran influencia sobre El Cairo, de manera

oficial la potencia colonial europea retiró todas sus tropas del país exceptuando las del canal de Suez.

Durante la década de 1930, se intensificaron las formas de protesta palestinas y aparecieron nuevas organizaciones políticas, la mayoría de las cuales tenía en su centro la reivindicación de la independencia del país. La Comisión británica de William R.W. Peel, que, como más tarde se aludirá, visitó el territorio en 1937, quedó impresionada por el movimiento anticolonial y nacional palestino. En su informe indicó que este estaba “sostenido por una máquina política mucho más eficaz y completa que la que existía en años anteriores”. Además, destacó que “todos los partidos políticos” presentaban “un frente común” y que sus líderes, “tanto cristianos como musulmanes, [...] [formaban parte] del Comité Superior Árabe” (UNOA, 1947). En efecto, este organismo se creó en abril de 1936 por iniciativa del muftí, aprovechando la gran cantidad de comités de resistencia establecidos en numerosos municipios palestinos. El Comité Superior Árabe se convertiría en el organismo político central de la comunidad árabe de Palestina, puesto que coordinaría e impulsaría numerosas reivindicaciones y acciones.

Entre otras organizaciones, el tejido de partidos políticos palestinos lo conformaban la Asociación de Jóvenes Musulmanes, el Bloque Nacional, el Partido Árabo–Palestino de la Reforma, el Partido del Congreso Juvenil, el Partido de la Independencia (conocido como Istiqlal), el Partido

Nacional de Defensa o el Partido Palestino Árabe (Krämer, 2009: 256–259). Hay que destacar que toda esta ebullición política se dio en un territorio habitado por 849.000 personas palestinas, según cifras del año 1931. Istiqlal fue el primer partido árabe de Palestina que intentó convertirse en una organización política de masas en línea con otros partidos de entreguerras. Fundado en 1932, sus ejes ideológicos fueron fundamentalmente dos: por un lado, el panarabismo, y por el otro, la lucha contra el movimiento sionista y el poder imperial británico. Istiqlal estuvo encabezado por Auni Abdul Hadi. Nacido en 1882, este dirigente político palestino se educó en Beirut, Estambul y París, formaba parte de una familia aristocrática, era una figura destacada de sociedades secretas árabes anteriores a la Gran Guerra y estaba casado con la activista de la Asociación de Mujeres Árabes Tarab Abdul Hadi. Sin embargo, en el contexto de la década de 1930, Abdul Hadi, pronto se vio desbordada por una nueva generación de jóvenes palestinas y palestinos, más radicales, de clase media o media–baja, que habían crecido durante el dominio británico de Palestina y que pusieron en marcha medidas como huelgas, boicots y acciones de desobediencia civil.

Por un lado, la élite política palestina estaba dividida en facciones clánicas, por ejemplo, el gran rival del poderoso *hamula* Husseini era el Nashashibi. Otros clanes opuestos al Husseini se reunían en torno a su competidor. Las autoridades británicas intentaron profundizar estas

divisiones desde el principio del Mandato. Por ejemplo, con la práctica de apartar del poder a autoridades municipales de un clan para sustituirlas por destacados miembros del otro, como en 1920, cuando Musa Kazim Pasha al-Husseini fue sustituido por Raghیب Bey al-Nashashibi. Aunque algunas de estas rivalidades ya existían durante el último periodo otomano, el Reino Unido las acentuó con éxito. De hecho, la tradicional política colonial de *divide et impera* fue fundamental en la estrategia británica a lo largo de todo su mandato (Khalidi, 2007: 66–72).

Los dirigentes políticos palestinos también se distinguían ideológicamente según factores como la relevancia del componente religioso, la mayor importancia concedida a la tendencia nacionalista panarabista o a la puramente palestina y en lo relativo a las cuestiones laborales y sindicales. Sin embargo, ya en el año 1933, centenares de dirigentes de todas las agrupaciones políticas palestinas lanzaron una campaña de presión contra el Mandato británico para reivindicar unas instituciones de autogobierno más representativas. En cierto modo similar a la contestación promovida por el Congreso Nacional Indio, reivindicaron el boicot a los productos británicos y del Yishuv y refutaron la legitimidad del Mandato (Pappé, 2007: 155.). En 1935, el rechazo del parlamento británico a que se formara un Consejo Legislativo representativo, como llevaban reclamando las élites palestinas desde al menos

siete años atrás, fue fundamental en el estallido de la Gran Insurrección un año después.

Por su parte, desde 1933, Izz ad-Din al-Qassam, un predicador islámico de origen sirio, lideró operaciones de guerrilla al norte de Palestina. Llegó a dirigir la organización anticolonial Al-Kaff Al-Aswad (la “Mano Negra”), creada en 1930 después de los disturbios del año anterior. Al-Qassam instruyó y reclutó a varios centenares de hombres y mujeres y, de hecho, también formó junto con algunas mujeres palestinas la organización femenina Camaradas de al-Qassam. Estas guerrilleras y guerrilleros se solían organizar en grupos de cinco militantes armados para realizar sabotajes e incursiones en colonias sionistas. Por su parte, al-Qassam cooperó con el partido Istiqlal y con Amin al-Husseini, aunque acabó distanciándose de este último. Por otro lado, a finales de 1935, en el conocido como “incidente del cemento”, palestinos de Yafa descubrieron en el puerto de la ciudad un gran envío de armas de origen belga destinado a la organización paramilitar del sionismo socialista, la Haganá. La indignación palestina por este episodio desembocó en dos huelgas generales. En este contexto, varias semanas después, las tropas británicas acabaron con la vida de Izz ad-Din al-Qassam y varios de sus compañeros en una cueva al oeste de Yenín. De esta forma,

crearon uno de los primeros grandes mártires de la causa palestina (Gilbert, 1998: 80)<sup>3</sup>.

La Gran Insurrección Palestina se inició en la primavera de 1936 con un gran llamamiento a la huelga desde organizaciones de base de Yafa y comités de ciudades como Nablus. En muy poco tiempo, varias personas de diferentes identidades murieron en enfrentamientos con armas de fuego. En mayo, el nuevo Comité Superior Árabe declaró la huelga general y coordinó manifestaciones, boicots y el cierre de escuelas o fábricas. El impago de impuestos se extendió por Palestina, como ya había pasado en la India. Los objetivos iniciales del comité se dirigían a los británicos: parar la llegada de colonos, acabar con la transferencia de tierras y convocar elecciones democráticas para la formación de un gobierno nacional. Aunque la huelga general fue declarada ilegal el 2 de junio de 1936, continuó hasta el otoño. De este modo, con seis meses de duración, se ha considerado como la huelga general más larga hasta ese momento de un territorio colonial (Khalidi, 2007: 90). El Alto Comisionado británico, que no aceptó ninguna de las reivindicaciones, declaró el estado de excepción e impuso la censura de prensa, la prisión preventiva, los registros domiciliarios sin previo aviso, las deportaciones, las requisas, la voladura de casas y la utilización de la tortura

---

<sup>3</sup> En la actualidad, el brazo armado de Hamás lo constituyen las Brigadas Izz ad-Din al-Qassam.

contra personas sospechosas de participar en la insurrección.

Durante los meses centrales de 1936, gran parte del milenar casco viejo de Yafa fue destruido por las tropas británicas y sus excavadoras. También conjuntos históricos como los de Acre fueron dañados. Precisamente en esta última ciudad del norte de Palestina, el periódico *al-Difa'* informó de la intervención policial en una protesta antibritánica y antisionista de mujeres palestinas que provocó heridas a varias de ellas y la detención de una manifestante. Episodios similares se produjeron en numerosas ocasiones durante la Gran Insurrección. De hecho, los diarios *al-Difa'* y *Filastin* publicaron 360 incidentes políticos protagonizados por mujeres palestinas (acciones de protesta, detenciones, infracciones, manifestaciones, recaudaciones de fondos o reuniones) en los tres años que duró la rebelión (Fleischmann, 2003: 131). Hacia octubre de 1936, la primera fase de la Gran Insurrección ya había sido sofocada por la potencia mandataria. La segunda parte de la revuelta, iniciada los últimos meses del 1937, tuvo un carácter más masivo, rural, disperso y violento. La guerra de guerrillas palestina que caracterizó esta segunda fase también contó con un significativo protagonismo femenino y con un contenido de lucha contra la desigualdad social dentro de la misma sociedad palestina. Esta segunda fase de la revuelta consiguió su cenit durante el verano y el otoño del 1938 con

la participación de más de 10.000 personas palestinas (sobre una población que no llegaba al millón). Ante esta nueva etapa de la insurrección, el gobierno del Mandato intensificó sus políticas anteriores y puso en práctica otras nuevas, como la pena de muerte por la posesión de armas, municiones o explosivos. También prohibió todos los partidos palestinos y suprimió otros organismos políticos. El Comité Superior Árabe fue declarado ilegal en septiembre de 1937 y muchos de sus miembros fueron encarcelados o deportados a lugares como Rodesia del Sur o las islas Seychelles.

Paralelamente, con las protestas de las décadas de 1920 y 1930, y sobre todo con la Gran Insurrección palestina, la doctrina del “muro de hierro” de Vladimir Jabotinsky, líder del sionismo revisionista (ultraderechista) adquirió una gran importancia estratégica. Jabotinsky se autodefinía como admirador del fascismo y fue apodado por David Ben-Gurión como Il Duce o Vladimir Hitler (Brenner, 2010: 139–167). Este líder sionista nacido en Odesa escribió que, ya que “la colonización solo puede tener un objetivo, y los árabes palestinos no pueden aceptarlo”, solo la imposición de la fuerza y la derrota del pueblo palestino podía hacer viable una “patria judía” en Palestina (Shindler, 2015: 134). Esta idea del “muro de hierro”<sup>4</sup> se fusionó en numerosos ámbitos

---

<sup>4</sup> Según Ignacio Álvarez-Ossorio y Ferran Izquierdo, esta política del “muro de hierro” ha guiado la relación del Estado de Israel con el pueblo palestino hasta la actualidad (Álvarez-Ossorio e Izquierdo, 2007: 23–28).

con la primordial meta del sionismo mayoritario de conseguir un Estado exclusivamente o mayoritariamente judío en el mayor territorio posible de Palestina. Desde la década de 1930, el resultado fue la elaboración de planes para la *transferencia* (expulsión) de la población palestina, medida que ya contaba con defensores y declaraciones de intenciones desde finales del siglo XIX y principios del XX. De hecho, estos proyectos acabaron situándose en el centro de la estrategia sionista entre el 1936 y el 1948. Para la mayoría de los líderes del Yishuv, antecedentes como la transferencia de poblaciones búlgaras, griegas y turcas después de la Gran Guerra habían establecido un precedente. Para ellos, reubicar a población de una cultura extraeuropea (y, por lo tanto, considerada inferior) desde una zona árabe a otra no era una medida sencilla, pero tampoco inmoral.

Durante la Gran Insurrección, las organizaciones paramilitares sionistas y las fuerzas británicas colaboraron de varias maneras. Cooperaron en operaciones de contraespionaje, en la construcción de infraestructuras o en el entrenamiento y financiación de tropas del Yishuv como la Policía Judía de Asentamientos, la Policía Judía Supernumeraria o los Escuadrones Especiales Nocturnos. Los miembros de este último cuerpo armado, que ejercieron torturas y cometieron asesinatos, fueron descritos por el administrador colonial británico Hugh Foot como “extremistas y crueles” (Hughes, 2009). Análogamente, el Yishuv también atacó de manera independiente a la

población palestina creando nuevos cuerpos como el Fosh, Hish o los Escuadrones de Operaciones Especiales. Grupos paramilitares sionistas como el Irgún, creado en 1931 inspirándose en el pensamiento de Jabotinsky, también atentaron contra civiles con métodos como la instalación de explosivos en autobuses o mercados –como la bomba que puso fin a la vida de casi 50 personas palestinas en Haifa el 25 de julio de 1938– o mediante coches bomba. Por su parte, la población palestina también hizo uso de la violencia contra británicos y el Yishuv desde la primavera del 1936. El episodio más grave fue el asesinato de 19 personas judías en Tiberíades en octubre de 1938.

Con la Gran Insurrección, la cuestión sionista–palestina adquirió una dimensión internacional inédita e irreversible. Además, tuvo un coste humano y socioeconómico muy elevado. Más de 15.000 personas palestinas resultaron heridas y unas 5.000 perdieron la vida. Por otro lado, hubo 262 bajas mortales británicas y entre 174 y 300 judías (Levenberg, 1993: 74–76). Sin embargo, el Yishuv salió fortalecido ante el debilitamiento palestino. Se prohibieron y desarticularon las organizaciones políticas y la sociedad palestina fue descabezada a causa de la muerte, el encarcelamiento o el exilio de sus dirigentes y militantes más activos y activas. La desmovilización fue tan profunda que, cuando llegaron los años clave de 1947 y 1948, la sociedad palestina todavía no se había recuperado. De manera

desigual, el vacío de liderazgo fue ocupado en gran parte por políticos árabes vecinos.

La represión no fue la única respuesta de la potencia mandataria a la revuelta palestina. El Reino Unido nombró un organismo, la mencionada Comisión Peel, que visitó el territorio para realizar propuestas. En julio de 1937, William R.W. Peel recomendó dividir Palestina en un Estado denominado “judío” que incluía una franja de costa desde la parte central de Palestina hasta el Líbano y toda Galilea. Por el otro lado, sugería el establecimiento un Estado “árabe” en la mayor parte de Palestina que estuviera unido en Transjordania (un protectorado británico teóricamente gobernado por el emir Abdalá, estrecho aliado del Reino Unido). El informe Peel también aconsejó que los británicos permaneciesen en varios lugares estratégicos y mencionó la posibilidad de un “intercambio de población”, es decir, de expulsar a población palestina. Cuando vio la luz, este proyecto provocó una agudización de la insurrección palestina, que todavía estaba en marcha. A pesar de que estas recomendaciones no se pusieron en práctica, su propuesta de partición, también denominada posteriormente “de los dos estados”, pasó a ocupar (y ocupa) un lugar de primer orden en el abanico de posibles soluciones a la cuestión de Palestina en el ámbito internacional.

El informe Peel fue rechazado por los dirigentes palestinos, aceptado con entusiasmo por Abdalá de Transjordania y

suscrito tácticamente por David Ben-Gurión. El líder socialionista comprendió que la partición territorial, aunque fuera mediante la aceptación de un territorio menor, podía ser la plataforma más viable y el primer paso para la creación de un Estado “judío” en la mayor extensión posible de Palestina. Sobre este tema, Ben-Gurión, presidente de la Agencia Judía desde 1935, afirmó:

Ningún sionista puede olvidar la más mínima parte de la Tierra de Israel. [Un] Estado judío en parte [de Palestina] no es un fin, sino un comienzo [...] Aumentaremos nuestro poder, y cada aumento de poder facilitará conseguir el país en su totalidad. El establecimiento de un [pequeño] Estado [...] será una palanca muy potente en nuestro esfuerzo histórico para redimir todo el país (Morris, 2001: 138).

En noviembre de 1938, otra comisión británica, la de John Woodhead, llegó a la conclusión de que la partición era impracticable y recomendó la prolongación del Mandato. Seis meses después, la política británica dio un nuevo giro con la publicación del conocido como Libro Blanco de MacDonald. Este informe solicitó que se restringiese la llegada de personas judías –un límite total de 75.000 personas en el lustro siguiente– y la transferencia de tierras. Además, instó a abandonar la partición proponiendo un único Estado binacional con capital en Al-Quds–Jerusalén, que sería independiente en 10 años (Nuseibeh, 1981: 86). El Libro Blanco afirmaba que: “Los artífices del Mandato, en el

que se incluyó la Declaración Balfour, no pudieron haber pretendido transformar Palestina en un Estado ‘judío’ en contra de la voluntad de la población árabe”. La Gran Insurrección tuvo un papel fundamental en la adopción de este libro.

Pero este intento británico de apaciguar al pueblo palestino, en un momento en el que el Tercer Reich ya se había anexionado Austria, había invadido Checoslovaquia y la amenaza de una conflagración era inminente, acabó naufragando. Por un lado, provocó la ira sionista, que concentró gran parte de sus energías en combatir las medidas del Libro Blanco e impulsó la denominada *aliya bet*, es decir, el traslado ilegal masivo de personas judías a Palestina durante los años siguientes. Por el otro lado, no podía contentar a una población palestina que acababa de experimentar la represión británica y el rechazo por parte de la potencia mandataria a sus propuestas políticas mayoritarias.

## **El periodo de la segunda guerra mundial y la inmediata posguerra**

Cuando estalló en Europa la Segunda Guerra Mundial, Palestina estaba teóricamente “pacificada” tras el fin de la

Gran Insurrección. Con el desarrollo del conflicto bélico, el país empezó a vivir cierto auge económico, vinculado a las necesidades de aprovisionamiento de los aliados y de los miles de soldados concentrados en el territorio del Mandato (Hessel y Sanbar: 19–20). El Reino Unido creó en 1942 el Palestine Regiment, un cuerpo de infantería integrado en el ejército británico formado por batallones judíos y palestinos. Realizó tareas de guardia y fue destinado a la primera línea del frente en la región de la Cirenaica y en Egipto. Sufrió una de sus mayores pérdidas de combatientes en Bengasi, combatiendo contra el Afrika Korps de Erwin Rommel. Posteriormente, algunos de sus miembros participaron en las batallas de El Alamein, en cuyo cementerio militar se enterraron judíos y palestinos. En 1944, tropas judías provenientes del Palestine Regiment formaron la Jewish Brigade, que se enfrentó al ejército alemán en Italia.

El movimiento sionista, que consolidó al Yishuv entre 1939 y 1945 como una comunidad nacional prácticamente estatal con autosuficiencia económica y una gran capacidad (para)militar, abordó de maneras distintas el conflicto bélico mundial. El socialsionismo, en palabras de Ben-Gurión, luchó “con Gran Bretaña como si no existiera el Libro Blanco, y contra el Libro Blanco como si no hubiera guerra”. Al mismo tiempo, se preparaba para un posible enfrentamiento con la potencia mandataria después de la Segunda Guerra Mundial (Pappé, 1988: 10). Por su parte, el

sionismo revisionista se dividió después de que Jabotinsky prefiriese no combatir a los británicos durante la guerra. El líder revisionista no fue respaldado por un sector heterogéneo encabezado por Abraham Stern. Este grupo se escindió del Irgún para formar el Lehi después de la muerte de Jabotinsky, en verano de 1940. Lehi era el acrónimo en hebreo de “Luchadores por la Libertad de Israel” y fue conocido por los británicos como “banda de Stern”. Aunque gran parte de sus militantes provenían del revisionismo, es decir, de la derecha y ultraderecha sionista, el grupo también incorporó a sionistas considerados de izquierdas que consideraban prioritario combatir a los británicos para que abandonasen Palestina. Además de este objetivo, el Lehi acogió en sus publicaciones artículos que sostenían que la “raza judía” era la “raza superior” y que los árabes eran una “nación de esclavos”. La organización pretendía permitir la entrada ilimitada de personas judías al país, lograr la “transferencia” de la población palestina y crear un Estado puramente judío a partir de la idea de la “Tierra Prometida” en el Génesis (15:18), es decir, desde el Nilo hasta el Éufrates (Heller, 1995: 59–121).

Durante el conflicto bélico, dos fuerzas opuestas, el palestino Amin al-Husseini y la nueva organización paramilitar sionista Lehi, colaboraron con el Tercer Reich. Durante la Gran Insurrección, Amin al-Husseini fue apartado de su cargo de muftí y de presidente del Consejo Supremo Musulmán. Después de pasar por Transjordania,

Líbano e Irak, en 1941 visitó a título individual Roma y Berlín. En estos lugares colaboró con el Eje (impulsando el reclutamiento de musulmanes bosnios y albaneses para las Waffen-SS nazis) con el objetivo de obtener el apoyo italo-germano en su lucha contra el Reino Unido y el movimiento sionista (Achcar, 2010: 230–273). Sin embargo, se trataba de una estrategia propia del exmuftí, no acordada con organizaciones palestinas. De hecho, en Palestina diversas organizaciones movilizaron a miles de árabes para manifestarse contra el Eje durante los años de la guerra, especialmente como respuesta a los bombardeos por parte de la Italia fascista de municipios palestinos costeros como Acre, Haifa o Yafa.

Por su parte, el Lehi ofreció a Adolf Hitler combatir junto a sus tropas en la guerra y ligar el futuro Estado “judío” al Tercer Reich. Este tipo de ofrecimientos al Führer desde un grupo sionista no eran algo inédito. El sionismo alemán se había ofrecido a colaborar con el nazismo y firmó un acuerdo comercial con los nacionalsocialistas, hecho que fue justificado por la Organización Sionista Mundial. En 1937, la Haganá socialsionista planteó hacer trabajos de espionaje para las SS. Después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el Lehi consideró que, ya que era imposible que su nueva organización pudiera derrotar a la potencia mandataria, había que aproximarse a los enemigos de sus enemigos. En enero de 1941, el Lehi planteó sin éxito al Tercer Reich que “la evacuación de las masas judías de

Europa es una condición previa para resolver la cuestión judía” y que “pueden existir intereses comunes entre [...] un Nuevo Orden en Europa, en conformidad con el concepto alemán, y las verdaderas aspiraciones nacionales del pueblo judío”. Por todo esto, proponían “el establecimiento del Estado judío [...] sobre una base nacional y totalitaria, ligado mediante un tratado al Reich alemán”. Paralelamente, se ofrecieron a “tomar parte activa en la guerra del lado alemán” (Brenner, 2010: 65–103).

Desde finales de 1943, el Lehi y el Irgún (este último ya con Menahem Beguín en su dirección) acercaron posiciones para atacar a los británicos. El noviembre de 1944, miembros del Lehi asesinaron en El Cairo a Walter E. G. Moyne, secretario de Estado británico para Oriente Medio y amigo íntimo de Winston Churchill. Aunque el primer ministro británico no abandonó su postura prosionista, exigió medidas más severas contra lo que calificó incorrectamente de “terrorismo judío” (si acaso podría considerarse como “terrorismo sionista”). Ya en 1945, la inesperada pérdida de las elecciones por parte de Churchill no alteró demasiado la política británica en Palestina. El nuevo gobierno laborista de Clement Attlee – que no solo tenía en su programa electoral apoyar a la creación de un Estado “judío”, sino también el “traslado voluntario” de la población palestina a Transjordania– continuó con el Libro Blanco. Esta línea tampoco varió entre el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 y el año

posterior, cuando el presidente estadounidense Harry Truman pidió que el Reino Unido aceptara la entrada en Palestina de unas 100.000 personas refugiadas judías. Todo esto contribuyó al aumento de atentados sionistas antibritánicos, que se habían multiplicado desde finales de 1944. De hecho, la Agencia Judía, controlada por el socialismo, patrocinó en octubre de 1945 la alianza entre la Haganá, el Irgún y el Lehi, en lo que se conoció como “Movimiento Judío de Resistencia”, el cual atacó conjuntamente a los británicos en 1945 y 1946. Entre sus acciones se incluyó el conocido atentado del hotel King David, acontecido el 22 de julio de 1946. Este ataque provocó la muerte de 91 personas; 41 de ellas árabes, 28 británicas y el resto de otras identidades, incluyendo judías (Clarke, 1981).

En el último año de la guerra mundial y en el posterior, la autoridad británica decretó el estado de excepción, concentró en Palestina a más de 80.000 hombres y promulgó las leyes de defensa (emergencia) de 1945 (Yaniv, 1993: 175). Estas regulaciones, que establecían un régimen de ley marcial, fueron puestas en práctica por la potencia mandataria de manera prácticamente ininterrumpida hasta que la administración británica de Palestina finalizó el 15 de mayo de 1948. Permitían juzgar a civiles en tribunales militares, detener a personas indefinidamente sin cargos ni juicios (detención administrativa), confiscar propiedades, imponer toques de

quedó, bloquear municipios, demoler viviendas y prohibir la publicación de libros y periódicos. Muchas de estas medidas no han sido abolidas y continúan siendo utilizadas en la actualidad por el Estado de Israel contra la población palestina.

Por otro lado, hasta la Segunda Guerra Mundial, el liderazgo político palestino estuvo relativamente libre de la injerencia de las autoridades de otros territorios de mayoría árabe. Pero las consecuencias represivas de la Gran Insurrección, el fortalecimiento de las lealtades clánicas y locales en perjuicio de las nacionales y las dificultades para la reorganización política significaron una mayor interferencia de los políticos árabes del entorno. Palestina era la causa fundamental por la cual se jugaba el liderazgo de la nueva Liga Árabe, creada en marzo de 1945, y un problema en el que poder desviar la atención de las opiniones públicas de cada país más allá de sus problemas internos. En esta dinámica se insertó el resurgimiento del Comité Superior Árabe, restaurado por la Liga Árabe en noviembre de 1945. Sin embargo, la reconstruida organización palestina fue más débil, estuvo más dividida y tuvo mayor injerencia de otros líderes árabes que antes de ser proscrita en 1937.

Entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el momento en el que las Naciones Unidas intervinieron en Palestina, a partir de 1947, el Reino Unido o varios comités con participación británica plantearon tres grandes propuestas

políticas para el futuro del territorio: el comité anglo-estadounidense de investigación (Morris, 2008: 34), el comité Morrison-Grady y las propuestas del secretario de Estado británico, Ernest Bevin. En ninguna de ellas las y los habitantes de Palestina fueron consultados y los tres planteamientos fueron rechazados por las partes directamente implicadas. Su denominador común era que se trataba de combinaciones entre la división territorial, la continuidad del dominio británico o el establecimiento de un fideicomiso (una especie de Mandato renovado) de las recientemente creadas Naciones Unidas. En el caso del comité anglo-estadounidense, esta última propuesta se combinó con la idea de un único Estado federal en Palestina.

Mientras tanto, la tensión entre el pueblo palestino y el movimiento sionista aumentaba. Con varios proyectos políticos, la inmensa mayoría de los primeros continuaban defendiendo la independencia de Palestina en un único Estado. Tenían el ejemplo próximo de Egipto, Irak, Arabia Saudí y Líbano, que se habían independizado recientemente, o de Siria y Transjordania (después Jordania), que en aquellos días estaba negociándola. Por otra parte, la mayor parte del movimiento sionista buscaba el establecimiento de un Estado “judío” soberano lo más pronto posible.

En este contexto complejo, el Reino Unido decidió traspasar su responsabilidad mandataria a la recientemente creada ONU. Seis factores fueron básicos a la hora de tomar esta decisión. En primer lugar, evidentemente, por el fracaso

británico a la hora de encontrar una solución aceptable a la colonización sionista de Palestina. En segundo lugar, debido a la crisis económica que sufría el Reino Unido después de la Segunda Guerra Mundial y al coste del mantenimiento del Mandato de Palestina. En tercer lugar, por la influencia de la negociación definitiva de la independencia y partición de India. En cuarto lugar, debido al aumento de las operaciones de las organizaciones paramilitares sionistas contra la potencia mandataria. En quinto lugar, por el peso moral del genocidio perpetrado por el Tercer Reich. Finalmente, debido a la creciente importancia del enfrentamiento de la Guerra Fría, en el que Londres quedó en un segundo plano al suspender la ayuda militar a Grecia y Turquía en febrero de 1947, una decisión que dejó que se abriera una pugna cada vez más dual entre EE UU y la Unión Soviética y que influyó en este contexto (Pappé, 1988: 14–15).

## Capítulo III

### LA INTERVENCIÓN DE LA ONU, LA NAKBA PALESTINA Y LA CREACIÓN DEL ESTADO DE ISRAEL (1947–1949)

#### LA ONU en Palestina: de la primera sesión especial de la asamblea general al UNSCOP

Cuando en febrero de 1947 el Reino Unido hizo pública su decisión de traspasar su poder mandatario sobre Palestina a las Naciones Unidas, la organización tenía menos de dos años de vida. El escenario colonial en Palestina fue el primer gran problema internacional que afrontaba la institución en toda su amplitud y complejidad. La ONU había nacido con paradojas muy significativas. Constituida a través de un compromiso de gobernabilidad entre los grandes vencedores de la Segunda Guerra Mundial, las principales potencias aliadas reforzaron su papel actualizando el orden

mundial de la segunda posguerra. Sin embargo, puede considerarse que, detrás de la retórica internacionalista de libertad y de derechos, se escondía una alianza de los grandes poderes para perpetuar su dominio imperial, todo ello de una manera renovada y a través de una nueva retórica. Como sintetizó el intelectual afroamericano estadounidense William E.B. Du Bois al abandonar la Conferencia de San Francisco de 1945, en la que se fundó la ONU: “Hemos conquistado Alemania [...] pero no sus ideas [...] todavía creemos en la supremacía blanca, manteniendo a los negros ‘donde deben estar’ y mintiendo sobre la democracia cuando nos referimos al control imperial de 750.000.000 de personas en las colonias”. La nueva institución internacional podía ser el mecanismo perfecto para adaptar el dominio mundial blanco. El medio pasaba por reforzar la alianza entre las potencias euroamericanas e intentar prolongar la vida del imperio a través de la “cooperación internacional” (Mazower, 2009).

En el momento de su implicación en Palestina, la ONU no solo no había intervenido en contextos coloniales de asentamiento, sino que se hallaba presa de diversas contradicciones, se encontraba atenazada por una incipiente Guerra Fría y actuaba condicionada por la creencia de que la comunidad judía debía ser reparada después de las atrocidades del genocidio perpetrado por la Alemania nazi. De este modo, comenzó su intervención en Palestina patrocinando unos desequilibrios que marcaron el

futuro del territorio. El gobierno británico consideraba que era necesaria la convocatoria de una sesión extraordinaria de la Asamblea General de la ONU para tratar la cuestión. El objetivo era constituir una comisión especial que plantease propuestas que se debatirían en el pleno ordinario de este organismo, a partir de septiembre de 1947. Finalmente, la primera Conferencia Especial de la Asamblea General, que se inauguró el 28 de abril de 1947 en Nueva York, iba a estar dedicada íntegramente a Palestina.

En la primera sesión extraordinaria de la Asamblea General, la ONU patrocinó los primeros desequilibrios entre las partes en el marco de intervención de la institución internacional. Mientras que a los representantes sionistas de la Agencia Judía se les permitió intervenir en cuatro ocasiones (incluyendo la primera y la última), los delegados palestinos del Comité Superior Árabe solo lo pudieron hacer en dos (UNOA, 1947a). En aquella conferencia y en los meses posteriores, los delegados de la organización sionista aceptaron la partición de Palestina como una primera estrategia para poder expandirse territorialmente con posterioridad y homogeneizar demográficamente el país. Por su parte, el Comité Superior Árabe rechazaba la división de Palestina. Como había ocurrido en otros países aledaños de mayoría árabe, sus representantes defendían la independencia del territorio basándose en el principio de autodeterminación, contemplado en el primer artículo de la Carta de las Naciones Unidas.

Al final de la primera sesión extraordinaria de la Asamblea General de la ONU se creó el Comité Especial de las Naciones Unidas para Palestina (UNSCOP, por sus siglas en inglés), cuya labor consistía en realizar propuestas sobre el futuro del territorio. Sin embargo, gran parte de sus 11 miembros, que representaban a otros tantos estados miembros de la Asamblea General<sup>5</sup> (UNOA, 1947b), no conocían en profundidad la problemática de Palestina ni tenía experiencia previa en la región. Por ejemplo, el representante guatemalteco, Jorge García–Granados, reconoció que: “Por mi parte, no tenía un especial conocimiento que pudiera llevar a mis colegas a pensar en mí como miembro del Comité de Investigación. Yo sabía muy poco sobre Palestina” (García–Granados, 1948: 4). Antes de su primera visita al país, muchos de ellos ya estaban condicionados para defender el proyecto de dividir Palestina en dos estados, la solución que apoyaban por distintos factores tanto EE UU como la URSS. El primero apoyó la partición debido principalmente a la presión de las organizaciones sionistas del país norteamericano y el intento de satisfacer a los varios millones de electores judíos ciudadanos estadounidenses. Por su parte, el respaldo de la Unión Soviética se debió a que numerosos líderes sionistas procedían de zonas del antiguo Imperio ruso o de repúblicas soviéticas coetáneas y a que la cultura política predominante en el movimiento sionista en Palestina, como

---

5 Australia, Canadá, Checoslovaquia, Guatemala, India, Irán, Países Bajos, Perú, Suecia, Uruguay y Yugoslavia.

se ha explicado, era el socialismo. Con este tablero, Moscú pensó que acercarse al sionismo en este momento podía hacer que el futuro Estado “judío” fuese un aliado potencial en la incipiente Guerra Fría.

Mientras que el Comité Superior Árabe boicoteó el UNSCOP y convocó una huelga alegando que la ONU había rechazado todas las propuestas de los delegados árabes que buscaban asegurar los derechos del pueblo palestino, el movimiento sionista le dio la bienvenida y se reunió en numerosas ocasiones con sus integrantes. De hecho, varios miembros del UNSCOP se reunieron incluso con líderes del Irgún tratándose como camaradas, tal y como el propio Menahem Beguín relató (Beguín, 2008 [1951]: 361–373). Durante los meses que dedicaron a Palestina, destinaron una parte importante de su trabajo a examinar la represión británica hacia el movimiento sionista. Los delegados del UNSCOP también dedicaron tiempo a evaluar la situación de las víctimas judías del genocidio del Tercer Reich, cuestión que incluyó la intervención del UNSCOP en episodios como el del *affaire Exodus* (*Palestine Post*, 1947). El *Exodus 1947* fue un barco comprado por una división de la Haganá con capacidad para centenares de personas, pero que cargó a miles de personas refugiadas judías europeas con el objetivo de llegar a Palestina. El navío fue parado por considerarse ilegal, sufrió un violento abordaje británico que provocó varias muertes y después fue enviado de vuelta a Europa. Varios miembros del Comité de la ONU pudieron

escuchar testigos de personas que viajaban en el *Exodus*, alguno de los cuales era miembro de la Haganá y transmitió que todas las personas refugiadas judías en Europa ansiaban ir a Palestina y que la creación de un Estado “judío” era absolutamente necesaria. Al mismo tiempo, después de su estancia en Palestina, los integrantes del UNSCOP recorrieron más kilómetros visitando los campos de personas desplazadas europeas que en el propio país del Levante mediterráneo. Allí, el movimiento sionista se aseguró de que el mayor número posible de personas judías que ofreciesen su testimonio al UNSCOP reiteraran la idea de que anhelaban marchar a Palestina, donde debía establecerse un nuevo Estado para las personas judías.

Finalmente, el organismo de la ONU realizó dos informes: uno minoritario que planteaba la creación de un Estado federal y otro, con el apoyo de la mayoría de sus miembros, que recomendó la división de Palestina en dos estados. Este último informe fue presentado en la sesión ordinaria de la Asamblea General y pasó entre septiembre y noviembre de 1947 por varios comités y subcomités de la ONU, donde se le realizaron ligeras modificaciones. Finalmente, el informe mayoritario fue aprobado con sus revisiones posteriores el 29 de noviembre de 1947 en la Resolución 181 de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Fue el conocido como “plan de partición de Palestina”.

## La Resolución 181: el plan de partición de Palestina

En su autobiografía novelada que lleva por título *Una historia de amor y oscuridad*, el escritor israelí Amos Oz escribió que un conocido, el señor Abramsky, exclamó el sábado 29 de noviembre de 1947 que aquel día significaba “¡La vida o la muerte!”. En Palestina y en otros lugares, la expectación fue enorme. El novelista describió cómo entre el Yishuv imperaba la inquietud de “saber cuál sería nuestra sentencia y lo que nos depararía el futuro (‘si es que ha[bía] algún futuro después de este sábado’)” (Oz, 2004: 432).

La Resolución 181 marcó un antes y un después en la historia contemporánea de Palestina. 33 estados miembros votaron a favor del plan de partición, 13 en contra, 10 se abstuvieron y 1 se ausentó. Propuso la creación de un Estado denominado “judío” y otro “árabe” unidos económicamente, así como la internacionalización de Al-Quds–Jerusalén y su área circundante (incluyendo Belén) en un *corpus separatum*. La Agencia Judía aceptó el plan, mientras que el Comité Superior Árabe de Palestina y el resto de estados de mayoría árabe miembros de la institución internacional lo rechazaron. Sin embargo, la Resolución 181 también estuvo caracterizada por desequilibrios. Se quebrantaron diversos elementos del tratado constitutivo de la ONU y se vulneró la igualdad entre las partes implicadas para ratificar la resolución. En primer

lugar, al no tener en cuenta la voluntad de la población afectada, se violó el principio de la libre determinación de los pueblos, contenido en el primer artículo de la Carta de las Naciones Unidas.

Además, el contenido de esta resolución presentaba otros elementos que transgredían la equidad entre las partes. Aunque el plan de partición ha sido interpretado con frecuencia –sobre todo en la historiografía tradicional israelí– como un compromiso histórico justo, legal y pragmático aceptado con muchas renunciaciones por la parte sionista (Khalidi, 1997: 5–6), la resolución del 29 de noviembre contenía diversos elementos que beneficiaban a la comunidad judía de Palestina (Yishuv). A pesar de que en aquellos momentos constituía un tercio de la población y poseía entre un 6 y un 11 por ciento de la propiedad de la tierra, el plan de partición recomendó que el Estado calificado de “judío” se crease en un 55 por ciento del territorio del Mandato británico de Palestina. Además, en estas partes del país se encontraban las zonas más fértiles y las que más exportaciones producían. Se decidió que territorios como el Néguev, en el que la población judía constituía menos de un 1 por ciento, fuesen a parar al Estado “judío”. En cifras no porcentuales, a pesar de que la propiedad judía en toda Palestina era en 1947 de aproximadamente 1.700.000 dunams<sup>6</sup>, el área estipulada

---

<sup>6</sup> Un dunam equivale a 1.000 metros cuadrados y 10 dunams a una hectárea.

para el Estado asignado al Yishuv en la Resolución 181 fue de unos 15.000.000 de dunams.

Asimismo, como ya había advertido el UNSCOP, la existencia de más de 400.000 palestinas y palestinos dentro de las líneas del Estado “judío” suponía un grave problema. Ben-Gurión se había declarado partidario del “traslado forzoso” de la población no judía, una solución que respaldaban otros líderes del Atlántico Norte después de la Primera Guerra Mundial. Mientras algunos sectores sionistas incluso propugnaban abiertamente la necesidad de deshacerse de la población autóctona árabe (en especial organizaciones como el Irgún), la Resolución 181 no incluía ningún mecanismo para impedir el despojo de tierras o la expulsión de la población.

Por otro lado, la mayoría necesaria para aprobar el plan de partición se consiguió mediante presiones a algunos estados pequeños miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas como Liberia, Haití y Filipinas (UNOA, 1948). El *lobby* sionista ya había actuado en la Casa Blanca para que se aprobase el plan mayoritario del UNSCOP. Al presidente estadounidense Harry S. Truman se le comunicó que abandonar las promesas de respaldar al Yishuv podría suponer un peligro para el Partido Demócrata. De hecho, Truman reconoció en sus memorias que nunca estuvo sometido a tanta presión como la que recibió por entonces por parte del *lobby* sionista (Truman, 1956: 158).

Por su parte, las resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas que conciernen a los capítulos X al XIV de la Carta, como la aprobada el 29 de noviembre de 1947, tienen el carácter de recomendaciones sin valor jurídico vinculante. No obstante, la Resolución 181 no se adoptó como una sugerencia o como base para una negociación, sino como un hecho consumado vinculante. Prácticamente de forma inmediata se pusieron en marcha los mecanismos para aplicar el proyecto político que contenía. Del mismo modo, la Asamblea solicitó que el Consejo de Seguridad tomara las medidas necesarias para su cumplimiento. Sin embargo, según la Carta de la ONU, el Consejo no tiene la potestad de ejecutar ninguna recomendación sobre una decisión política ni tampoco la de crear un nuevo Estado sin el consentimiento de las partes. Como afirmó en 1948 Warren Austin, delegado estadounidense en las Naciones Unidas, “sea en cumplimiento de una recomendación de la Asamblea General o del propio Consejo de Seguridad, la Carta de las Naciones Unidas no habilita al Consejo a imponer una solución política” (Slonim, 1998: 52).

Sin embargo, aparte de las transgresiones jurídicas de la resolución, la partición también puede entenderse como la culminación de medio siglo de esfuerzos sionistas para establecer un Estado colonial independiente en Palestina. Aunque ningún camino estaba predeterminado y la historia siempre está abierta y sujeta a variables, no se puede dejar de tener en cuenta que el movimiento sionista había

perseguido este objetivo durante décadas. De este modo, la Resolución 181 fue un triunfo sionista fundamental. Constituyó un éxito histórico de la Agencia Judía. Supuso una legitimación internacional a su proyecto político colonial, que desde un cuarto de siglo atrás había conseguido desarrollarse –con la ayuda del Reino Unido– hasta erigirse como un Estado colonial de asentamiento dentro del Estado colonial de metrópoli británico. Pero no solo tenía una vertiente territorial, sino también demográfica. Diversos líderes de la Liga Árabe ya habían utilizado un lenguaje belicista y habían manifestado, de una u otra manera, que la partición significaría una amenaza para la paz. Y como habían afirmado numerosos dirigentes sionistas, este contexto de fin del Mandato, junto al posible enfrentamiento entre el Yishuv y los ejércitos árabes, podía proporcionar el escenario apropiado para llevar a cabo el objetivo último de conseguir el máximo de territorio posible con el mínimo de población palestina que la mayoría del movimiento sionista llevaba décadas buscando. En primer lugar, respecto a la misma idea de partición y de expansión territorial, Ben-Gurión ya había señalado que “siendo fuertes, cancelaremos la partición del país y nos expandiremos a través de la Tierra de Israel” (Shlaim, 1988: 17). En segundo lugar, sobre la cuestión demográfica, el mismo líder socialsionista había escrito: “Tenemos que expulsar a los árabes [de Palestina] y ocupar su lugar [...] y si hay que usar la fuerza [...] contamos con la fuerza necesaria” (*Journal of Palestine Studies*, 2012: 248).

## La primera parte de la Nakba o limpieza étnica de Palestina y el establecimiento del Estado de Israel

La aprobación del plan de partición provocó el júbilo del Yishuv. La noche del 29 de noviembre de 1947, desde el balcón de la Casa de Instituciones Nacionales de Al-Quds-Jerusalén, la dirigente socialsionista Golda Meyerson (después Golda Meir)<sup>7</sup> se dirigió a una multitud entusiasmada con estas palabras: “Durante 2.000 años hemos esperado nuestra liberación. Ahora que la tenemos ante nosotros es algo tan maravilloso que ninguna palabra puede describirla. Judíos, *mazel tov!* [¡buena suerte!]”. Por

---

<sup>7</sup> Para construir una nueva identidad *sabra* (de las personas judías nacidas en Palestina después del inicio de la colonización sionista), dentro del modelo de “nuevo judío” emprendedor, idealista y valiente que se asentaba en Palestina en aras de construir una nueva patria de origen ancestral, numerosos dirigentes o figuras sionistas asquenazíes de Europa central y oriental “hebraizaron” sus nombres dotándolos de reminiscencias bíblicas. Amos Klausner se convirtió en Amos Oz; Amos Sternbach en Amos Elon; Ariel Scheinermann en Ariel Sharón; David Drabkin en David Remez; David Green en David Ben-Gurión; Golda Mabovitch en Golda Meyerson, primero, y en Golda Meir, después; Icchak Jeziernicky en Isaac Shamir; Levi Skolnik en Levi Eshkol; Szymon Perski en Simón Peres; Vladimir Yevgenyevich Zhabotinsky en Vladimir (Zeev) Jabotinsky; o Yitzhak Shimshelvitze en Isaac Ben Tzvi. De esta manera, Yakov Rabkin sostiene que los colonos sionistas no solo “inventaron una tierra y una nación”, sino que también se “reinventaron a sí mismos” a través de fenómenos como este (Rabkin, 2010).

su parte, el Comité Superior Árabe convocó una huelga general de tres días el 1 de diciembre. Los acontecimientos se desbordaron. Los días posteriores a la aprobación de la Resolución 181, se produjeron los primeros choques que darían lugar a una guerra civil no oficial en Palestina. En las dos semanas que siguieron al 29 de noviembre, unas 160 personas perdieron la vida debido a estos enfrentamientos, la mayor parte palestinas (Mayer, 2010: 303). Pero lo que determinó el futuro de Palestina no fueron tanto los ataques de cada bando a modo de una guerra civil convencional como la limpieza étnica y el contexto internacional.

A partir de diciembre de 1947, y durante todo 1948, algunos líderes sionistas difundieron que los árabes estaban intentando desencadenar una guerra de aniquilación contra el Yishuv que incluso podía tener un carácter preconcebido. Se llegó a hablar en público de la inminencia de un “segundo Holocausto”. De manera similar, la historiografía oficial israelí ha sostenido que, en especial a partir del 15 de mayo de 1948 (pero también con anterioridad, en los primeros meses de la guerra civil), el Yishuv representaba y se veía a sí mismo como un casi indefenso David que tuvo que afrontar la destrucción con la que le amenazaba el Goliat árabe. Sin embargo, fondos de archivo como los británicos demuestran que la percepción del sionismo y de otras potencias extranjeras era más bien la contraria (UKNA, CO). En el último medio año del Mandato las fuerzas sionistas

eran superiores a las palestinas y árabes en múltiples aspectos militares.

Por su parte, el sionismo hegemónico, el socialsionista, tuvo que afrontar un gran obstáculo en su objetivo de hacer valer el reconocimiento internacional que la ONU le había brindado para establecer un Estado “judío” en Palestina: la potencia mandataria no iba a contribuir a la aplicación de la Resolución 181. El 12 de diciembre de 1947, en la Cámara de los Comunes, Ernest Bevin afirmó que, dado que no se había llegado a un acuerdo entre el pueblo palestino y el Yishuv, su gobierno no participaría en la puesta en práctica de la partición. Asimismo, Bevin ratificó que el Mandato británico de Palestina finalizaría la medianoche del 14 al 15 de mayo de 1948 y que la retirada de las fuerzas del Reino Unido se completaría antes del 1 de agosto del mismo año. En este contexto, los principales propósitos británicos eran: conservar la mayor influencia posible en la región (a través de su aliado transjordano y, en menor medida, mediante Egipto e Irak) y mantener el control de los recursos; retirarse de Palestina rápidamente; e intentar atenuar el enfrentamiento sionista–palestino, pero siempre minimizando las bajas británicas (ADF–AAE, 1947 y UKNA, FOa).

Este escenario generaba paradojas para el Reino Unido en la Palestina de los últimos meses del Mandato. Su mayor aliado en la región era Abdalá, que pasó de ser emir del protectorado a rey de Transjordania con la independencia

formal del territorio el 25 de mayo de 1946. Este monarca de la dinastía hachemita había convenido un acuerdo a finales de 1947 con emisarios de la Agencia Judía como Moshé Shertok (posteriormente Moshé Sharett) o Golda Meyerson. Según este pacto, Transjordania se anexionaría el territorio al oeste del Jordán asignado en la Resolución 181 al Estado “árabe”. A cambio, la Legión Árabe (ejército creado por Abdalá pero entrenado y subvencionado por el Reino Unido, que constituía la fuerza militar mejor preparada de los países de la Liga Árabe) no debía sobrepasar las líneas territoriales del futuro Estado “judío” diseñado por la partición (Shlaim, 1988). Los británicos suscribieron esta “colusión del Jordán” pensando que así podrían mantener una mayor influencia en la zona, por lo que no era del todo adecuado enfrentarse al sionismo hegemónico. Además, había sido a este último actor a quien Londres había favorecido estructuralmente desde la Declaración Balfour. Sin embargo, las fuerzas británicas también habían sufrido los ataques sionistas, eran conocedoras de que la parte palestina era más vulnerable que el Yishuv y debían tener algún gesto con algún dirigente árabe, por lo que, en definitiva, acabaron aceptando el pacto entre la Agencia Judía y el rey transjordano.

La guerra civil, que no tuvo un carácter oficial porque el poder mandatario pretendió minimizar el enfrentamiento, se alargó hasta el 14 de mayo de 1948, cuando se proclamó el Estado de Israel. Un día más tarde,

habiendo finalizado el Mandato británico de Palestina, daría comienzo la primera guerra árabe–israelí. En el enfrentamiento intercomunitario anterior a esta última se han establecido tradicionalmente dos fases: la primera, desde el 30 de noviembre de 1947 hasta avanzado marzo o abril de 1948, y la segunda, desde entonces hasta la mitad de mayo de este último año. La primera fase de la guerra civil se caracterizó fundamentalmente por ataques dispersos, por atentados y por luchas a pequeña escala que se fueron expandiendo gradualmente, al mismo tiempo que se sucedían las primeras matanzas y expulsiones de sus casas de personas no judías.

Especialmente al principio, el lado palestino se distinguía por un importante contenido espontáneo y voluntario. Muchos combatientes eran reclutados a través de comités locales. Conforme transcurría el tiempo, se intentó consolidar una guerrilla palestina de irregulares, el Santo ejército o ejército de la guerra santa, que estaba comandado por la familia Husseini y fomentado por el Comité Superior Árabe. A partir de finales de enero de 1948, el bando palestino contó con pequeños grupos de voluntarios de otros países del entorno agrupados en el ejército Árabe de Liberación. Este estaba organizado por la Liga Árabe, entrenado en el sur de Siria y dirigido por el sirio Fawzi al-Qawuqji, una personalidad más política que militar. Realmente, los dirigentes árabes que lo nombraron valoraron más su conocida enemistad con el ex muftí Amin

al-Husseini que su capacidad para enfrentarse a las tropas sionistas (Rogan y Shlaim, 2001: 81–82). Las rivalidades entre la institución panárabe y los Husseini hicieron que apareciesen roces entre ambas fuerzas y que la primera intentase impedir el alistamiento de voluntarios en el Santo ejército. Igualmente, la efectividad militar de ambas fuerzas fue baja, a excepción de sus ofensivas sobre colonias aisladas o sobre las rutas hacia Al-Quds–Jerusalén. En este punto, cabe destacar que un número considerable de dirigentes palestinos y árabes estaban más preocupados por sus divisiones internas y por sus aspiraciones de control territorial que por cualquier otro asunto, a pesar de su insistente retórica bélica contra el Yishuv.

En estas difíciles circunstancias, la movilización femenina alcanzó numerosos ámbitos. Además de los trabajos reproductivos y de cuidados dentro de cada *hamula* y familia, de máxima importancia para la vida en cualquier circunstancia, numerosas mujeres también se encargaron de tareas fundamentales como la creación y gestión de centros hospitalarios, la administración y control de suministros civiles y militares, la convocatoria y presencia en manifestaciones políticas, la recaudación de fondos o la intervención en los enfrentamientos bélicos de 1948 como auxiliares y, minoritariamente, como combatientes. En este último caso, con diferentes versiones, cabe circunscribirlo a ciertas unidades paramilitares en zonas como la de Yenín y sobre todo a organizaciones secretas femeninas como Flores

de Crisantemo, fundada en Yafa en 1947. Innumerables mujeres palestinas también tuvieron un papel imprescindible en la asistencia a las personas refugiadas, incluso cuando ellas mismas fueron expulsadas de sus hogares y se convirtieron en refugiadas. Además, dentro del territorio en el que se estableció el Estado de Israel el 14 de mayo de 1948, mujeres palestinas crearon el Movimiento de Renacimiento de la Mujer, fundado en Nazaret aquel mismo año.

En la segunda etapa de la guerra civil llegaron las grandes campañas militares y las mayores conquistas territoriales sionistas, que incluyeron sistemáticamente la expulsión de población palestina y la destrucción de sus hogares. La intervención británica fue generalmente menguando conforme transcurría el tiempo y avanzaba su proceso de retirada. Hacia abril de 1948, las fuerzas británicas ya no interferirían prácticamente, excepto si podía afectar directamente a su propia seguridad. Por entonces, las organizaciones paramilitares sionistas estaban llevando a cabo una operación de limpieza étnica, el Plan Dalet (Khalidi, 1961: 22–28), cuyo objetivo era la toma de vastas áreas de Palestina y la alteración de su realidad demográfica.

De esta manera, la guerra civil acogió un proceso de desplazamiento, transferencia, traslado o expulsión masiva (limpieza étnica) de la población palestina que se hallaba en las zonas asignadas al Estado “judío” y en los territorios que iban conquistando las tropas sionistas. A partir de diciembre

de 1947 (Pappé, 2008: 67–93) y sobre todo de abril de 1948, la limpieza étnica fue más determinante para el mapa de Palestina y para la mayor parte de su población no judía que la Resolución 181 o que cualquier otro tipo de enfrentamiento bélico.

En doce meses, desde diciembre de 1947 a diciembre del año siguiente, la realidad de Palestina cambió enormemente. Gran parte de la Palestina árabe fue destruida, su población fue desarraigada y su territorio fue desmembrado. Este proceso, que convirtió en refugiados a entre 750.000 y 800.000 personas palestinas, se llevó a cabo extremando la discreción tanto sobre el terreno como en los discursos públicos. Esto se vio favorecido por los escenarios de guerra que proporcionaron al Yishuv el pretexto ideal para encubrirlo como parte del “drama bélico”, de “excesos inevitables” o de episodios llevados a cabo por “incontrolados”. Es importante recalcar que la directiva sionista maniobró con una habilidad extraordinaria al disponer siempre de una justificación para evitar el posible impacto negativo de estos episodios. Cuando dos versiones opuestas, la sionista y la palestina, se difundían, los primeros tuvieron prácticamente siempre mayores alianzas, destreza y medios para hacer valer su relato en el ámbito internacional.

Durante la primera fase de la guerra civil en Palestina, las expulsiones tuvieron un carácter esporádico, mientras que a partir abril fueron sistemáticas, según establecía el Plan

Dalet. Así pues, la limpieza étnica de Palestina comenzó en diciembre de 1947. En represalia por los disturbios palestinos llevados a cabo contra la resolución de la ONU, los primeros asaltos judíos a pueblos y barrios palestinos fueron lo suficientemente graves como para ocasionar el éxodo de casi 75.000 personas en los primeros dos meses (Pappé, 2008: 68). Este fenómeno se unió a la costumbre de algunas familias pudientes palestinas de marchar (temporalmente, según pensaban) a otros países cercanos cuando había enfrentamientos o problemas en Palestina. Fuese como fuese, las expulsiones continuaron en esta primera fase de la guerra civil, llegándose en febrero de 1948, por ejemplo, a desalojar cinco pueblos palestinos en un solo día por parte de tropas sionistas.

Uno de los problemas más acuciantes para la dirigencia sionista era que en las áreas recomendadas por la ONU para el Estado “judío” había prácticamente las mismas personas palestinas que judías. Ya el 3 de diciembre de 1947, Ben-Gurión había expuesto con claridad ante varios destacados miembros del socialsionismo que “únicamente” un cambio en el equilibrio poblacional establecido por la Resolución 181 (un “reequilibrio demográfico”, es decir, la limpieza étnica) haría posible un Estado “judío”: “Hay un 40 por ciento de no judíos en las áreas asignada al Estado judío. Esta composición no es una base sólida para un Estado judío. Y tenemos que hacer frente a esta nueva realidad en toda su severidad y peculiaridad. Un equilibrio demográfico

semejante cuestiona nuestra capacidad para mantener una soberanía judía... Únicamente un Estado con al menos un 80 por ciento de población judía puede ser viable y estable” (Pappé, 2008: 79).

Por otro lado, la Resolución 181 estableció que una comisión de las Naciones Unidas debía encargarse de la aplicación del plan de partición. De esta forma, a principios de 1948 empezó a reunirse la Comisión de Palestina. El organismo de la ONU tuvo como presidente al checoslovaco Karel Lisicky y como secretario principal al estadounidense Ralph Bunche. Su secretario principal adjunto y director del grupo avanzado enviado a Jerusalén fue el diplomático republicano español Pablo de Azcárate, número dos de la Sociedad de Naciones entre 1934 y 1936 y embajador de la II República española en el Reino Unido durante la guerra civil española. Pero la Comisión de Palestina fracasó en su cometido de poner en práctica la Resolución 181 y se disolvió entre abril y mayo de 1948 (Ramos Tolosa, 2014a: 208–210). La imposibilidad de que la Comisión de Palestina completase su trabajo fue sinónimo de que el plan de partición no se convirtiese en una realidad (Ramos Tolosa, 2019b: 154–187). De hecho, transcurrido el año de 1948, el mapa de Palestina era más concordante con el proceso de limpieza étnica y con el acuerdo entre la Agencia Judía y el rey Abdalá de Transjordania que con el plan de partición de la ONU. La creación del Estado “judío” (desde el 14 de mayo

de 1948, Estado de Israel) fue el único elemento de la Resolución 181 que se convirtió en realidad.

En EE UU, el equilibrio de poderes en la Administración Truman había cambiado circunstancialmente en favor de la posición menos prosionista de los Departamentos de Estado y de Defensa. Así, después de que la postura a favor de la partición del presidente se hubiese impuesto, la situación había cambiado tras el 29 de noviembre de 1947. En este contexto, el secretario de Defensa, James Forrestal, denunció que la partición afectaba a los intereses petrolíferos estadounidenses y a la amistad con los países árabes. Por su lado, el secretario de Estado, George Marshall, reconoció en público (en privado ya lo había hecho con anterioridad) que posiblemente se habían equivocado al apoyar la Resolución 181, algo que provocó una gran preocupación en la Agencia Judía. En la reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas del 24 de febrero de 1948, el delegado estadounidense, Warren Austin, declaró que “el Consejo estaba obligado a preservar la paz, no a forzar a los árabes a que cumpliesen con la partición”. La culminación de todo este proceso de preeminencia temporal de la postura de los Departamentos de Defensa y Estado cristalizó en marzo de 1948. El Policy Planning Staff del Departamento de Estado había indicado unos días antes que continuar respaldando al futuro Estado “judío” era “contrario al interés nacional americano” o a sus “intereses estratégicos inmediatos” (Morris, 2008: 114). En este

contexto, Austin anunció de manera oficial que su país abandonaba el apoyo a la partición. Por el contrario, la URSS continuó respaldándola.

La delegación estadounidense en las Naciones Unidas propuso una nueva sesión especial de la Asamblea General. Su objetivo era crear un fideicomiso temporal (una versión actualizada de los mandatos de la Sociedad de Naciones) de la ONU, en cuyo marco se pudieran desarrollar nuevos esfuerzos de acercamiento entre sionistas y árabes. Sin embargo, esta segunda sesión extraordinaria de la Asamblea General de la ONU, que se inauguró en abril de 1948 y acabó el mes posterior, no supuso ningún avance importante en esta dirección (Ramos Tolosa, 2019b: 180–187). Mientras tanto, la violencia intercomunitaria no solo continuaba en Palestina, sino que había llegado hacia una nueva fase en aquel mes de abril: la limpieza étnica sistemática de Palestina a través del Plan Dalet.

El Plan Dalet (o Plan D) fue un proyecto general para las operaciones (para)militares que se desencadenaron en la primavera de 1948 en Palestina. La Haganá, que hasta entonces contaba con 4 brigadas, pasó a tener 12, con más de 50.000 efectivos (la mitad de los cuales estaban entrenados por británicos). Se enviaron órdenes explícitas a las unidades sobre el terreno y la superficie de Palestina se fraccionó en áreas de acuerdo con las características y el contingente de la organización paramilitar. A cada una de las brigadas se le asignó un listado de pueblos o barrios urbanos

que debía “ocupar, destruir y vaciar” en unas fechas determinadas y con unos procedimientos precisos (Khalidi, 1988: 34–37). Desde aquel momento, las operaciones adquirieron una dimensión, una planificación y una minuciosidad sin precedentes.

Entre los primeros días de abril y mediados de mayo de 1948 se iniciaron las 13 grandes operaciones que componían el Plan Dalet, que se dieron por concluidas a las 8 semanas de su inicio. Sin embargo, como se ha mencionado, el éxodo forzoso palestino había empezado antes y continuaría después. Ocho de las 13 grandes operaciones del Plan Dalet se situaban en áreas fuera de las zonas recomendadas por la Resolución 181 para el Estado “judío”. Tanto la concepción del plan como su distribución entre los comandantes de las brigadas fueron realizadas con la máxima discreción. Ni siquiera todos líderes políticos sionistas recibieron la versión completa del plan. El contexto de guerra civil y de progresivo abandono británico lo permitieron. Para la justificación sionista de lo que sucedería (así como para la historiografía oficial israelí posterior) era fundamental alejar cualquier atisbo que pudiera hacer pensar que el origen de las y los refugiados palestinos era anterior al 15 de mayo de 1948. Siempre según esta versión sionista–israelí, las personas palestinas que habían abandonado sus hogares lo habían hecho únicamente por voluntad propia. Después, a partir de la primera guerra árabe–israelí iniciada tras la expiración del Mandato, si cientos de miles de personas palestinas se

habían convertido en refugiadas había sido por instigación de los líderes políticos y militares arabe–palestinos o por su propia iniciativa.

Un día antes de que comenzase la Operación Nachsón, la primera del Plan Dalet que se puso en marcha, David Ben–Gurión recordó que “el principal objetivo de la operación es la destrucción de aldeas árabes [...] [y] la expulsión de los aldeanos” (Gilad, 1955: 924–925). Nachsón también significó la primera gran maniobra conjunta de las organizaciones paramilitares sionistas, siendo el precedente más inmediato del Tzahal (el ejército israelí, establecido oficialmente el 26 de mayo de 1948). La acción se concentró en la zona del corredor de Yafa–Tel Aviv a Al–Quds–Jerusalén, pretendiendo también romper el bloqueo árabo–palestino de la carretera que conectaba las dos ciudades, ya que el suministro de agua, de armas y de comida de las y los judíos jerosolimitanos dependía en gran medida de esta vía de comunicación.

En el contexto de la Operación Nachsón se produjo la masacre de Deir Yassin (Mcgowan y Hogan, 1999). Esta localidad se encontraba a pocos kilómetros al oeste de Al–Quds–Jerusalén y dentro de los límites del *corpus separatum* internacional proyectado en la Resolución 181. El 9 de abril de 1948, tropas sionistas del Irgún y del Lehi lanzaron un ataque sobre esta aldea de unos 700 habitantes (UKNA, WO). A pesar de que, como otros pueblos palestinos, Deir Yassin había firmado un pacto de no agresión con la

Haganá –y también con la localidad judía vecina de Giv’at Shaul–, los paramilitares sionistas irrumpieron en la localidad disparando con ametralladora a las casas. Después reunieron a las personas palestinas que no habían podido huir para acabar con sus vidas. En este intervalo de tiempo cometieron atrocidades como violaciones a mujeres y niñas, mutilaciones o rajados de vientre de mujeres embarazadas. Las cifras de víctimas mortales en Deir Yassin oscilaron entre 93 y 254, según las fuentes. El propósito era causar el pánico entre la población palestina; desde ese momento, la matanza de esta aldea fue el núcleo de la guerra psicológica contra la población palestina. De hecho, la radio y los automóviles de la Haganá repitieron sin cesar la frase “recordad Deir Yassin”. Fue un punto de inflexión durante la Nakba que tuvo un valor estratégico fundamental.

Ante el impacto mediático que provocó el ataque sobre Deir Yassin, la Agencia Judía tuvo difícil justificar que se trataba de una “represalia” más en su política de “defensa para evitar los ataques de los árabes”. Ante esta situación, y como sucedería en otras ocasiones, la versión oficial de la Agencia Judía (y de la historiografía oficial israelí, después) se basaba en condenar lo ocurrido en Deir Yassin y considerarlo como un “exceso” llevado a cabo por incontrolados del Irgún y el Lehi, en el marco de una guerra contra la existencia del Yishuv. Con este relato, el sionismo hegemónico pretendía exonerar a la Haganá de toda responsabilidad. Posteriormente, la historiografía

defendería que Deir Yassin fue prácticamente la única aberración cometida por las fuerzas sionistas–israelíes en 1948 (Masalha, 1988: 122). El supuesto “hecho aislado” de Deir Yassin quedó enmarcado en el relato oficial que presentaba los distintos episodios violentos de 1948 dentro de este relato, el cual prevaleció internacionalmente en aquel año y con posterioridad en el Norte Global.

Pero la masacre de Deir Yassin no fue un “hecho aislado”, puesto que tanto en los meses anteriores como posteriores se cometieron otras matanzas (Tirat Haifa, al–Khisas, Balad al Shaykh, Sa’sa’, Tantura, Lydda, Dawayima...) y desalojos similares. Fuesen planeadas en mayor o menor medida, formaban parte del proceso de limpieza étnica para conseguir la soberanía “judía” en la mayor parte posible de Palestina dentro del proyecto histórico sionista de colonialismo de asentamiento. En segundo lugar, la Haganá colaboró con el Irgún y el Lehi en el ataque. Concretamente, el asalto tuvo el pleno respaldo del comandante en jefe de la Haganá jerosolimitana, quien proveyó de material militar al Irgún y le proporcionó fuego de cobertura. La implicación de la Haganá en Deir Yassin fue confirmada en más de una ocasión por el último alto comisario británico, Alan Cunningham (UKNA, FO). Además, resulta significativo cómo el mismo día en que la Agencia Judía y la Haganá condenaron públicamente la matanza y rechazaron la vinculación socialsionista con el grupo de Menahem Beguín y el Lehi, el 12 de abril de 1948, el Consejo General Sionista reunido en

Tel Aviv ratificó el acuerdo de cooperación entre la Haganá y el Irgún.

Por otro lado, el urbidio de la Palestina árabe se inició la tercera semana de abril de 1948, con el desalojo de toda o la mayoría de la población árabe de Haifa, Safad, el oeste de la ciudad de Al-Quds-Jerusalén o Yafa, junto con el desalojo de otras urbes como Acre, Baysan o Tiberíades y de otros municipios de menor tamaño. Cabe explicar lo sucedido en algunas de estas ciudades palestinas más importantes.

Haifa era el principal puerto de Palestina y el eje de su sistema ferroviario. Se trataba del centro socioeconómico y administrativo más destacado del norte del país, tanto para la comunidad judía como para la palestina. Sede de una importante refinería petrolífera, iba a ser el último lugar del que se retirarían los británicos. A principios de ese año vivían en Haifa más de 60.000 personas palestinas (aproximadamente la mitad de la población total), la mayoría en la parte baja de la ciudad. Generalmente, la comunidad judía habitaba la parte alta, en torno al monte Carmelo. Desde diciembre de 1947, se restringió el suministro de alimentos a las y los palestinos, y fueron el objetivo de barriles explosivos, bombardeos, francotiradores y regueros de combustible ardiendo que bajaban desde las zonas altas de la ciudad, lo que provocó que algunas personas empezasen a abandonar la localidad.

Cuando en abril de 1948 la población palestina de Haifa comprendió sobrecogida que iba a ser atacada y que no podía defender su comunidad, solicitó al comandante británico Hugh Stockwell que, al menos, se les permitiera marchar de manera organizada y sin sobresaltos. Sin embargo, nada de esto ocurrió. “Motki” Maklef, oficial de operaciones de la brigada Carmeli de la Haganá y más tarde jefe del Estado Mayor del ejército israelí, ya había dado orden de “matar a cualquier árabe que os encontréis [...] prender fuego a cualquier objeto inflamable [...] y hacer estallar las puertas con explosivos”. Numerosas personas palestinas huyeron hacia la zona del puerto, y, después, hacia el mar, donde había botes atracados. Walid Khalidi recoge el testimonio sobre aquellos instantes de uno de los supervivientes: “Los hombres pisaron a sus amigos y las mujeres a sus propios hijos. Los botes se llenaron enseguida de personas. Las condiciones de hacinamiento eran horribles. Muchos volcaron y se hundieron con todos sus pasajeros” (Khalidi, 1998: 89). Casi 60.000 palestinas y palestinos fueron expulsados de Haifa ante la pasividad e incluso la complicidad británica.

Como parte de la Operación Yiftach del Plan Dalet, Safad fue atacada por unos 1.000 soldados del Palmach, que expulsaron a sus habitantes no judíos (excepto a unos 100 ancianos que fueron forzados al exilio al poco tiempo). La desarabización de este municipio de unos 12.000 habitantes se llevó a cabo en dos fases. La segunda y definitiva se

consiguió con la destrucción y la masacre de una aldea vecina, Ein al-Zeitun. Las partes que quedaron en pie después de la limpieza étnica de este último pueblo fueron utilizadas para construir una granja israelí cercana. Ein al-Zeitun también es conocida porque inspiró una novela épica sobre la Nakba: *Bab al-Shams* (“Puerta del Sol”, traducida como *La cueva del sol* en España), de Elias Khoury (2006)<sup>8</sup>. También sirvió de base para otra novela breve con tintes de ficción cuyo título traducido del hebreo sería *Entre los nudos*, de Netiva Ben Yehuda (1985).

Por otro lado, a finales de abril de 1948, la parte occidental de Al-Quds-Jerusalén, en la que vivían casi 30.000 palestinas y palestinos, fue bombardeada, asaltada, ocupada, desalojada y saqueada por fuerzas sionistas. Como en otros lugares, las tropas británicas no intervinieron. Uno de los barrios más atacados fue Katamon, que estaba ubicado en una céntrica colina jerosolimitana y que se convirtió en un objetivo primordial para las fuerzas sionistas. La pérdida de Katamon representaba la caída de toda la zona occidental árabe de Al-Quds-Jerusalén. Entre el 29 y el 30 de abril de 1948 llegó el asalto final al barrio, que cayó con rapidez en manos sionistas. Isaac Levy, jefe del servicio de inteligencia de la Haganá en la ciudad, recordó en sus

---

<sup>8</sup> En enero de 2013, el nombre de Bab al-Shams se utilizó para denominar a un campamento de activistas de Palestina e internacionales que intentaron evitar la construcción de un bloque de colonias israelíes denominado E1 al este de Al-Quds-Jerusalén (Ramos Tolosa, 2015: 176-177).

memorias que “mientras continuaba la limpieza [sionista] de Katamon, empezaron los robos y los saqueos, en los que participaron tanto soldados como civiles. Entraban en las casas y se llevaban el mobiliario, la ropa, los aparatos eléctricos y la comida” (Tamari, 1999: 101–103). El cercano barrio de Talbiya corrió una suerte similar. Era el lugar donde la familia de Edward Said tenía su casa. En sus memorias, Said escribió:

Lo único que recuerdo con nitidez de los barrios de Talbiya, Katamon, Upper y Lower Baqa’a desde que tuve uso de razón hasta que me fui de allí es que parecían poblados exclusivamente por palestinos, la mayoría de los cuales eran conocidos de mi familia [...] Todos se convirtieron en refugiados [...] Todavía me cuesta asumir el hecho de que los barrios de la ciudad donde nací, viví y que sentía como mi hogar fueran invadidos por inmigrantes polacos, alemanes y estadounidenses que conquistaron la ciudad y la convirtieron en símbolo por antonomasia de su soberanía, sin lugar para la comunidad palestina (Said, 2003: 151–152).

Después llegó Yafa. En la Resolución 181, la ciudad quedó como un enclave dentro del Estado “árabe”. Era la mayor ciudad árabe de Palestina. Se trataba de una urbe milenaria en la que vivían más de 80.000 personas, junto a las aproximadamente 40.000 del área circundante. Era también el centro de la economía palestina y el núcleo del comercio de cítricos (en especial la naranja), que concentraba la

mayor parte del valor de las exportaciones del país. Aunque el mapa de la partición había dejado en manos del futuro Estado “judío” las tierras más fértiles y la gran mayoría de las que producían cítricos, a las y los palestinos les quedaba Yafa. Esta ciudad mediterránea también tenía varias industrias importantes (dedicadas a la agroalimentación, al cristal, al metal o al textil) y era un lugar de atracción turística. Asimismo, Yafa era la capital cultural de la Palestina árabe. Allí se encontraban las sedes de decenas de periódicos (como *al-Difa’* o *Filastin*) e imprentas, albergando asociaciones femeninas, clubes deportivos, sociedades culturales o cines como el famoso Alhambra. La ciudad, que ya fue atacada en abril de 1948, fue conquistada por unos 5.000 miembros de la Haganá y el Irgún el 13 mayo de 1948, con un resultado de alrededor de 50.000 palestinas y palestinos expulsados de su ciudad (Radai, 2011: 23–43).

A la altura del 14 de mayo de 1948, las fuerzas sionistas habían ocupado y desalojado vastas zonas y numerosos centros urbanos de Palestina, tanto del territorio asignado al Estado “judío” como del que en teoría debía formar parte del Estado “árabe”. En el momento en el que expirase el Mandato británico de Palestina, se habrían establecido unos hechos consumados difícilmente reversibles. Excepto para el reconocimiento y legitimación del Estado “judío” en Palestina, hasta aquel momento el plan de partición de la ONU fue papel mojado. Realmente, así lo habían considerado tanto los sionistas derechistas como los

socialistas (que, a pesar de su cordialidad para con la institución internacional, afirmaban en privado que “el plan de la ONU era letra muerta el mismo día que se aceptó”) (Pappé, 2008: 64). Además de la pasividad o complicidad de las grandes potencias –incluido el Reino Unido– y de la incapacidad de diversos dirigentes palestinos de manejar las circunstancias, el mapa resultante fue consecuencia de la fuerza y de pactos al margen de las Naciones Unidas.

A las cuatro en punto de la tarde del viernes 14 de mayo de 1948, en el salón principal del Museo de Tel Aviv, David Ben-Gurión inició la lectura de la Declaración de Independencia del Estado “judío”, que se denominaría “Estado de Israel” (Medinat Yisrael).

Lo hizo bajo una gran foto de Theodor Herzl, entre dos banderas blancas con dos franjas azules y la estrella de David, y ante más de trescientas personas. Ben-Gurión empezó la lectura afirmando que “Eretz Israel ha sido la cuna del pueblo judío”. Se refirió a la *galut* (“diáspora”) y al deseo de “retorno”. Habló del renacimiento cultural y de la labor de modernización sionista en Palestina. Reafirmó el derecho reconocido en la Declaración Balfour y su incorporación al texto del Mandato británico.

También mencionó el genocidio perpetrado por el Tercer Reich y el plan de partición. El anteriormente constituido Consejo del Pueblo se autoproclamó Consejo Provisional del Estado, el cual a su vez designó a la Administración Nacional

como el nuevo gobierno provisional del Estado de Israel (las primeras elecciones se celebrarían el 25 de enero de 1949). Se afirmaron los principios de libertad, justicia y paz y que el nuevo Estado iba a asegurar la “completa igualdad de los derechos sociales y políticos de todos sus habitantes, independientemente de su religión, raza o sexo”. Sin embargo, no se mencionó la igualdad de derechos independiente de la nacionalidad (Kimmerling, 1999: 339–363).

Al contrario de lo aconsejado por el Departamento de Estado de los EE UU, el presidente Truman reconoció *de facto* al Estado de Israel tan solo 11 minutos después de la expiración del mandato.

Truman quería adelantarse a la Unión Soviética (dos días después, Moscú fue más allá y reconoció *de iure* a Israel). Por lo tanto, EE UU fue el primer país del mundo al reconocer *de facto* al Estado de Israel y la URSS el primero en hacerlo *de iure*.

Con todo, el nuevo Estado se mantuvo neutral durante un tiempo en el contexto de enfrentamiento entre las dos superpotencias, aunque a partir de la guerra de Corea (1950–1953) se posicionó definitivamente del lado de EE UU.

## **La segunda parte de la Nakba, la primera guerra árabe–israelí y los armisticios**

Mientras tanto, una esperada y nueva guerra llegaba a Palestina–Israel. Tropas de estados de la Liga Árabe se dirigían al país. Una parte del ejército egipcio junto a un contingente de voluntarios se aproximaba a la zona de Gaza. Tropas libanesas, aunque casi no participarían de manera efectiva durante la guerra, se acercaban al área de Malikya, al norte. Por su parte, un contingente del ejército sirio se aproximaba a la Galilea septentrional. Por último, la Legión Árabe transjordana ya había cruzado el río Jordán hacia el oeste. Sin embargo, por sus dificultades internas, rivalidades en el seno de la Liga Árabe, debilidad militar, improvisación y compromiso más retórico que efectivo, como escribió Ilan Pappé, “que los estados árabes hubieran sido capaces de reclutar a algún soldado ya [...] [era] de por sí digno de mención” (Pappé, 2007: 188).

A causa del pacto secreto entre la Agencia Judía y el rey Abdalá, la Legión Árabe estaba neutralizada desde el primer momento. Todo esto hizo que el británico Glubb Pasha, comandante en jefe de la Legión, denominara al conflicto bélico una “guerra de mentira”. No solo por el restringido papel de su ejército, sino por el desequilibrio, la falta de implicación y los problemas árabes en su conjunto. La mayor parte de los ejércitos árabes se quedó en sus respectivos

países. A lo largo de 1948, las fuerzas sionistas–israelíes eran más fuertes en armamento, coordinación, efectivos, entrenamiento, experiencia y motivación (Levenberg, 1993).

Las tropas israelíes avanzaban día a día a Al–Quds–Jerusalén y en el resto de Palestina. Por eso se negaban a la suspensión de hostilidades que solo en este momento empezó a exigir la ONU. Y es que para permitir los hechos consumados favorables al movimiento sionista el Consejo de Seguridad esperó hasta la creación del Estado de Israel para requerir una tregua de manera efectiva. Sea como fuese, para las autoridades israelíes, tanto la guerra civil ya finalizada como el nuevo conflicto bélico interestatal tuvieron un carácter prioritariamente ofensivo y que contaba con un doble propósito. Por un lado, la expansión territorial y la creación de unos hechos consumados demográfico–territoriales para cuando hubiera acabado el Mandato y se estableciera el Estado “judío”. Por otro, el propósito era el “reequilibrio demográfico”, es decir, el desalojo de la población palestina, la limpieza étnica, que a partir del 15 de mayo de 1948 se realizaba en el contexto de la débil intervención de los ejércitos de los Estados de la Liga Árabe.

La tarde del 14 de mayo, último día de la segunda sesión especial de la Asamblea General de la ONU inaugurada el mes anterior para intentar resolver la cuestión de Palestina, la Asamblea creó la figura del mediador. El cargo fue ocupado por Folke Bernadotte, una importante figura sueca

(nieto del rey Óscar II, diplomático, militar y dirigente de la Cruz Roja) que había participado tanto en el rescate de prisioneros de campos de concentración nazis como en las negociaciones para el fin de la Segunda Guerra Mundial. Como testimonió en primera persona el diplomático republicano exiliado Pablo de Azcárate, representante de la ONU en Palestina, solo después de este nombramiento, proclamado el Estado de Israel y habiendo sido reconocido por Washington, el Consejo de Seguridad y el secretario general de la ONU dejaron de lado su táctica de aplazar la imposición de una tregua. Solo a partir de la consolidación de esta situación favorable a Israel el Consejo empezó a asumir su cometido de intentar detener el enfrentamiento bélico en Palestina a través del mediador. Por lo tanto, la ONU no cumplió con su deber de intentar detener la guerra con todas las herramientas a su disposición para patrocinar los intereses sionistas (Ramos Tolosa, 2019b: 229–241).

Establecido el Estado de Israel, pronto hubo noticias optimistas respecto a la tregua. La Liga Árabe aceptó el llamamiento al fin temporal de las hostilidades. En la decisión fue fundamental que el líder de las fuerzas árabes, el rey Abdalá, hubiera visto cumplidas sus ambiciones territoriales al ocupar con rapidez lo que se denominaría Cisjordania y la parte oriental de Al-Quds–Jerusalén. Por su parte, ejércitos como el egipcio tenían una grave carencia de material bélico y buscaban una definición clara de los objetivos político–militares de la guerra. Las fuerzas israelíes

eran cada vez más efectivas y ya tenían gran parte de Palestina en sus manos. Aquellos días, Ben-Gurión llegó a afirmar: “Aniquilaremos Transjordania y después caerá Siria. Y si los egipcios continúan luchando, bombardearemos Port Said, Alejandría y El Cairo” (Pappé, 1988: 141). Asimismo, hay que tener en cuenta que, al contrario que en anteriores exhortaciones a la tregua, en la del 29 de mayo de 1948 el Consejo de Seguridad de la ONU decidió advertir que, si su resolución era rechazada, la situación sería “reconsiderada para actuar en base al capítulo VII de la Carta”. Esto significaba que el Consejo podría aplicar medidas como embargos, bloqueos, sanciones u organizar algún tipo de intervención militar. De esta forma, la tregua de cuatro semanas de la primera guerra árabe-israelí empezó el 11 de junio de 1948.

A pesar de las resistencias árabes a aceptar una nueva tregua cuando la primera finalizó el 8 de julio de 1948 (ya que la tregua había favorecido al Estado sionista), el Consejo de Seguridad forzó la aceptación de una segunda suspensión de los combates en su Resolución 54. Esto significó que la segunda tregua se inició el 18 de julio de 1948. El organismo de la ONU declaró que la guerra en Palestina era una amenaza para la paz mundial y aludió al capítulo VII de la Carta. Así volvió a advertir que el incumplimiento de la resolución comportaría sanciones políticas, económicas y militares, pero esta vez dirigió su aviso específicamente a los países de la Liga Árabe.

En los diez días que transcurrieron entre las dos treguas (8–18 de julio de 1948), el ejército israelí conquistó varias zonas y ciudades clave de Palestina como Nazaret, Lydda y Ramla. La ocupación y limpieza étnica de Ramla y Lydda significó el desalojo de unas 70.000 personas bajo órdenes como las de Isaac Rabín (décadas después primer ministro israelí y Premio Nobel de la Paz), que ordenó que “los habitantes de Lydda tienen que ser expulsados sin tener en cuenta la edad” (Morris, 1987: 207). En Lydda, el lugar de origen del santo cristiano San Jorge, las tropas israelíes asesinaron a unos 450 palestinos y palestinas (incluyendo a 175 en la mezquita de Dahmash, donde se habían refugiado), numerosas mujeres palestinas fueron violadas y se sustrajeron 1.800 camiones de propiedades muebles palestinas. Después de estos sucesos y de la expulsión, las y los habitantes de Lydda fueron obligados a caminar hasta la línea del frente árabe en medio de una intensa ola de calor. Se calcula que entre 335 y 350 personas palestinas murieron por deshidratación y agotamiento en lo que trágicamente se ha denominado la “marcha de la muerte de Lydda” (Munayyer, 1998). Todo esto era paralelo al desarrollo de varias estrategias para bloquear el retorno de las personas refugiadas palestinas. Sobre este tema, el 18 de julio de 1948 Ben-Gurión escribió en su diario: “Tenemos que hacer todo lo posible para asegurar que [la población palestina refugiada] nunca vuelva. Los viejos morirán y los jóvenes olvidarán” (Effarah, 2013: 125).

En el final del verano y el principio del otoño de 1948, con la segunda tregua activa y la mayor parte del territorio palestino controlado por el ejército israelí y la Legión Árabe, cada vez era más difícil ocultar el entendimiento entre Israel y el rey Abdalá de Transjordania. En Egipto, sede de la Liga Árabe, la preocupación y el recelo respecto al rey transjordaniano habían aumentado. En este contexto, la organización panárabe acogió la creación el 6 de septiembre de 1948 de un “gobierno” árabe de Palestina que tendría su sede en Gaza. Tuvo el nombre de “Gobierno de Toda Palestina”. Fue un momento histórico, puesto que se trataba de la primera vez que se intentó establecer una autoridad estatal árabe en la totalidad de la Palestina histórica. Aunque su jurisdicción fue declarada sobre el territorio que comprendía el Mandato británico de Palestina, en realidad solo podía operar en la zona de Gaza, controlada por las fuerzas egipcias. Como primer ministro del Gobierno de Toda Palestina fue nombrado Ahmed Hilmi Pasha, miembro destacado del Comité Superior Árabe, un organismo que con esta nueva situación se volvió todavía más inoperante. La presidencia recayó sobre Amin al-Husseini por tratarse del dirigente político palestino más popular, por ser un líder religioso y por su enemistad con el rey Abdalá. Aunque el Gobierno de Toda Palestina fue reconocido por los miembros de la Liga Árabe (a excepción de Transjordania), el nuevo organismo no tenía ni administración civil ni moneda propia ni un ejército a su disposición, por lo cual su capacidad de actuación fue muy limitada o simplemente

inexistente. Fue disuelto oficialmente por Gamal Abdel Nasser en 1959 (Shlaim, 1990).

A mediados de septiembre de 1948, el mediador de la ONU Folke Bernadotte fue asesinado en Al-Quds-Jerusalén por miembros de la organización sionista Lehi, que oficialmente había quedado integrada en el ejército israelí. Según la versión posterior de los autores del asesinato, el crimen se cometió porque temían que el gobierno provisional de Israel aceptara las propuestas políticas de Bernadotte, las cuales consideraban una amenaza para los intereses sionistas (Yediot Aharonot, 1977). Un día antes de su asesinato, el mediador había presentado un plan para Palestina, el segundo que planteaba después del fracaso del que propuso en el mes de junio anterior. Aun así, en su nuevo informe, Bernadotte corrigió varios de los aspectos que más habían irritado a las autoridades israelíes. Incluyó un reconocimiento explícito del derecho a existir del Estado de Israel, definió a Galilea como un “territorio judío” y volvió a incluir a Al-Quds-Jerusalén en un *corpus separatum* internacional, como había figurado en la Resolución 181. También recomendó nuevamente que las “zonas árabes” fuesen anexionadas por Transjordania. El fracaso de sus propuestas durante la primera tregua hizo que fuera más propenso a la influencia anglo-estadounidense. Por su parte, la URSS continuaba teniendo como referente la resolución del 29 de noviembre de 1947 y no apoyó las propuestas del mediador. Desde Moscú se acusó a

Bernadotte de servir a los objetivos anglo-estadounidenses, en concreto, a sus intereses estratégicos y petrolíferos. En este contexto, desde la URSS Transjordania era vista como una colonia británica.

En su segundo y último informe, Bernadotte también sugirió que la tregua vigente se reemplazara por armisticios o por acuerdos de paz formales. Sin embargo, el 15 de octubre de 1948, el ejército israelí rompió a gran escala la segunda tregua vigente desde el 18 de julio al iniciar su Operación Yoav. El ataque se centró sobre el Néguev, al sur de Palestina-Israel, que hasta ese momento estaba en manos egipcias. Aunque el Consejo de Seguridad solicitó el fin de los combates, lo hizo de manera poco convincente. No aprobó una resolución, sino únicamente un texto que contrastaba con la contundencia empleada en julio, cuando forzó a la Liga Árabe a aceptar la segunda tregua. Mientras que en verano se señaló explícitamente a la institución panárabe por resistirse a aceptar la interrupción de los combates y esta fue amenazada con sanciones, en el texto de octubre ni siquiera se mencionaba quién tenía la responsabilidad de violar la tregua. Para Pablo de Azcárate, se trató de “la violación más grave de las treguas en toda la historia” reciente de Palestina. Tampoco se contemplaba el momento en que la suspensión de las hostilidades tenía que ser efectiva, por lo que el ejército israelí aprovechó para continuar con su ofensiva y su limpieza étnica también en Galilea, donde sus tropas cometieron más de diez masacres.

En vez de intentar hacer cumplir su Carta impidiendo la proliferación de conflictos y la adquisición de territorios por la fuerza, los agentes más influyentes de la ONU volvieron a sancionar *de facto* los intereses del movimiento sionista y del Estado de Israel: la violación de la tregua, el incremento de la violencia y los hechos consumados que favorecían el expansionismo colonial israelí (Ramos Tolosa, 2019b: 306–328).

Mientras se alejaba la solución política incluida en el plan de Bernadotte, EE UU, que cada vez tenía un papel más destacado en el Levante mediterráneo, propuso la firma de un armisticio para poner fin a la guerra. El 16 de noviembre de 1948, el Consejo de Seguridad emitió su Resolución 62 declarando que para transitar desde la tregua hacia una paz permanente en Palestina, tenía que negociarse un armisticio. Esta era la hoja de ruta. En aquel momento, el Estado de Israel ya controlaba más del 75 por ciento de la Palestina histórica. La zona de Gaza (que se denominaría “Franja de Gaza”) permanecía en poder egipcio, mientras que lo que se llamaría Cisjordania y Al-Quds–Jerusalén Este estaban bajo control transjordaniano. La primera guerra árabe–israelí llegaba a su fin con la victoria del Estado de Israel.

Los armisticios eran un paso intermedio entre la tregua y los acuerdos de paz. Significaban la suspensión indefinida y acordada de las hostilidades, pero no tenían por qué incluir un tratado de paz o de fraternidad que fijara unas fronteras. Ben–Gurión y las autoridades israelíes apoyaban a la idea

porque consideraban que reconocerían los hechos consumados en 1948 y el territorio que habían ocupado. Además, a Israel le interesaba no delimitar unas fronteras internacionales, sino simplemente unas líneas de armisticio, para poder traspasarlas más fácilmente en aras de expandir sus límites. Finalmente, al gobierno provisional israelí le atraía la idea de firmar armisticios con celeridad para obtener una mayor legitimidad internacional, poder ser reconocido por más estados y poder ser admitido en la Asamblea General de la ONU, como finalmente consiguió el mes de mayo de 1949. Israel logró separar a los países árabes para debilitarlos y firmar entre febrero y julio de 1949 cuatro armisticios con Egipto, Líbano, Transjordania (que cambiaría su nombre a Jordania con la incorporación formal de Cisjordania y Al-Quds-Jerusalén Este, que a partir de aquellos momentos quedaron separadas del Estado de Israel por la llamada “Línea Verde”) y Siria. La guerra había acabado, pero esto no significaba paz.

Para atender a las personas refugiadas palestinas, la Asamblea General de la ONU creó el otoño de 1948 la UNRPR (United Nations Relief for Palestine Refugees) (Richardson, 1950), antecedente de la UNRWA (United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East). El 11 de diciembre, un día después de que la asamblea adoptara la Declaración Universal de los Derechos Humanos y dos días después de la aprobación de la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de

Genocidio, se emitió otra resolución histórica para la cuestión de Palestina. Se trataba de la número 194, que estableció el derecho al retorno de la población palestina expulsada durante la Nakba. Además, dispuso que se crease la Comisión de Conciliación de Palestina, cuyo secretario principal fue Pablo de Azcárate. El sustituto de Bernadotte como mediador, el estadounidense Ralph Bunche, trabajó los meses posteriores con éxito en la negociación de los armisticios entre Israel y los países de la Liga Árabe del entorno, tarea por la que recibió el Premio Nobel de la Paz en 1950. En estas circunstancias, la labor de la Comisión de Conciliación hasta 1952 se centró infructuosamente en las personas palestinas refugiadas, en la internacionalización de Al-Quds-Jerusalén y en la negociación de acuerdos de paz (Ramos Tolosa, 2019b: 349–404).

El nuevo escenario de 1949 había acabado con las hostilidades bélicas desencadenadas el 15 de mayo de 1948; pero los armisticios tampoco pusieron fin a la lucha de manera completa, sobre todo en los límites orientales y septentrionales del Estado de Israel. Del mismo modo, tampoco significaron la llegada de la paz a Palestina. Todavía no se habían cumplido preceptos elementales de la Carta de la ONU como la “convivencia en paz como buenos vecinos” (Preámbulo) o el fomento de las relaciones de amistad entre las naciones basándose en la libre determinación de los pueblos (Artículo primero). Al tiempo, resoluciones clave de

la Asamblea General, como la 194, no se habían aplicado. Si para la población judía israelí los armisticios consolidaron el establecimiento del Estado de Israel y significaron un respiro después de una década de grandes perturbaciones, para el pueblo palestino nada estaba más lejos de la paz y de los principios de la Declaración Universal de Derechos Humanos que su situación en 1949. Los armisticios significaban otro paso más en la validación de un *statu quo* que había significado desposesión, destrucción y exilio. En palabras del poeta palestino Mahmoud Darwish, un “mapa de ausencia” en una “patria que no era una maleta” (Darwish, 2012). Para la escritora italo–palestina Rula Jebreal, la Nakba fue “la catástrofe, el desastre, el apocalipsis [...] Es difícil de explicar, pero es una cosa que cada palestino siente en su interior, como una herida irreparable, como un cortocircuito en nuestra historia” (Jebreal, 2005: 142).

## Capítulo IV

### LOS CAMPOS DE PERSONAS REFUGIADAS PALESTINAS Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA SOCIEDAD ISRAELÍ (1949–1967)

#### **Vida y resistencias culturales palestinas en los campos y en el estado de Israel**

La cuestión de las personas refugiadas palestinas se convirtió en el núcleo del proceso colonial sionista–israelí, es decir, de la denominada “cuestión palestina”. La mayoría de estas personas se encontraba en unos 40 campos de refugiados y refugiadas establecidos en Cisjordania, Gaza, Siria, Líbano y Jordania. Según la UNRWA, a la altura de 1952 las desplazadas continuaban siendo personas apartadas dentro de los países de destino, donde les faltaban las mínimas condiciones de “estatus, vivienda, acceso a la

tierra, bienes inmuebles, ropa y otros medios de supervivencia” (UNOA, 1952). Su situación legal en los países de mayoría árabe del entorno era muy difícil y heterogénea. El Estado jordano combinó asimilación, intento de domesticación y represión. En el Líbano, por su parte, se impidió a la gran mayoría de personas refugiadas ejercer más de medio centenar de oficios y se les prohibió modernizar o ampliar sus casas y campos. Finalmente, aunque teóricamente en Siria las y los palestinos refugiados disfrutaban de igualdad con la población siria, en la práctica no podían adquirir los derechos que otorgaba la nacionalidad.

Una de las primeras manifestaciones de resistencia simbólica a la Nakba llevadas a cabo por las y los refugiados palestinos fue la designación de nombres de los nuevos barrios, calles o secciones de los campos de personas refugiadas. A modo de ejemplo, este fue el caso, entre otros, del campo de Chatila, en el Líbano, donde diversos nombres relativos a su ordenación interna remitían a las localidades palestinas de donde provenían las personas desplazadas. Igualmente, a partir de 1948 se extendió la costumbre de llamar a niñas palestinas con el nombre de municipios palestinos como Baysan, Haifa, Safad, Yafa, Yenín o como la misma Palestina (en árabe Falastin o Filastin). En este contexto, las y los refugiados vivían “esperando” el retorno. Este periodo, esta espera, se consideraba un “tiempo suspenso”, pero conforme pasaban los años empezó a

convertirse en una provisionalidad interminable, en un “presente eterno” (Sa’di, 2002). La Nakba no solo estaba presente, sino que era “el presente”.

Miles de personas palestinas fueron internadas en campos de concentración o de trabajos forzados israelíes entre 1948 y mediados de la década de 1950 (uno de ellos, el de Qatra, fue calificado por el diplomático británico Alex Kirkbride como “un campo de concentración [...] en línea con los nazis”) (Morris, 1993: 170). Mientras, una minoría de unas 158.000 personas palestinas no pudo ser expulsada y permaneció dentro de las líneas del nuevo Estado de Israel. Hasta el año 1966 vivieron bajo jurisdicción militar y sujetas a la ley marcial. Recibieron la ciudadanía israelí que les permitía votar en las elecciones, pero no obtuvieron la nacionalidad que disfrutaban sus convecinas y convecinos judíos. En el Estado israelí no existe la nacionalidad israelí, sino la nacionalidad judía. Esta última otorga más derechos que la ciudadanía israelí. La –siempre– minoría de personas palestinas que habitaban y habitan la “Palestina del 48” (el Estado de Israel) podían y pueden tener la ciudadanía israelí, pero nunca la nacionalidad judía que contiene todos los derechos. Y esto solo por su condición de no judías. Contrariamente, cualquier persona judía del mundo podía y puede acceder a la nacionalidad (plenitud de derechos) a través de las leyes del retorno y de ciudadanía de 1950 y 1952, respectivamente. En cambio, hay que reiterar, las personas no judías nacidas en la Palestina anterior al 1948 o

en el Estado de Israel no podían ni pueden obtener la nacionalidad ni volver a sus hogares, un derecho, este último, reconocido por la Resolución 194 de la Asamblea General de la ONU.

Como respuesta a esta situación, se sucedieron numerosas huelgas palestinas en contra de las leyes de retorno y de ciudadanía. También hay que tener en cuenta que en torno al 40 por ciento de las tierras de las personas palestinas con ciudadanía israelí fueron confiscadas. Además, estaban sujetas a políticas de contención demográfica y no podían servir en el ejército, vivir en determinadas zonas, adquirir tierras o remodelar y construir viviendas. Este tipo de políticas, referidas tanto al periodo anterior como posterior a 1967, han sido calificadas de “apartheid” por numerosas y numerosos autores, figuras públicas israelíes, premios Nobel de la Paz y representantes de las Naciones Unidas. Además, no solo es irónico que la Nakba palestina tuviera lugar el mismo año que se adoptó la Declaración Universal de los Derechos Humanos, sino también que coincidiera con la sistematización jurídica del apartheid en Sudáfrica. De hecho, fue precisamente Hendrik Verwoerd, primer ministro de la Sudáfrica del apartheid entre 1958 y 1966, quién afirmó en 1961: “Estoy de acuerdo con ellos. Israel, como Sudáfrica, es un Estado de apartheid” (Davis, 2003: 87). Incluso el que fuera presidente de EE UU entre 1977 y 1981, Jimmy Carter, relacionó a Israel con un “sistema de apartheid”.

La comunidad judía de Palestina, propietaria de menos de dos millones de dunams a finales de 1947, pasó a controlar en torno a 20 millones de dunams en poco más de un año. Según cifras de la Comisión de Conciliación de Palestina de la ONU, más del 80 por ciento del área total de Israel era tierra de “propietarios ausentes”. Las tierras de las localidades palestinas desalojadas también fueron declaradas por el ejército israelí zonas cerradas para impedir el retorno de las personas refugiadas palestinas. Sobre todo desde el verano de 1948, las excavadoras israelíes trabajaron para arrasar localidades y todo tipo de construcciones palestinas (UKNA, FOc). De los centenares de pueblos desalojados, aproximadamente el 70 por ciento fueron totalmente destruidos, mientras que un 22 por ciento quedaron parcialmente destruidos. Solo siete sobrevivieron y fueron ocupados, en su mayoría, por judías y judíos israelíes. Uno de los trabajos forzados que ejercieron las y los prisioneros palestinos de los campos de concentración israelíes era transportar los escombros de las casas palestinas demolidas y las propiedades muebles de las personas refugiadas. Además de los bienes inmuebles, libros, fotografías, diarios, cartas, archivos, mobiliario, joyas y otros objetos personales de las personas refugiadas palestinas fueron requisados por las autoridades israelíes (ADF–AAE, 1950). Como recoge Nur Masalha para el caso bibliográfico, solo en 1958, unos 27.000 libros palestinos fueron destruidos por el Estado de Israel debido a su “inutilidad” o porque suponían una “amenaza para el

Estado” (Masalha, 2012: 135–147). En poco tiempo, las tierras de las y los “ausentes” palestinos se convirtieron en zonas cultivables, en nuevos asentamientos para judías y judíos israelíes, en aparcamientos, en parques arqueológicos, en zonas de ocio o en bosques de nueva plantación.

Para obstaculizar el retorno de las personas refugiadas, intentar destruir el vínculo palestino con su tierra y cambiar el paisaje del país (a través de un *espaciocidio*), en el verano de 1949 se creó un comité gubernamental de nombres para *hebraizar* el territorio y sustituir los topónimos árabes por otros nuevos basados en la terminología bíblica. Desde aquellos momentos, en las esferas gubernamentales, en los medios de comunicación, en las escuelas y sobre el terreno se evitó mencionar que en aquellos lugares había habido pueblos árabes o que esas tierras habían sido de propiedad palestina. Fue uno de los elementos fundamentales del llamado “memoricidio” de la Nakba palestina (Ramos Tolosa, 2015). En este sentido, el Fondo Nacional Judío, organismo sionista de colonización del territorio creado en 1901, sustituyó especies de la flora autóctona (algarrobos, almendros, chumberas, higueras u olivos) por árboles europeos (especialmente el pino) en estos nuevos bosques. Las coníferas en general y el pino en particular se convirtieron en uno de los símbolos del nuevo Estado de Israel, que buscaba elementos que lo vincularan a Europa. De este modo, los árboles del “viejo continente” fueron

protagonistas de múltiples carteles sionistas de la época y se reflejaron incluso en nombres de personas judías israelíes (*Ilan*, que en hebreo significa “árbol”, u *Oran*, “pino”). Desde aquellos momentos, además, el Estado de Israel ha intentado presentarse como un país que ha llevado y que lleva a cabo numerosos procesos de plantación de árboles, un país “ecologista”, a través de campañas y estrategias que recientemente han sido calificadas de *greenwashing*. Obviamente, estos nuevos bosques y plantaciones (y también múltiples kibutz y *moshavim*) esconden que una gran cantidad de ellos están ubicados sobre pueblos palestinos desalojados y destruidos durante la Nakba. La metáfora y el paralelismo son claros: un movimiento de colonialismo de asentamiento europeo que ha desarraigado tanto a personas como a árboles autóctonos de Palestina para sustituirlos por personas y árboles alóctonos mayoritariamente de Europa.

Para numerosas personas palestinas, la memoria de la Nakba se convirtió en un profundo sentimiento multidireccional. Suponía una relación doliente entre el pasado y el presente y una tensión hiriente entre temporalidades. Al mismo tiempo, funcionaba como el pilar central de su identidad colectiva y como una forma de resistencia en una vida vivida en el exilio. Igualmente, la memoria de la Nakba también era indisociable al derecho al retorno de la población palestina refugiada. La Nakba instaló en la conciencia de la población palestina un sentimiento de

derrota y pérdida, pero, por otro lado, también tuvo una enorme importancia en la configuración de la identidad nacional palestina, convirtiéndose en una potente fuente de valores compartidos por y para las generaciones venideras. En un contexto donde el tradicional liderazgo político y social palestino había desaparecido, había sido dispersado o había fallado, al tiempo que sus instituciones habían sido destruidas, las consecuencias de la Nakba dieron lugar a una nueva y complicada etapa histórica para el pueblo palestino.

A partir de las décadas de 1950 y 1960, las resistencias culturales, psicológicas y sociales no solo fueron esenciales para el mantenimiento y reproducción de la identidad y de la memoria colectiva palestina, sino también para su propia supervivencia. En este contexto, fuera y dentro de la Palestina histórica, se empezó a extender una forma de resistencia, conectada con el tradicional arraigo palestino con la tierra, denominada en árabe “صمود” (*sumud*). Según enseñaban y enseñan desde Palestina, *sumud* es un elemento clave en sus “r-existencias” y un prisma de su narrativa nativa. Aunque sea difícil o imposible su auténtica traducción y explicación (como otros conceptos y cosmovisiones de los pueblos del Sur Global), *sumud* empezó a formar parte de la educación y la conciencia colectiva palestina. Este concepto, actitud y sentimiento pretende fomentar la perseverancia a través de la dialéctica de la opresión-resistencia, y se ha vinculado especialmente a la constancia, firmeza y resiliencia, es decir,

a la capacidad de superación de las adversidades. Para muchas personas palestinas, es una especie de fuerza o espíritu de impenetrable solidez que permite resistir ante todas las dificultades. En numerosas ocasiones, sobre todo en las últimas décadas, también se ha relacionado con las resistencias no violentas y con la desobediencia civil palestina (Ramos Tolosa, 2019a: 32–37).

*Sumud* también se ha vinculado y se ha representado a través del olivo. Se trata de un símbolo mediterráneo y palestino, además de un recurso importante para la economía palestina, que las fuerzas y colonos israelíes arrancan, queman y talan sistemáticamente. Se calcula que en los cincuenta años posteriores al inicio de la ocupación de Al-Quds–Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza en 1967, fuerzas y colonos israelíes destruyeron más de 800.000 olivos palestinos. A pesar de esto, el olivo fue, ha sido y continúa siendo una expresión metafórica de *sumud*. El olivo representa *sumud* del mismo modo que *sumud* representa al olivo, un árbol que se cultiva en el territorio de la Palestina histórica desde hace 6.000 u 8.000 años. Características como su crecimiento lento y en condiciones de suelos pobres, su resistencia a las sequías y su longevidad han contribuido a este vínculo metafórico. Históricamente, la recogida del olivo ha sido un elemento de unidad de las familias y los pueblos palestinos, que generalmente se han reunido y se reúnen unos dos meses desde mediados del mes de septiembre con este fin, incluyendo a menudo varias

celebraciones con música y baile. Como escribe Karina Bidaseca: “Los árboles [fueron] activados como sitios de la memoria. El cuerpo encarnando en el paisaje de la aldea, mimetizado con los árboles, corporeizado en la memoria colectiva” (Bidaseca, 2017). En numerosas ocasiones, la respuesta palestina ante la muerte de una persona o el asesinato a manos del colonialismo sionista–israelí ha sido plantar un olivo. Una de las imágenes más conocidas de las últimas décadas en Palestina es la de una mujer, Mahfouza Odeh, aferrada a las partes restantes de un olivo que había sido talado por fuerzas israelíes en Salim, cerca de Nablus. Por otro lado, a veces la propia naturaleza ha sabido posicionarse en medio de estas dinámicas históricas. Se han registrado casos en Palestina en que pequeños olivos han brotado de manera espontánea y han crecido dentro de árboles alóctonos plantados por israelíes.

En estas resistencias culturales, psicológicas y sociales, y vinculado al *sumud*, también ha sido fundamental la conservación y promoción del dialecto palestino de la lengua árabe; el *dabke* o *dabka* (baile en grupo tradicional palestino, similar a la jota, la *kalamatianos* griega o la sardana); su gastronomía y otras costumbres comunitarias. Igualmente, la necesidad de continuar con sus actividades diarias y cotidianas de subsistencia, trabajo, producción y reproducción con una gran solidaridad y autosuficiencia comunitaria. En este contexto, el papel de las mujeres palestinas fue el más importante e imprescindible. Además,

muchas mujeres, comités y grupos femeninos palestinos, más organizados o más espontáneos, establecieron numerosos mecanismos de apoyo mutuo y tejidos comunitarios de cohesión y solidaridad, además de convertirse en las más destacadas “guardianas de la memoria” palestina (Kassem, 2011).

## **La reconstitución del movimiento anticolonial y nacional palestino**

En el periodo posterior a la Nakba también se puso en marcha el restablecimiento del movimiento anticolonial y nacional palestino en un sentido político convencional. Como se ha indicado, es importante tener en cuenta que, a pesar de que generalmente las personas palestinas conservaron y promovieron su identidad colectiva palestina de distintas maneras, también quedaron separadas en cuatro grandes grupos. En primer lugar, las que quedaron en la Palestina del 48 (Estado de Israel), las de Cisjordania y Al-Quds–Jerusalén Este (que pasaron a formar parte de Jordania), las de la Franja de Gaza (que quedaron administradas por Egipto) y las de los campos de personas refugiadas externas a la Palestina histórica, especialmente en Jordania, Líbano y Siria. Y al mismo tiempo también vivieron atravesadas por la circunstancia de habitar en la

Palestina histórica o fuera de ella y en tener la condición de persona refugiada o no tenerla.

En el interior de Israel, dada la imposibilidad de formar organizaciones autónomas palestinas y la oposición y represión de las autoridades israelíes, una parte considerable de la minoría palestina bajo gobierno militar se alineó sobre todo en dos campos de la escena política israelí. Así, por un lado, algunas personas se acercaron al campo socialionista, sobre todo a través de listas árabes satélites en algunas zonas concretas de mayoría palestina (como Nazaret) que respondían a diferentes redes clientelares clánicas y confesionales asociadas a los partidos israelíes hasta las décadas de 1970 y 1980. En este contexto destacan especialmente partidos como el Mapai de Ben-Gurión (socialionismo moderado y primera fuerza política en las elecciones de 1949, 1951, 1955, 1959, 1961 y en las de 1965, 1969 y 1973 a través de coaliciones) y el Mapam de Meir Ya'ari y Jacob Hazan (socialionismo inicialmente prosoviético, segunda fuerza en 1949, tercera en 1951 y entre cuarta y sexta de 1955 a 1965). Por otro lado, otras y otros palestinos-israelíes optaron por situarse junto a fuerzas más minoritarias que quedaban fuera del consenso sionista como el Partido Comunista (Maki), que siempre quedó entre el sexto y el noveno puesto en las elecciones israelíes desde 1949 a 1961. Maki era una organización política ligada a la URSS, que no se declaraba sionista pero que reconocía a Israel, defendía la solución de los dos

estados, exigía la plena igualdad de la ciudadanía palestina en Israel y que consiguió que varios de sus miembros palestino–israelíes consiguiesen asiento en el Knesset, el Parlamento israelí (Barreñada, 2004: 326–342).

Igualmente, durante la década de 1950 y en la Palestina del 48, también surgieron varias organizaciones palestinas con planteamientos anticoloniales y nacionalistas. Muchas de ellas estuvieron influidas por el auge del panarabismo, un movimiento impulsado en gran parte por la figura de Gamal Abdel Nasser y la Revolución egipcia de 1952, que derogó la monarquía, acogió la independencia de Sudán, puso fin a la ocupación británica y nacionalizó el Canal de Suez en 1956 (Rogan, 2009: 282–291 y 296–304). Asimismo, en Israel, con el apoyo del Partido Comunista se creó la Asociación para la Defensa de los Derechos de la Minoría Árabe y poco después aparecieron grupos de carácter cultural y nacionalista como la Liga de los Poetas o la Liga de los Escritores e Intelectuales. Este proceso culminó con la creación del Frente Árabe (después Frente Popular) en 1958, que fue declarado ilegal cinco años más tarde.

De la fracción no comunista del Frente Árabe/Popular surgió en 1959 el Movimiento de la Tierra. Se trataba del primer movimiento político nacionalista palestino independiente que se extendió por numerosas comunidades palestinas de dentro del Estado de Israel mientras reivindicaba una solución integral a los problemas del pueblo palestino. Durante la primera mitad de la década de

1960, una mujer palestina, Najla Asmar, ocupó un lugar preeminente en el liderazgo de esta organización. No obstante, como el mismo Frente Árabe/Popular, también fue declarado ilegal por las autoridades israelíes en 1964 y desapareció el año siguiente. A pesar de esto, desde el principio de la década de 1960 se produjo un aumento de la actividad política de la población palestina, que diversificó sus formas organizativas. Además de pedir la abolición del gobierno militar y la igualdad entre personas judías y no judías, fue creciendo su reivindicación de resistencia a través de la defensa del territorio (Ganim, 2001: 96–101).

En los años posteriores a la Nakba, decenas de miles de palestinas y palestinos expulsados de sus tierras atravesaron las líneas de armisticio de 1949 para intentar volver a sus casas y recuperar sus pertenencias. Recibieron el nombre de “infiltrados” y fueron considerados como una amenaza por el Estado de Israel. Entre aproximadamente 2.700 y 5.000 de estas personas refugiadas murieron a manos israelíes a lo largo de los ocho años posteriores a la Nakba. Uno de los episodios más conocidos en este contexto fue la masacre de Qibya, un pueblo palestino del oeste de Cisjordania. El 14 de octubre de 1953, las tropas israelíes de la Unidad 101, dirigida por Ariel Sharón, llegaron a Qibya y asesinaron al menos a 69 palestinas y palestinos como respuesta al asesinato de 3 personas judías israelíes (Pappé, 2014: 71–72).

En este ambiente empezaron a formarse las y los fedayines palestinos. Se trataba de guerrilleras y guerrilleros, mayoritariamente socialistas o comunistas, que solían proceder de campos de personas refugiadas y que tenían como objetivo “derrotar al sionismo” y establecer en Palestina un Estado secular y democrático. Aunque se considera que su primera operación clandestina se realizó en 1951 desde Siria, la mayor parte de la actividad provino de Jordania (Almog, 2003: 20). En este contexto se formó gran parte del sustrato que daría lugar al movimiento anticolonial y nacional palestino de finales de la década de 1950 y de la de 1960, también a través de organizaciones de personas refugiadas de diverso origen, cultura política y composición como el Comité de Refugiados de Haifa y Galilea, el Ejecutivo de Pueblos de Al Quds–Jerusalén Este o el Comité de Desplazados de Lydda. Las comunidades de refugiadas y refugiados fueron las que más se movilizaron políticamente, entre otros factores porque las penosas condiciones de los campos orientaron la desesperación de su población hacia la actividad política organizada, centrada muchas veces en torno a la figura de la o el fedayín o guerrillero palestino.

Mientras tanto, entre los años 1958 y 1959 se formó Fatah, acrónimo inverso en árabe del Movimiento de Liberación Nacional de Palestina (*Harakat Al-Tahrir Al-Watani Al-Falastini*, حركة التحرير الوطني الفلسطيني). “Fath” (Fatah) significa “victoria”, “conquista” o “apertura” y también es el nombre

de un sura (capítulo) del Corán. Fatah fue creado por integrantes de la diáspora palestina, sobre todo por palestinos que habían sido refugiados en Gaza, habían estudiado en Egipto o el Líbano y trabajaban en los países del golfo Pérsico. Entre estos destacaban Yasir Arafat, entonces líder de la Unión General de Estudiantes Palestinos (UGEP) en la Universidad del Cairo; Khaled Iashruti, principal figura de la UGEP en Beirut; Salah Khalaf o Khalil al-Wazir. El carácter principal de su ideología era nacionalista palestina, secular y autónoma respecto a cualquier poder político árabe. Los fundadores de Fatah consideraban que el pueblo palestino tenía que liberarse por sus propios medios (Khalidi, 2007: 138–145).

En este contexto, el principal representante del islamismo fueron los Hermanos Musulmanes de Egipto. Creada en 1928 por Hassan al-Banna en la ciudad egipcia de Ismailia, está considerada como la primera organización de islam político suní contemporáneo (Gómez, 2018). Entre sus objetivos primordiales se encontraba introducir su interpretación del islam en el centro de la vida pública y política de la *umma* (comunidad de creyentes). Basaron gran parte de su crecimiento y prestigio en la creación de escuelas, bibliotecas y centros religiosos y de salud. También, miles de sus miembros participaron como voluntarios irregulares en la defensa de Palestina durante la Nakba. Aun así, en estos años los Hermanos Musulmanes tuvieron una influencia limitada en la población palestina,

aunque adquirieron cierta relevancia en la Franja de Gaza, así como en algunas zonas rurales y campos de refugiados y refugiadas. Estuvieron entre los primeros actores políticos de la zona en desconfiar del panarabismo como vía para la liberación de Palestina. Por otro lado, ya que el Estado egipcio consideraba esta Hermandad Musulmana una amenaza (se calcula que en 1948 ya formaban parte de la organización islamista unos dos millones de personas y llevaban a cabo algunas acciones violentas contra las autoridades), las autoridades del país decretaron su prohibición en 1949 y su fundador y líder, Hassan al-Banna, fue asesinado aquel mismo año. Entonces reorganizaron su brazo en la Franja de Gaza en torno a un centro religioso y educativo denominado la Sociedad de la Unidad de Dios. Más adelante, después del intento de asesinato de Nasser en 1954, teóricamente por parte de un integrante de los Hermanos Musulmanes, la organización fue nuevamente disuelta y sus miembros encarcelados. Asimismo, en la Franja de Gaza pasaron a la clandestinidad.

Por su parte, la influencia de las ideas de marxistas y de izquierdas fue relevante entre capas de población palestina urbana, pertenecientes a clases medias o medias-bajas de profesionales, profesorado y estudiantado. En Cisjordania, estuvo influenciado por factores como el descontento provocado por la desigualdad social, el intento de cooptación de notables por parte del régimen jordano, la marginación de numerosos sectores palestinos de los

centros de poder y el bloqueo de mecanismos de promoción social y económica. Las ideas comunistas calaron especialmente en Cisjordania. En la Franja de Gaza, el movimiento nacionalista árabe creó el partido al-Qawmiyyun al-Arab (Pappé, 2007: 212), liderado por George Habash, precedente de posteriores frentes de izquierdas como el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) y el Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP) a finales de la década de 1960. Al menos inicialmente, estos grupos sumaron a sus ideologías de izquierda el panarabismo a partir de la influencia nasserista y del partido Baaz sirio, creado en Damasco en 1947. Al mismo tiempo, y de manera continuada, adoptaron una postura antiimperialista que situó la liberación de Palestina en el centro de la mitología panarabista y consiguieron conectarla con otras luchas y organizaciones anticoloniales en todo el mundo.

En 1956 tuvo lugar la crisis o guerra de Suez. Con apoyo británico y francés, el ejército israelí invadió la Franja de Gaza y la península del Sinaí. El Estado de Israel no permitía ni el apoyo de Nasser a actividades de la resistencia palestina en la Franja de Gaza ni la obstaculización egipcia del estrecho de Tirán, que fue de la mano de la nacionalización del canal de Suez. Ya que Francia y el Reino Unido eran los accionistas más importantes del canal y los beneficiarios más importantes del petróleo que se transportaba por esta gran infraestructura inaugurada en

1869, se aliaron con el Estado israelí. Al final, a pesar de que se desbloqueó la circulación del estrecho de Tirán, como pretendían las autoridades israelíes, Nasser consiguió la retirada israelí y mantener la nacionalización del canal (Daly, 1999: 339–340). Las dinámicas geoestratégicas de la Guerra Fría fueron relevantes en este contexto, puesto que las dos superpotencias estaban incómodas con la triple intervención contra Egipto. La URSS estaba intentando aumentar su influencia en los países de mayoría árabe y había firmado acuerdos con Siria. Por ello, le interesaba mostrar su oposición al ataque contra Egipto, que al mismo tiempo había formalizado una nueva alianza con Jordania y Siria. Por su parte, EE UU, que aquellas semanas de otoño de 1956 estaba denunciando la intervención soviética en Hungría, tenía que mostrar que no aceptaba acciones similares de sus aliados. El caso es que la arena política palestina se calmó momentáneamente porque la breve ocupación de la Franja de Gaza por Israel le permitió arrestar o expulsar a guerrilleras y guerrilleros palestinos que actuaban desde allí y las acciones armadas palestinas disminuyeron temporalmente. Por otro lado, el 29 de octubre del mismo año de 1956, fuerzas israelíes cometieron una masacre en Kafr Qasim. Se trataba de un pueblo palestino que había quedado justo al oeste de la Línea Verde –es decir, dentro del Estado de Israel–, al tiempo que formaba parte del conocido como “pequeño triángulo”, o simplemente “triángulo”, una zona israelí adyacente a Cisjordania que concentraba numerosas

localidades palestinas o de mayoría árabe. En Kafr Qasim, la policía de frontera israelí (Magav) asesinó a 49 personas palestinas que volvían después de trabajar en el campo tras un toque de queda.

El enfrentamiento político de los líderes de los países de mayoría árabe por la hegemonía regional, divididos entre las repúblicas panarabistas o de tendencia socialista y las monarquías árabes conservadoras aliadas del bloque capitalista de la Guerra Fría, influyó a la resistencia palestina. Para Nasser y muchos de sus aliados, algunos de los cuales habían participado en el gran hito anticolonial de la Conferencia de Bandung en 1955 y que seis años después establecerían el Movimiento de Países No Alineados en Belgrado, la liberación de Palestina era una cuestión fundamental. Entre enero de 1958 y septiembre de 1961, Egipto y Siria se unieron bajo la presidencia de Nasser en la República Árabe Unida (Rogan, 2009: 306–308). En este contexto, Fatah, que se acababa de crear, aumentó su influencia. Empezó construir una infraestructura nacional para sostener la lucha armada y la reivindicación de la independencia de Palestina. Fatah se estableció en Gaza y creció los años posteriores con el reclutamiento de sectores del estudiantado y de clases trabajadoras jóvenes.

En 1964, el primer Consejo Nacional Palestino, integrado por 422 representantes de 11 territorios diferentes, consiguió reunirse en Al-Quds–Jerusalén. Esta reunión tuvo una gran importancia histórica, ya que comportó la

adopción de la Carta Nacional Palestina y el establecimiento de la Organización para la Liberación de Palestina (Munaẓẓamat at-Taḥrīr al-Filasṭīniyyah, تنظيم التحرير لفلسطين, OLP) con el patrocinio de la Liga Árabe. La Carta Nacional Palestina establecía en sus primeros artículos que “Palestina es una patria árabe ligada por fuerte lazos nacionales al resto de los países árabes”, que “sus fronteras coinciden con las del Mandato británico de Palestina y es una unidad territorial indivisible”, que el “pueblo árabe palestino tiene el derecho legítimo a su patria” o que “la liberación nacional es el principal deber”. También, afirmaba que el “sionismo es un movimiento colonialista desde su inicio, agresivo y expansionista en su meta, racista en sus configuraciones, y fascista en sus medios y objetivos”. Asimismo, declaraba que una persona palestina es “aquella que vivía con normalidad en Palestina hasta 1947, fuera expulsada o permaneciera en Palestina después” y que las personas “judías de origen palestino son consideradas palestinas si quieren vivir con paz y lealtad a Palestina”. Este primer Consejo Nacional Palestino eligió a Ahmed Shukeiri como el primer presidente del Comité Ejecutivo de la OLP (Khalidi, 2007: 150–190).

Aunque la mayoría de dirigentes de la OLP fueron hombres, algunas mujeres palestinas, como Yusra Berberi, pasaron a ocupar cargos de importancia en la nueva estructura organizativa. Berberi, por ejemplo, formó parte del Consejo Nacional Palestino desde el mismo año de 1964. De hecho, un año después, se creó dentro de la OLP la Unión

General de Mujeres Palestinas (UGMP). A partir de aquel momento, la Unión empezó a dividir su trabajo en varios comités y creó secciones en el Líbano y Siria. Con la integración de Fatah en la OLP, varias mujeres jóvenes de este movimiento empezaron a tener un papel protagonista en la UGMP. Su prioridad era la lucha anticolonial y por la liberación nacional palestina más que la liberación específicamente femenina. Aun así, conforme avanzaba el tiempo, dentro de la UGMP fueron formándose grupos de mujeres palestinas todavía más jóvenes y con formación política de izquierdas que quisieron unir la lucha anticolonial–nacional con la de género. Además, numerosas mujeres palestinas continuaban desarrollando militancia en organizaciones que combinaban trabajo social, educativo y político. Entre estas últimas, se formaron nuevas asociaciones como In Ash al Usra (“En apoyo de la Familia”), creada por Samiha Khalil en 1965 en Al–Bireh, ciudad adyacente a Ramala (Gijón, 2015: 106–107).

## **La construcción de la sociedad judía israelí**

En numerosos aspectos, el movimiento sionista ya había conseguido durante el Mandato británico que el Yishuv llegara a ser una sociedad colonial autosuficiente, efectiva y segregada de la autóctona palestina. Antes del

establecimiento del Estado de Israel ya había creado asociaciones, bancos, centros educativos y religiosos, colonias que se habían convertido en ciudades que superaban el medio millón de personas a la altura de 1954 (como Tel Aviv) o en referentes de numerosas izquierdas del Norte Global (como los kibutz), comercios y empresas de todo tipo, espacios de ocio, organizaciones paramilitares, periódicos, sindicatos o universidades. Indudablemente, la creación del Estado de Israel el 14 de mayo de 1948 fue un hito histórico, marcó un antes y un después e inauguró una nueva época, pero en múltiples dinámicas y realidades de la comunidad judía en Palestina, lo que predominaba era la continuidad.

El nuevo Estado surgido en 1948 fue construido principalmente por los dirigentes socialionistas que ya dominaban la mayor parte de las instituciones del Yishuv durante el Mandato británico. Entre 1949 y 1977, esta cultura política controló los gobiernos israelíes. Primero, a través del Mapai y desde 1968 a través del Partido Laborista, en el que quedó integrado el Mapai. David Ben-Gurión fue primer ministro en varias ocasiones: del 14 de mayo de 1948 al 10 de marzo de 1949 con el gobierno provisional, entre 1949 y 1954 con la primera y segunda legislatura, y, por último, entre 1955 y 1963 con la tercera, cuarta y quinta legislatura. Entre enero de 1954 y noviembre de 1955 el primer ministro israelí fue el también miembro del Mapai Moshé Sharett. Tres socialionistas más le siguieron: Levi

Eshkol fue primer ministro entre 1963 y 1969, Golda Meir entre este último año y 1974, e Isaac Rabín entre esta última fecha y 1977. En este último año, Rabín perdió las elecciones frente a Menahem Beguín, exlíder del Irgún, que obtuvo la victoria presentándose por el partido derechista Likud. Por su parte, hasta el año 2000 todos los presidentes del Estado de Israel excepto uno también formaron parte del Mapai o de coaliciones en las que se integraba el Partido Laborista, como la denominada Alineamiento. La única excepción aquí fue precisamente la primera persona que ocupó de manera electa el cargo, Jaim Weizmann, presidente israelí entre 1949 y 1952 y representante del partido de centro–derecha liberal Sionistas Generales.

El sistema electoral israelí se construyó como uno de los más representativos del mundo, con una única circunscripción y una barrera electoral del 1 por ciento hasta 1988 (a partir de ese momento fue subiendo hasta el 3,25 por ciento establecido en 2014) (Galnoor y Blander, 2018). Intentó reflejar la gran diversidad identitaria, política y de procedencia de las personas judías que vivían o que se esperaba que fuesen a vivir al país. Aunque impedía conseguir mayorías absolutas, estaba ideado para que el centro gravitatorio y la legitimidad institucional estuviesen regidos por la principal cultura política israelí, la socialsionista, y las coaliciones que ponía en marcha. Las negociaciones con fuerzas minoritarias para formar un nuevo gabinete se realizaban desde unas bases dentro del

consenso sionista, las cuales debían partir de unos mínimos que favorecían al socialsionismo y que durante décadas le permitieron monopolizar el poder político. Al mismo tiempo se establecían mecanismos clientelares con los partidos minoritarios, que podían conseguir alguna regalía del poder que en otros sistemas electorales no hubiesen podido obtener y así, de este modo, difícilmente cuestionaban el régimen (Álvarez–Ossorio e Izquierdo, 2007: 83). Por supuesto, las listas árabes dentro de partidos sionistas, que sobre todo existieron ligadas al Mapai–Partido Laborista, estaban bajo control. Cuando estas se resquebrajasen en las décadas de 1970 y 1980 y empezasen a surgir partidos exclusivamente de la población palestina con ciudadanía israelí, como el Partido Árabe Democrático –formado en 1988 en el contexto de la Primera Intifada– siempre serían fuerzas minoritarias sin capacidad de formar gobierno.

Aunque, como expuso Zeev Sternhell (1998), el nacionalismo primó sobre el socialismo en la cultura política socialsionista, las instituciones del Yishuv y del Estado israelí tuvieron amplias posibilidades de intervención en el ámbito económico. En gran medida, las inversiones que venían del exterior, los flujos de capitales, las donaciones y las reparaciones alemanas por el genocidio durante el Tercer Reich desde principios de la década de 1950 (Finkelstein, 2002) fueron canalizados por las autoridades socialsionistas y por instituciones como el Histadrut. De hecho, esta central sindical controlaba una parte muy importante del mercado

laboral, de los servicios y de otras esferas económicas. Con esto, durante las primeras décadas del Estado de Israel, las clases dirigentes socialionistas consiguieron reforzar su poder dentro del nuevo entramado estatal.

Una de las prioridades de los primeros gobiernos israelíes fue absorber el mayor número posible de personas judías venidas del extranjero y asentarlas en casas y tierras de “propiedad ausente” palestina. Sobre todo, interesaba ubicarlas cerca de las zonas donde había quedado más población palestina sin expulsar, es decir, en la Galilea central y en el triángulo, y en menor medida en una zona entre Beerseba y Cisjordania. Esta proximidad física suponía un problema y fue una de las razones que se utilizaron para justificar que a las personas palestinas con ciudadanía israelí se les aplicase de la ley marcial hasta 1966. Por su lado, en el primer lustro de existencia de Israel, entre 1948 y 1952, más de 700.000 personas judías migraron al nuevo Estado. Por número de personas, el primer país de origen fue Irak (donde hubo expulsiones de personas judías como respuesta a la Nakba palestina), el segundo Rumanía y el tercero Polonia, con más de 100.000 migrantes cada uno de ellos. En los cinco años posteriores a 1952, el número total de personas judías migradas se acercó a las 200.000 (Eliav, 1994).

Como se ha indicado, muchas y muchos de los nuevos migrantes judíos que llegaron a la Palestina del 48 y que procedían de países de mayoría árabe fueron asentados en

las regiones israelíes con mayor presencia palestina, es decir, las que eran consideradas más “difíciles” e incluso “peligrosas”. Esto no debe sorprender. En Israel, la población migrante mizrají o *mizrahim* (traducible como “oriental”, pues *mizrajen* hebreo significa “este”), es decir, la que tenía como origen ámbitos de mayoría árabe o islámica, era frecuentemente despreciada por las personas asquenazíes blancas. Históricamente, las comunidades judías se distinguían en tres grupos fundamentales según su origen: asquenazíes, sefardíes y mizrajíes o *mizrahim*. El colectivo asquenazí debe su nombre a *Ashkenaz*, “Alemania” en hebreo. Tras persecuciones religiosas y expulsiones de ese país y de Francia, junto a aportaciones de la conversión al judaísmo del pueblo jázaro, el grupo judío que sería conocido como asquenazí se instaló en el este de Europa. Estas comunidades hablaban entre ellas en *yiddish*, un idioma procedente del alemán en su vocabulario (no así en su sintaxis) y que tenía influencias eslavas y del hebreo. El *yiddish* utiliza el alfabeto hebreo aunque pronunciado de manera diferente. El uso de la lengua hebrea se restringía a la liturgia y al estudio de literatura sacra judía, aunque ya en el siglo XIX empezó a utilizarse también para literatura profana. Desde finales de la centuria decimonónica, el sionista bielorruso Eliezer Ben-Yehuda emprendió la ingente tarea de adaptar el hebreo para que fuese un idioma hablado y moderno. En segundo lugar, por otro lado, las personas judías sefardíes tienen su origen en la península ibérica. Tras su expulsión en 1492 se dispersaron por

diversos lugares: el Norte de África, los Balcanes o los Países Bajos. *Sefarad* o *Sfarad* es como se denomina a la península ibérica o a España en hebreo (Durán, 2009: 73–239).

El movimiento sionista siempre había estado liderado por judíos de procedencia asquenazí: Herzl nació en Budapest (actual Hungría), Weizmann en Motol (actual Bielorrusia), Ben-Gurión en Plonsk (actual Polonia), Beguín en Brest (actual Bielorrusia), así como Jabotinsky en Odesa, Sharett en Kherson y Meir en Kiev (todas ciudades ucranianas en la actualidad). El sionismo era principalmente asquenazí, procedía de Europa, se sentía Europa y, como toda forma de colonialismo, era inseparable del racismo. En este sentido, a modo de ejemplo, Weizmannya escribió en 1918: “Al pobre ignorante *fellah* [campesino árabe] no le preocupa la política, pero cuando gente de su confianza le dice repetidamente que corre el peligro de que nosotros le arrebatemos su sustento, él se convierte en nuestro enemigo mortal [...] El árabe es primitivo y se cree lo que le dicen” (Segev, 2000: 109). Por su lado, Jabotinsky afirmó en 1939: “Los judíos, gracias a Dios, no tenemos nada que ver con Oriente [...] El alma islámica debe ser barrida de Eretz Israel. [Los árabes y los musulmanes] son una horda vociferante vestida con sucios harapos” (Prior, 1999: 184).

Además de la cuestión palestina, en las primeras décadas del Estado de Israel se denunciaron numerosas formas de discriminación y racismo contra personas judías no blancas en Israel, incluyendo a mizrajíes, sefardíes y también a judíos

y judías etíopes, conocidos como “Beta Israel”. En proporción, las y los miembros de grupos judíos no blancos experimentaban en Israel condiciones de vida inferiores o muy inferiores a las y los asquenazíes. En concreto, debido a sus menores oportunidades de acceso a los distintos niveles educativos, a la infravivienda y a su mayor presencia en los trabajos peor remunerados. En otras palabras, en las primeras décadas del Estado de Israel era difícil ver a mizrajíes en profesiones liberales o en la universidad. Igualmente, los matrimonios *mixtos* entre personas judías blancas y no blancas también eran poco habituales. Incluso, en esta línea, en la década de 1950 hubo un famoso y polémico caso de un supuesto robo masivo de niñas y niños a sus familias judías yemeníes (y, por tanto, mizrajíes). Por todo ello, en 1997 el líder laborista y primer ministro israelí entre 1999 y 2001, Ehud Barak, pidió disculpas con estas palabras:

Debemos admitir ante nosotros mismos [que] el tejido interno de la vida comunal estaba roto. De hecho, a veces el tejido íntimo de la vida familiar estaba desgarrado. Se infligió mucho sufrimiento a los inmigrantes [judíos no asquenazíes] y ese sufrimiento quedó grabado en sus corazones, así como en los corazones de sus hijos y nietos. [...] En reconocimiento de este sufrimiento y dolor, [...] pido perdón en mi nombre y en el del histórico movimiento laborista (Zohar, 2005: 300–301).

Por otra parte, un caso especial fue el de los kibutz. Desde el primer kibutz, Degania (Gavron, 2000: 15–42), establecido a orillas del mar de Galilea y que acogió el nacimiento en 1915 de Moshé Dayan, el número de comunas o granjas autogestionadas de este tipo fue aumentando. Durante el Mandato británico desempeñaron un papel fundamental como colonias y puestos militares avanzados. En el momento del estallido de la Segunda Guerra Mundial, su número ya había alcanzado los 79, con casi 25.000 personas viviendo en ellos. A la altura de 1950, un 7,5 por ciento de la población israelí (aproximadamente 65.000 habitantes) residía en uno.

Uno de los elementos que más destacó el historiador Tony Judt acerca de su experiencia allí fue su austera atmósfera socialista. Según su testimonio, en la década de 1960 los miembros de estas comunidades (*kibbutznik*) todavía continuaban inmersos en interminables discusiones en torno a cuestiones políticas como la II y la III Internacional. Más allá de la experiencia soviética, en medio de un ambiente que en algún sentido podía considerarse puritano, seguían debatiendo sobre la aplicación de las ideas de justicia social e igualdad en su microcosmos utópico de mayoría asquenazí.

En los kibutz, Judt consideró que “no era extraño que los árabes figuraran muy poco en [su] [...] mundo” (Judt, 2008: 259–275). Como colonias de asentamiento en un contexto segregado, en los kibutz las y los palestinos no podían ser

miembros de pleno derecho. Pero este *detalle* fue *olvidado* por numerosas izquierdas del Norte Global en las primeras décadas de existencia del Estado israelí, cuando algunas de ellas se desencantaron con la URSS y los kibutz fueron loados como la aproximación más cercana a la autogestión socialista.

Las personas palestinas no solo formaban parte del mundo y del país en el que habitaban los *kibbutznik*, sino que en gran parte de estos asentamientos lo árabe y lo palestino se encontraba físicamente bajo sus mismos pies. Numerosas comunidades de este tipo se establecieron sobre municipios palestinos que habían sido desalojados durante la limpieza étnica de 1948.

Muchos cambiaron sus nombres hebraizándolos. A modo de ejemplo, sobre las tierras del municipio palestino desalojado y destruido de Endur se levantó en 1948 el kibutz Ein Dor. De manera similar, el pueblo palestino de Jibta se convirtió en el kibutz Gvat. Lo mismo sucedió con con Lubyá, en cuyas tierras se construyó el kibutz israelí Lavi, o con Suba, que se convirtió en Zova.

Sobre tierras de la localidad natal del poeta palestino Mahmoud Darwish, al-Birweh, que fue arrasada por las excavadoras israelíes, se establecieron el kibutz Yas'ur y el *moshav* (una colonia rural cooperativa similar al kibutz pero con presencia de la propiedad privada) Ahihud. El pueblo palestino de Hittin, lugar en el que Saladino derrotó

a los cruzados en 1187 y en cuyas tierras se encuentra el santuario druso y musulmán del profeta Shu'ayb (identificado con el personaje bíblico de Jethro y mencionado en el Corán), fue transformado después de la limpieza étnica de 1948 en los *moshavim* Arbel y Kfar Zeitim. Por último, el *moshav* Elanit o Ilanit (“árbol”, en hebreo) se construyó sobre la localidad palestina de Al-Shajara (“árbol”, en árabe).

## Capítulo V

### **LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS, LA OCUPACIÓN MILITAR Y ENDOCOLONIZACIÓN ISRAELÍ Y LA PROPAGACIÓN DE LAS RESISTENCIAS PALESTINAS (1967–1987)**

#### **La guerra de los seis días o guerra de junio de 1967 y sus consecuencias**

1967 fue el año de la Naksa palestina. Naksa puede traducirse como “recaída”, “retraso” o “revés”. Es un término utilizado por el pueblo palestino para hacer referencia a la victoria israelí en la guerra de junio de 1967 (denominación más habitual en ámbitos árabes) o guerra de los Seis Días (más frecuente en Israel y en el Atlántico Norte) y a sus consecuencias. Este breve conflicto bélico se inició el 5 de junio de 1967. Aquel día, el ejército del Estado de Israel

lanzó un ataque denominado “preventivo” contra Egipto, Jordania, Irak y Siria y neutralizó rápidamente las defensas aéreas de estos países. Inmediatamente después, las fuerzas israelíes ocuparon Al-Quds-Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza, por lo que por primera vez controlaron la totalidad de la Palestina histórica. Además, también ocuparon militarmente los Altos del Golán de Siria y la península del Sinaí egipcia. Todos estos territorios, excepto el Sinaí, continúan en la actualidad ocupados militarmente por el Estado de Israel. En aquellos días de 1967, entre 250.000 y 400.000 palestinas y palestinos fueron expulsados, y algunas de sus casas y tierras fueron arrasadas por las fuerzas militares israelíes. Aproximadamente la mitad de estas personas se vieron desplazadas por segunda vez en menos de 20 años. Así mismo, la cantidad de personas refugiadas palestinas en los campos de la UNRWA creció muy rápidamente, especialmente en Jordania. Barrios urbanos y pueblos palestinos fueron desalojados y arrasados, entre ellos el barrio Mughrabi de la ciudad vieja de Al-Quds-Jerusalén (para crear una explanada y facilitar el acceso al Muro de las Lamentaciones) o gran parte de la ciudad palestina de Qalqilya y sus alrededores.

La Naksa fue considerada como una especie de segunda Nakba. Aun así, hay que tener en cuenta que, a pesar de que fue un episodio de extraordinaria importancia histórica, en el fondo fue un capítulo más en el proceso actualmente vigente de colonización de asentamiento y de limpieza

étnica de Palestina. No se puede olvidar el histórico axioma sionista de intentar conseguir el máximo territorio con el mínimo posible de población palestina. Conscientes de su superioridad militar respecto a los países de su alrededor, numerosas autoridades políticas y militares israelíes se habían planteado, desde el mismo año de 1948 –como había hecho el propio Ben-Gurión–, la expansión territorial, sobre todo a Al-Quds–Jerusalén Este y Cisjordania. La guerra y las conquistas de junio de 1967 se prepararon con minuciosidad y exitosamente (Pappé, 2017a: 6–25). Como tantas otras veces, solo hacía falta un pretexto, que este caso fue el aumento de las tensiones fronterizas durante los meses anteriores, además de movimientos de tropas egipcias, impedimentos a la circulación de barcos o una supuesta amenaza de invasión egipcia del territorio israelí. Pero las autoridades israelíes sabían que Nasser no tenía ni capacidad ni voluntad efectiva de invadir el territorio al este del Sinaí. Mientras que Egipto había estrechado sus lazos con la URSS, EE UU se hallaba en medio de la guerra de Vietnam y se estaba dando cuenta de que el Estado de Israel podía ser su gran gendarme en la región. Por todo ello, dio vía libre al ataque israelí. La impresionante victoria del Tzahal ratificó definitivamente a Washington que Tel Aviv tenía que ser su gran aliado en la zona. Empezó una estrecha relación diplomática, militar y política (calificada de “simbiótica”) que dura hasta la actualidad. Y con este apoyo estadounidense, el Estado de Israel se sintió omnipotente. Al menos hasta estos momentos, Israel ha sido el Estado del

mundo que más ayuda militar ha recibido de EE UU desde 1967 (Mearsheimer y Walt, 2007).

Aun así, además de los centenares de miles de personas palestinas expulsadas durante la Naksa, si las autoridades israelíes hubiesen anexionado los territorios ocupados de Al-Quds-Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza hubiesen tenido que incorporar al Estado de Israel cerca de un millón de personas árabes que vivían en estas partes de la Palestina histórica. Los Altos del Golán interesaban sobre todo por su valor hídrico, geoestratégico y por ser una futura baza de negociación con Siria, mientras que la península del Sinaí también interesaba por estas dos últimas razones aplicadas al contexto egipcio. Y Levi Eshkol –por entonces primer ministro israelí–, Moshé Dayan –jefe militar de la guerra de los Seis Días y ministro de Defensa– y el resto de dirigentes israelíes sionistas querían la tierra palestina, pero no a su población nativa. La idea de que el Estado de Israel siempre tiene que tener una mayoría permanente de población judía era y es clave. Las circunstancias de 1967 no eran las mismas que las de 1948 y no se podía llevar a cabo una limpieza étnica de la mayor parte de la población nativa como durante la Nakba. Por tanto, por un lado, se decidió retener la ocupación militar de Al-Quds-Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza; todo unido al control y a la vigilancia de los recursos palestinos, de la movilidad de la población y de cada porción del territorio. Igualmente, la ocupación militar también significaba la aplicación de

medidas biopolíticas (Parsons y Salter, 2008) contra la población palestina y el intento de destrucción del medio y de los medios de vida palestinos, excepto en algunos casos en que la población ocupada podía servir de mano de obra barata y de consumidora de productos israelíes. Por otro lado, y no menos importante, el Estado de Israel podría poner en marcha rápidamente la endocolonización de asentamiento de los territorios ocupados. Esto dejaba abierta la posibilidad de una anexión territorial futura y permitía avanzar hacia su objetivo último de máximo territorio con el mínimo de población palestina.

Por su parte, las autoridades israelíes siempre habían considerado que toda Al-Quds-Jerusalén, la Ciudad Santa, tenía que pertenecer en el Estado de Israel y ser su capital. De hecho, contraviniendo las diversas resoluciones de la ONU que establecían que la zona de Al-Quds-Jerusalén tenía que ser un *corpus separatum* internacional y, a pesar de que en aquel momento el Estado israelí solo controlaba la parte oeste de la ciudad, Ben-Gurión ya había proclamado a “Jerusalén” como la capital israelí en diciembre de 1949, el mismo mes en el que se creó el Instituto Central para la Coordinación de Israel (Mossad) (Ramos Tolosa, 2019b: 359–395). De hecho, meses antes, después de que el Mapai ganara las primeras elecciones israelíes de 1949, Ben-Gurión ya había declarado que “Jerusalén solo puede ser judía” (UKNA, FOd). Y, en efecto, con todos estos antecedentes, después de la guerra

de 1967 se anunció que la parte oriental de la Ciudad Santa, incluyendo la ciudad vieja, sería anexionada y pasaría a formar parte integral del Estado de Israel. Pero, a pesar de que las barreras físicas entre las dos partes se eliminaron, la población palestina de Al-Quds-Jerusalén Este no consiguió la ciudadanía israelí ni, por supuesto, la nacionalidad judía. Únicamente adquirió un estatus menor de residente permanente. Igualmente, se modificaron los límites municipales de la ciudad para que Israel anexionase más territorio, evitándose las zonas con más población palestina para asegurar así la mayoría judía. El 30 de julio de 1980, a través de la Ley de Jerusalén, el Estado israelí unificó en su legislación nacional la parte oeste y este de la ciudad y proclamó toda la urbe como su “capital eterna e indivisible”. Tres semanas después, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó su Resolución 478, que declaraba nula la Ley de Jerusalén y animaba a todos los estados a que retuvieran o ubicaran sus embajadas en Tel Aviv.

Con el paso del tiempo, 1967 supuso un punto de inflexión en el relato histórico sionista y en las negociaciones para la resolución de la cuestión de Palestina. Y todo esto a pesar de que, mayoritariamente en el ámbito judío israelí, la guerra de los Seis Días fue interpretada y recordada como una nueva guerra defensiva en la cual volvió a vencer Israel, como en los años 1948 y 1956. Pero 1967 también fue un punto de separación entre, por un lado, las tendencias sionistas maximalistas o derechistas (religiosas o no

religiosas) y, por otro, el llamado “sionismo liberal” (en sentido anglosajón), “progresista” o de los dos estados. Generalmente, los primeros interpretaron e interpretan que la conquista de Cisjordania y Al-Quds–Jerusalén Este – “Judea y Samaria”, según los términos sionistas– con la Franja de Gaza solo es la redención de unos territorios que pertenecen en el pueblo judío, con un mayor o menor significado religioso o mesiánico (Masalha, 2002). Estos sectores rechazan la retirada israelí de los territorios ocupados en 1967 y las concesiones a la parte palestina. Cabe decir que en estas posiciones también se movieron algunos socialsionistas, entre los cuales figuraron los fundadores de organizaciones como el Movimiento por el Gran Israel.

El otro sector o tendencia sionista ha estado y está ocupada por el marco interpretativo sionista liberal o lo que posteriormente se conoció como “campo de la paz” (Pappé, 2007: 309–315). Comparte numerosas perspectivas con la comunidad internacional y suele tener como referente del derecho internacional resoluciones como la 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, de noviembre de 1967. Según esta, el Estado de Israel debe retirarse de todos –o, para algunas interpretaciones, solo de una parte– de los territorios palestinos ocupados aquel año. El contenido de este documento del Consejo fue aceptado por Egipto, Jordania y Siria en diferentes momentos después de su aprobación y también ha sido suscrito por la OLP y todos los países de

mayoría árabe. Sin embargo, el actor que debe ponerlo en marcha, el Estado de Israel, nunca lo ha aceptado con todas sus consecuencias. Igualmente, según esta interpretación sionista liberal, en estos territorios ocupados en 1967 o en una parte de ellos se podría establecer un Estado palestino después de negociaciones. Para la interpretación sionista liberal más habitual, la mayor parte de los problemas israelíes relacionados con Palestina vienen provocados por la ocupación militar iniciada en 1967. Para numerosos analistas, estados y organizaciones políticas de todo el mundo, también.

Individuos y grupos que suscriben esta última interpretación, sus marcos y sus relatos son críticos con algunas o con numerosas políticas derivadas de la ocupación militar y la endocolonización posteriores a la guerra de junio de 1967. Aquí se incluyen, con diversas diferencias, conocidas organizaciones israelíes como B'Tselem, Breaking the Silence y Peace Now o partidos políticos como Mapam (Meretz desde 1992/1997). Sin embargo, las posturas de prácticamente todos estos sectores respecto a problemáticas clave, como la del derecho al retorno de las personas refugiadas palestinas, representan las raíces compartidas con el resto de sionistas. No debe olvidarse que, esta cuestión, así como la Nakba en general y la naturaleza colonial del proyecto sionista, suponen la caja de Pandora del sionismo y del Estado de Israel.

## **Una nueva fase para Palestina y sus resistencias**

La derrota árabe en la guerra de junio de 1967 supuso un gran fracaso para Nasser y para el panarabismo, además de afectar a la OLP. La línea política de Shukeiri perdió peso en favor de las facciones guerrilleras que se habían incorporado a la OLP, especialmente Fatah, de Yasir Arafat (Pappé, 2007: 267). Grupos guerrilleros de Fatah o de la fuerza de izquierdas Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), de George Habash, protagonizaron cientos o incluso miles de operaciones contra objetivos israelíes solo en 1967. Y es que las consecuencias de la Naksa multiplicaron las resistencias palestinas. El que había sido conocido en muchos ámbitos como “conflicto árabe–israelí” empezaba a “palestinizarse” cada vez más, denominándose también “palestino–israelí” o “israelo–palestino”. Así, se hacía referencia a la importancia de la causa palestina y su protagonismo específico, y no se desdibujaba en un marco árabe más amplio. La lucha central era la de Palestina contra Israel, no tanto la de los “árabes” o los “países árabes” contra Israel, aunque también existiera. En esta dinámica tuvieron un papel protagonista organizaciones como Fatah, FPLP y FDLP, que antepusieron la liberación de Palestina a la unidad panárabe y crearon por su cuenta una asociación informal de resistencia para agrupar a luchadoras y luchadores palestinos inspirada en guerrillas como las del Viet Cong o el Frente de Liberación Nacional de Argelia.

A principios de 1969, Arafat se convirtió en presidente de la OLP (Abu-Tarbush, 1996: 135), cargo que conservaría hasta pocos días antes de su muerte en 2004. Arafat (conocido también como Abu Ammar), de madre de Al-Quds-Jerusalén y padre de Gaza, nació en El Cairo en 1929. Mientras estudiaba ingeniería civil en su ciudad natal, luchó en Palestina en 1948 con unidades irregulares egipcias. Como se ha indicado, lideró la Unión General de Estudiantes Palestinos en El Cairo y cofundó Fatah, organización a través de la cual lanzó y encabezó numerosas operaciones contra las fuerzas israelíes a lo largo de la década de 1960. Poco después de la derrota árabe en la guerra de 1967, Arafat cruzó disfrazado el río Jordán y estableció centros de reclutamiento en varias ciudades de Cisjordania, además de atraer a nuevos guerrilleros y patrocinadores para la causa palestina. El 21 de marzo de 1968, fuerzas del ejército israelí atacaron con armas pesadas y aviones Karamé, un pueblo muy próximo al río Jordán y sede de Fatah en Jordania. Aunque aproximadamente 150 militantes de Fatah murieron en el ataque –además de unos 20 soldados jordanos y 28 israelíes–, la rápida retirada israelí fue considerada por Fatah como una victoria (Morris, 2001: 456–457). Arafat, que estuvo presente en la batalla y animó al resto de integrantes de Fatah a que no se rindieran, apareció meses después en la portada de la revista estadounidense *Time* y aumentó todavía más su fama y su condición de héroe nacional palestino.

Durante la etapa central de la Guerra Fría, especialmente después de la guerra de independencia de Argelia (1954–1962), del triunfo de la Revolución cubana (a partir de 1959) y en el contexto de la guerra de Vietnam (1955–1975, sobre todo con la intervención masiva estadounidense desde los años 1964–1965), surgieron numerosas organizaciones armadas y guerrillas con un apoyo popular inimaginable en la Europa del siglo XXI. Especialmente se crearon en el centro y sur de Abya Yala–América, en el oeste de Europa (en una época denominada los “años de plomo”, en especial en Italia), en varias zonas de África y en el sur de Asia, y favoreció, interconectó y retroalimentó las resistencias armadas palestinas. La Carta Nacional Palestina del año 1964 fue reformada en 1968 para incluir, entre otros elementos, que la “lucha armada es la única manera de liberar Palestina” (Mansour y Fawaz, 2009: 208–209).

En este contexto, miembros de organizaciones como el FPLP secuestraron aviones sin provocar víctimas mortales para dar a conocer la causa palestina en todo el mundo. Leila Khaled fue una de las grandes protagonistas de estas acciones, ya que está considerada como la primera mujer que secuestró un avión comercial durante el vuelo. Nacida en Haifa el 9 de abril de 1944, el día de su cuarto cumpleaños tuvo lugar la masacre de Deir Yassin. Pocos días después, ella y su familia, como otras miles de personas palestinas, fueron expulsadas de su casa y tuvieron que refugiarse en el Líbano. Allí, después de sobrevivir en lamentables condiciones de

vida en campos como el de Tiro o suburbios con una gran cantidad de población refugiada como el de Dahieh, en el sur de Beirut, Leila Khaled comenzó a politizarse durante la adolescencia. Formó parte del Movimiento de los Nacionalistas Árabes de George Habash, una organización panarabista y socialista. Después de trabajar como profesora en Kuwait y de combinar la vida en el Líbano y en este país del golfo Pérsico, en 1967 se unió a Fatah y poco después al FPLP. Su convencimiento de participar en acciones de lucha armada y la campaña de secuestros de aviones hizo posible que el 29 de agosto de 1969 secuestrara con un compañero un avión que cubría la línea Roma–Tel Aviv. La operación fue denominada por la pareja de militantes “pelotón Che Guevara” y el vuelo, que fue redirigido a Damasco, “FPLP–Palestina Libre”. Leila Khaled obligó al piloto del avión a sobrevolar Haifa para poder ver su ciudad natal por primera vez desde que tenía cuatro años. Todas las personas que iban en el avión fueron liberadas en Damasco sin que ninguna hubiese resultado herida, mientras que dos hombres israelíes permanecieron secuestrados hasta que fueron intercambiados por prisioneros palestinos en manos israelíes (Khaled y Hajjar, 2014). La acción tuvo un gran eco internacional y puso nuevamente la causa palestina en el mapa, aunque muchos medios del Atlántico Norte consideraron a Khaled como una “terrorista”. En efecto, este era el marco conceptual que predominaría (y predomina) en muchos ámbitos del Norte

Global sobre las resistencias palestinas desde esta época hasta la actualidad.

Durante los meses y años inmediatamente posteriores a la Naksa, muchas mujeres palestinas también participaron o fueron acusadas de participar en acciones armadas. Por ejemplo, Fátima Barnawi fue detenida en octubre de 1967 por el lanzamiento de una bomba en un cine jerosolimitano. En 1968, Latifa Howari, Abla Taha y Sarah Youdeh fueron arrestadas y torturadas por agentes israelíes por cargos poco claros que podían estar relacionados con acciones violentas. Por su parte, Miriam Shajsir fue encarcelada acusada de instalar explosivos en la Universidad Hebrea, mientras que Shadia Abu Gazala, que participó en varias acciones de resistencia armada y dirigió comandos de mujeres palestinas, murió en 1968 preparando un explosivo. Ghada Abdul Hadi fue detenida en 1969 acusada de realizar acciones armadas y Aysheh Odeh fue encarcelada de 1969 a 1979, y después deportada a Jordania, por las mismas acusaciones. Rasmiyyeh Odeh, por último, también fue encarcelada diez años en circunstancias similares. Algunas de estas mujeres palestinas, además de otras, han demostrado haber sufrido torturas y agresiones sexuales durante su detención o encarcelamiento (Gijón, 2015: 111–112).

Con Cisjordania ocupada por las fuerzas militares israelíes, varios grupos de fedayines o guerrilleros palestinos tuvieron que trasladar muchas de sus bases a Jordania. Al mismo

tiempo, intensificaron sus ataques contra objetivos israelíes desde diferentes bases, en especial desde el este del río Jordán. Además, tras la Nakba, Jordania contó (y cuenta) con un gran porcentaje de población palestina. En los campos de personas refugiadas y en las zonas donde su presencia era mayor, donde las condiciones de vida continuaban siendo frecuentemente miserables, las guerrillas palestinas crearon varias infraestructuras autónomas, mecanismos de autosuficiencia y control e, incluso, recaudación de impuestos al margen de las autoridades jordanas. Estas dinámicas, que llegaron a ser consideradas por las autoridades jordanas como un “Estado dentro del Estado”, provocaron fuertes tensiones sociales y políticas entre el gobierno de Amán y la OLP. El febrero de 1970, el régimen jordano emitió unos decretos limitando la actividad de las guerrillas palestinas y a partir de ese momento se produjeron numerosas escaramuzas entre estas y el ejército jordano. En septiembre del mismo año, cinco vuelos con destino a Nueva York y a Londres fueron secuestrados simultáneamente por miembros del FPLP. Varias aeronaves fueron forzadas a aterrizar en Dawson’s Field, antigua base aérea británica cerca de la localidad jordana de Zarqa, que la guerrilla palestina bautizó en ese momento con el nombre de “aeropuerto de la revolución”. El rey de Jordania Hussein I declaró la ley marcial y durante los siguientes días su ejército, con apoyo estadounidense e israelí, atacó y expulsó con gran violencia a las guerrillas palestinas del territorio jordano. Como consecuencia, más de 3.000 palestinas y

palestinos murieron en el conocido como “septiembre negro” de 1970 (Shlaim, 2008: 311–340). Las guerrillas de la OLP tuvieron que instalarse en el Líbano.

Vinculados a algunas organizaciones de la OLP, a raíz de los hechos de septiembre del 1970 en Jordania se creó un nuevo grupo armado palestino denominado precisamente “septiembre negro”, activo entre los años 1970 y 1973. Esta facción llevó a cabo varias operaciones de represalia, como el asesinato en noviembre del 1971 del primer ministro jordano, Wasfi al-Tal. Aun así, su acción más conocida tuvo lugar en los Juegos Olímpicos de Múnich de 1972. El 5 de septiembre de aquel año, un comando palestino integrado por refugiados de varios campos irrumpió en la Villa Olímpica de la ciudad alemana. Después, consiguió secuestrar a atletas israelíes y afirmó que no los liberaría hasta que no fuesen excarcelados 234 prisioneros palestinos recluidos en centros penitenciarios del Estado de Israel, así como Ulrike Meinhof y Andreas Baader, fundadores de la organización armada marxista-leninista alemana Fracción del Ejército Rojo (RAF). La negociación fracasó y al final murieron once atletas israelíes, cinco secuestradores y un policía (Morris, 2001: 470). El episodio de Múnich conmocionó a numerosas personas en todo el mundo, ya que el secuestro fue retransmitido en directo por múltiples canales de televisión desde la mañana hasta pasada la medianoche. Décadas después, en 2005, Steven

Spielberg dirigió una exitosa película sobre estos hechos desde una perspectiva sionista, *Munich*.

Aunque la ocupación israelí y la expulsión de Jordania comportaron una nueva fase de exilio, desterritorialización y dificultades, a principios de la década de 1970 la OLP no solo era indudablemente el principal actor y representante político palestino, sino que había conseguido que la causa palestina fuera conocida internacionalmente. Dentro de la OLP, Fatah empezó a virar hacia unos objetivos más moderados y priorizó públicamente, en su “programa por etapas” de 1974, la liberación de los territorios ocupados en 1967 por encima de la Palestina histórica en su conjunto. Con el tiempo, esta posición hizo de Fatah un actor más propenso a la diplomacia y a la posibilidad de llegar a algún acuerdo con el Estado de Israel (Pappé, 2007: 301).

Por otro lado, a pesar de que el Consejo de Seguridad era el único organismo que emitía resoluciones vinculantes en el seno de la ONU y que este continuaba siendo un organismo en manos de los grandes vencedores de la Segunda Guerra Mundial (con su capacidad de veto), la Asamblea de las Naciones Unidas se había convertido desde años atrás en un gran foro anticolonial. De sus 51 miembros de pleno derecho originales –en 1945, año de su fundación, 15 años después ya casi había doblado esa cifra (99 miembros), sobre todo gracias a las independencias formales de países afroasiáticos. En la sesión ordinaria de aquel 1960, la asamblea aprobó su Resolución 1514, que

tuvo el nombre de Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales y fue conocida como la Carta Magna de la Descolonización. La resolución afirmaba que el dominio colonial es contrario a los derechos humanos y a la Carta de las Naciones Unidas y que todos los pueblos tienen derecho a la libre determinación, por lo que había que tomar medidas para traspasar sin condiciones ni represión el poder a los pueblos colonizados. Aunque no hubo ningún voto en contra, la resolución se aprobó con la abstención, entre otros, de metrópolis coloniales europeas como Bélgica, España, Francia, Portugal y el Reino Unido, que votaron igual que EE UU y Sudáfrica.

En 1974, la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró que la OLP era la “representante del pueblo palestino” a través de las resoluciones 3210 y 3236, y le concedió el estatus de observador a través de la Resolución 3237 (Tomah, 1987: 109–111). Durante este periodo, el 13 de noviembre de 1974 se vivió un momento histórico para el pueblo palestino. Por primera vez, Arafat fue invitado a hablar en la tribuna de la Asamblea General de la ONU como presidente del Comité Ejecutivo de la OLP. Fue presentado por el presidente de la asamblea en ese momento, el argelino Abdelaziz Bouteflika, como “comandante en jefe de la Revolución Palestina” (UNOA, 1974). Allí pronunció uno de los discursos más recordados de la historia de las Naciones Unidas, que concluyó con una frase que provocó

una gran ovación de la mayor parte de la Asamblea: “Hoy he venido portando una rama de olivo en una mano y un arma de luchador por la libertad en la otra. No dejen que caiga de mi mano la rama de olivo. Repito: no dejen que caiga de mi mano la rama de olivo. La guerra estalla en Palestina, pero es en Palestina donde nacerá la paz”. Poco después, el 29 de noviembre de 1974, 27 años después de la aprobación del plan de partición, la Asamblea afirmó, a través de su Resolución 3246, “la legitimidad de la lucha de los pueblos por la liberación de la dominación y subyugación colonial y extranjera por todos los medios disponibles, incluyendo la lucha armada”. Unas líneas después, esta resolución hacía referencia explícita al “pueblo palestino”. Un año más tarde, en su Resolución 3376, la Asamblea General creó el Comité para el Ejercicio de los Derechos Inalienables del Pueblo Palestino, que continúa reuniéndose en el siglo XXI. Por último, la Resolución 3379 de la Asamblea General de la ONU, adoptada el 10 de noviembre de 1975, determinó que “el sionismo es una forma de racismo y discriminación racial”.

Poco antes, en 1973, se había producido la guerra del Yom Kippur, denominación predominante en el Estado de Israel, o guerra de Octubre, como se conoce en los países de mayoría árabe. Para intentar recuperar los territorios ocupados por las fuerzas israelíes en 1967, en concreto el Sinaí y los Altos del Golán, Egipto y Siria iniciaron un ataque que cogió por sorpresa al ejército israelí en medio de la

festividad judía del Yom Kippur. En esta guerra sí se dio el posicionamiento habitual en la Guerra Fría: la URSS apoyó a un bando, en este caso el árabe, mientras que EE UU respaldó al otro, el Estado de Israel. Al final, las fuerzas militares israelíes repelieron el ataque y, aunque no hubo un claro vencedor del conflicto bélico, al menos tácticamente el Estado de Israel prevaleció. A pesar de que la guerra no afectó demasiado a la cuestión palestina, fue importante en el ámbito regional porque facilitó retomar las negociaciones entre Egipto e Israel. Este último elemento también estuvo influenciado por la Resolución 338 del Consejo de Seguridad de la ONU del mismo mes de octubre de 1973, que solicitó un alto el fuego y recalcó la necesidad tanto de aplicar la Resolución 242 de 1967 como de acordar la paz. Finalmente, Tel Aviv y El Cairo llegaron a un acuerdo de paz, el primero entre el Estado de Israel y un Estado de mayoría árabe con el que había estado en guerra, entre septiembre de 1978 y marzo de 1979. Como parte de este pacto israelo-egipcio, el Tzahal inició su retirada de la península del Sinaí, que completó en 1982. En el ámbito global, hay que destacar el vínculo de la guerra de Octubre/del Yom Kippur con la crisis del Petróleo de 1973 (Siniver, 2013).

Por su lado, en la Palestina del 48, a pesar del fin de la administración militar contra la minoría palestina con ciudadanía israelí en 1966, el apartheid continuó a través de decenas de leyes que discriminaban y discriminan a la población no judía. Al menos durante los primeros años, el

control israelí de la totalidad de la Palestina histórica desde la guerra de junio de 1967 supuso el fin de algunas barreras físicas entre Israel y Cisjordania y entre la parte occidental y oriental de Al-Quds-Jerusalén (Checa, 2019: 55-56). Esto facilitó que numerosas personas palestinas pudieran establecer o restablecer relaciones familiares y comerciales a ambos lados. A pesar de que esta “reunificación” era desequilibrada y que el apartheid se amplió del 78 por ciento de la Palestina histórica a su totalidad, también permitió un mayor reconocimiento de la historia compartida y acercó a la población palestina con ciudadanía israelí las resistencias palestinas que venía desarrollando la OLP, sus grupos y otras organizaciones y comités.

En 1975 surgieron dos organizaciones relevantes entre la minoría palestina con ciudadanía israelí. La primera fue el Frente Democrático por la Paz y la Igualdad, un partido político formado por comunistas, nacionalistas palestinos y académicos que consiguió hacerse con el poder municipal en Nazaret y en otros 18 municipios israelíes de mayoría palestina. De diversas maneras, el Frente estaba ligado a otros sectores de la minoría palestina en Israel, como el Sindicato de Estudiantes Árabes de Secundaria y de las Universidades Israelíes o el Comité Nacional de Presidentes de Autoridades Locales Árabes. Por su lado, la segunda organización fue el Comité Nacional para la Defensa de las Tierras Árabes, una coalición de organizaciones de base y grupos políticos que rechazaban las confiscaciones de tierra

que continuaban desarrollando las autoridades israelíes contra la población no judía de la Palestina del 48. En 1976, el gobierno israelí declaró que confiscaría tierras que pertenecían a Sajnin y Arraba, pueblos de mayoría palestina ubicados dentro del Estado de Israel, en Galilea. Como el resto de tierras públicas, no podrían ser utilizadas por las personas no judías, lo que supone un elemento fundamental del régimen de apartheid israelí. Como respuesta, el Comité Nacional para la Defensa de las Tierras Árabes convocó el 30 de marzo de 1976 la primera huelga nacional de las palestinas y los palestinos de Israel bajo el lema “Día de la Tierra”. En el transcurso de las manifestaciones por esta causa, las fuerzas israelíes asesinaron a tres mujeres y a tres hombres palestinos. Al mismo tiempo, estos sucesos comportaron más protestas. A partir de ese momento, el 30 de marzo pasaría a formar parte de la memoria colectiva palestina como el Día de la Tierra, una conmemoración que se repite anualmente hasta la actualidad. Asimismo, fue una fecha simbólica muy importante para la construcción de la identidad nacional palestina compartida entre la población palestina del Estado de Israel y la de los territorios ocupados en 1967 (Barreñada, 2004: 358–365).

Después de la guerra de los Seis Días, el Estado de Israel prohibió las actividades políticas de organizaciones palestinas y administró militarmente Al Quds–Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza privando a su población no judía de los derechos humanos y civiles básicos. Aun así,

en muchos casos y en muchos sentidos la sociedad palestina contestó pacíficamente a estas políticas israelíes. Hay que destacar que, desde los inicios de la colonización sionista de Palestina a finales del siglo XIX, la gran mayoría de las resistencias palestinas han tenido un carácter popular y no violento. Entre las primeras protestas contra la ocupación militar de los territorios, figuran las huelgas de asociaciones de profesoras y profesores palestinos para rechazar los cambios curriculares que las autoridades israelíes querían imponer (Checa, 2017a: 116). Como el objetivo sionista de obtener el máximo de territorio posible con el mínimo de población palestina continuaba y había tenido un nuevo impulso desde 1967, una de las estrategias principales de la endocolonización y la ocupación militar israelí fue, y es, demoler casas palestinas. Mientras tanto, se construían, y se siguen construyendo, colonias de asentamiento exclusivas para personas judías, con frecuencia sobre recursos hídricos palestinos y sobre cerros o zonas altas que permiten la vigilancia y probar tecnologías de securitización. Esto hizo y hace que las concentraciones y manifestaciones, la creación de comités o la redacción de escritos fueran y continúen siendo una de las formas de protesta no violenta más habituales contra estos procesos de control, despojo y fragmentación (Collins, 2007 y 2011).

Al tiempo que la mayor parte del reclutamiento para la resistencia armada se producía en los campos de refugiadas y refugiados, en su interior surgía un proceso de

organización cívico-política, guiado en varios casos por fuerzas comunistas, que abogaba por la participación popular y por la utilización de métodos de resistencia no violenta. Así, una coalición de grupos, que incluía a la OLP y a sus facciones, estableció el Frente Nacional de Palestina (FNP) en los territorios ocupados en el verano de 1973 (Jamal, 2005: 38-46). Entre sus objetivos prioritarios se encontraba resistir la ocupación militar, hacer valer la autodeterminación y luchar por el derecho al retorno de las personas refugiadas palestinas. El FNP empezó luchando de manera no violenta contra las confiscaciones de tierra por la potencia ocupante y empleó tácticas que iban desde la asesoría legal a la organización de mítines, peticiones públicas y protestas diversas. También se opuso a las elecciones municipales en Al-Quds-Jerusalén que pretendían legitimar la anexión israelí del este de la ciudad y animó al tejido empresarial palestino a no pagar impuestos a las autoridades israelíes. Aunque estas actividades convirtieron al FNP en objetivo directo de la represión israelí, la organización resistió y triunfó en las elecciones municipales de Cisjordania en 1976, donde la mayoría de los antiguos dóciles alcaldes heredados del régimen jordano fueron sustituidos por representantes pertenecientes a un bloque formado por la OLP y el FNP. Cuando este último fue declarado ilegal por las autoridades de la ocupación en octubre del 1978, le sucedió inmediatamente otro organismo, el Comité de Orientación Nacional. De manera similar, a partir de esos momentos la represión se focalizó

contra esta organización y continuó hasta que fue disuelta a principios de la década de 1980, cuando la mayoría de sus líderes se encontraban encarcelados, exiliados o muertos.

En numerosos casos, este esfuerzo de resistencia no violenta constructiva lo lideraron mujeres y organizaciones de mujeres palestinas. A mediados de la década de 1970, y a pesar de las dificultades impuestas por el Estado de Israel, existían al menos 38 organizaciones de mujeres palestinas implicadas en acciones culturales y de servicios sociales (distribución de ayuda, creación de puestos de trabajo, dependencia o salud). Así, crearon y coordinaron escuelas, plantaron árboles, arreglaron carreteras y atendieron cualquier necesidad comunitaria. Igualmente, numerosas mujeres se implicaban en la movilización política mediante comités locales, pero también a través de organizaciones de mujeres afiliadas a las diferentes facciones políticas palestinas que muchas veces tenían como nexo la Unión General de Mujeres Palestinas (UGMP), creada en 1965. De este modo, su trabajo fue clave en el funcionamiento de todos los ámbitos de la vida; en la producción, reproducción y preservación identitaria y del sentido de comunidad o en el sentimiento de arraigo a la tierra, lo que suponía un desafío holístico y no violento al proceso activo de colonización y de ocupación militar israelí.

Como culminación de algunos de estos procesos, el 8 de marzo de 1978, decenas de mujeres de organizaciones de la OLP e independientes constituyeron en Ramala los Comités

de Trabajo de Mujeres (CTM) (Kawar, 1996: 100). Estos se consideraban parte integral del movimiento de resistencia palestino y acogían nuevas formas de acción, puesto que la mayor parte de sus activistas eran mujeres jóvenes universitarias. Entre sus objetivos principales se encontraba la extensión de la politización y movilización a todos los sectores de mujeres palestinas, con un especial énfasis en las rurales, en las que vivían en campos de refugiados y refugiadas y en las que realizaban trabajos de cuidados, domésticos y reproductivos. En 1980, los CTM crecieron y se convirtieron en la Unión Palestina de Comités de Trabajo de Mujeres. A pesar de que trabajaban de manera coordinada, con posterioridad la Unión se fraccionó en cuatro partes de acuerdo con su vinculación más próxima: a Fatah, al FDLP, al FPLP o al Partido Comunista Palestino, fundado en 1982 y transformado posteriormente en el Partido del Pueblo Palestino (PPP). Estas tres últimas organizaciones se consideraban comunistas y laicas y las cuatro han sido consideradas, según los criterios hegemónicos del Atlántico Norte, como “feministas”.

Los movimientos del estudiantado universitario también nutrieron las redes de movilización política y de resistencia civil palestina. Esto no hubiera sido posible sin la extraordinaria apuesta del pueblo palestino por la educación superior. En la actualidad, solo en los territorios ocupados en 1967 existen entre 14 y 15 universidades palestinas (8 en Cisjordania y 7 en la Franja de Gaza) y casi

40 *colleges* universitarios y comunitarios. Una parte muy importante de estas instituciones de enseñanza superior fueron fundadas durante la década de 1970. Todo ello entre las enormes dificultades que imponía la ocupación israelí, pero siendo conscientes de que en aquellas circunstancias dedicar grandes esfuerzos a la educación era fundamental para el presente y para el futuro de la sociedad palestina. Entre las universidades establecidas aquellos años, se encuentran la universidad de Al-Khalil-Hebrón (1971), de Belén (1973), de Birzeit (1975), An-Najah de Nablus (1977), así como la Islámica de Gaza y la Politécnica de Palestina de Al-Khalil-Hebrón, fundadas ambas en 1978 (Johnson, 1986). Estas universidades se convirtieron en el centro de numerosas acciones de protesta y de resistencia no violenta. Además, sirvieron para organizar comités de trabajo comunitario de carácter voluntario en campos de refugiados y refugiadas y en zonas rurales.

Por último, otro elemento destacado de la resistencia civil palestina en este periodo fue el movimiento de solidaridad con las y los presos. Las personas presas políticas palestinas detenidas en prisiones israelíes fueron capaces –y son capaces en la actualidad– de organizar grandes acciones colectivas, como huelgas de hambre masivas, para exigir la mejora de sus condiciones de vida. En su proceso de coordinación de acciones no violentas, como estas huelgas de hambre o actividades de enseñanza y aprendizaje, las y los presos convirtieron las prisiones en lugares donde

experimentaron procesos asamblearios, democráticos o participativos, tanto en la elección de personas delegadas o representantes como en la toma de decisiones. Al inicio de la década de 1980, antiguas y antiguos presos empezaron a establecer asociaciones en Cisjordania y Gaza para garantizar que las acciones que se producían en el interior de las prisiones tuvieran el apoyo necesario en el exterior y para hacer crecer el movimiento de solidaridad, que siempre tuvo un gran protagonismo femenino.

## **La guerra del Líbano**

Tras el septiembre negro de 1970, la OLP consiguió establecer su base en el Líbano y lanzar desde allá operaciones contra objetivos israelíes. Aun así, lo hizo con numerosas dificultades, ya que los enfrentamientos con varias fuerzas libanesas fueron frecuentes. Los conflictos fueron intensificándose y en 1975 estalló la guerra. Pero previamente es necesario contextualizar: el Líbano era y es el país con más diversidad religiosa del Levante mediterráneo. Existían y existen entre 15 y 20 grupos religiosos relevantes diferentes, la mayoría islámicos y cristianos. Los más numerosos eran y son los del islam sunní, del islam chií y del cristianismo católico maronita. El equilibrio de poderes entre ellos era frágil y problemático,

puesto que el colonialismo francés del Mandato (1923–1946) desarrolló distintas estrategias para profundizar las divisiones y favorecer a los sectores cristianos (Firro, 2002). En el contexto de la Guerra Fría, una grave crisis política en 1958 alineó a la mayor parte de las personas y organizaciones maronitas con el bloque capitalista y a la mayoría de panarabistas e izquierdistas con el bloque comunista. Desde su traslado al Líbano, las guerrillas de la OLP tuvieron numerosos choques con fuerzas cristianas maronitas, hasta que en abril de 1975 se declaró la guerra entre ambas partes, posicionándose los sectores de izquierdas y musulmanes con la OLP. De hecho, los primeros enfrentamientos que marcaron el inicio del enfrentamiento bélico, y que continuarían posteriormente, fueron entre la OLP, por un lado, y las Falanges (*Kataeb*, en árabe) Libanesas, por el otro. Esta organización fue fundada por Pierre Gemayel en 1936 inspirándose en la Falange Española y en el fascismo italiano. El Estado de Israel, que ya había intervenido en el Líbano de numerosas maneras –en junio de 1974, por ejemplo, bombardeó y destruyó el campo de personas refugiadas palestinas de Nabatieh, como muestra la película *They Do Not Exist* del cineasta palestino Mustafa Abu Ali–, proporcionó apoyo militar a las fuerzas maronitas. Estas se integraron en el Frente Libanés (FL) junto a otros grupos mayoritariamente cristianos. Por su parte, el otro bando formó el Movimiento Nacional Libanés (MNL), que contaba con una enorme diversidad interna:

organizaciones de izquierdas, drusas, musulmanas, palestinas, panarabistas...

La guerra civil libanesa (1975–1990) tuvo un gran impacto en el pueblo palestino. Sobre todo, lógicamente, en las y los centenares de miles de refugiados palestinos que vivían en el Líbano, gran parte de los cuales se concentraban en los 12 campos de la UNRWA. Durante la primera fase de la guerra (1975–1977), miles de personas palestinas fueron víctimas de masacres. Entre ellas, en primer lugar, la de Karantina, un suburbio al este de Beirut donde las Falanges y otros grupos del FL asesinaron a unas 1.500 personas en enero de 1976. Karantina tuvo como respuesta otra masacre, la de Damour, un municipio maronita donde cientos de personas fueron asesinadas por fuerzas palestinas y otras facciones del MNL (incluso se ha debatido la participación de miembros del Ejército Rojo Japonés, organización armada comunista fundada en 1971 por Fusako Shigenobu). Después se produjeron el asedio, la masacre y la destrucción del campo de refugiadas y refugiados palestinos de Tel al-Zaatar, al noreste de Beirut, con un resultado de unas 2.000 personas asesinadas por fuerzas del FL (las Falanges Libanesas, las Milicias Tigre o los Guardianes del Cedro, organización paramilitar de extrema derecha) (Fisk, 2001: 147–153 y 178).

En la segunda fase del conflicto bélico (1977–1982) tuvo lugar la guerra de los Cien Días en Beirut. En esta batalla se enfrentaron milicias del FL contra tropas sirias de la Fuerza

Árabe de Disuasión, creada en una reunión de la Liga Árabe en 1976 como fuerza internacional de “mantenimiento de la paz” (*peacekeeping*) y que contaba con un contingente de más de 26.000 soldados sirios sobre los 30.000 totales (Rogan, 2009: 385). Por sus intereses territoriales y de influencia histórica sobre el Líbano, hasta ese momento Siria había desarrollado un papel ambivalente; de hecho, fuerzas sirias habían combatido contra fuerzas palestinas. Aun así, este episodio, que se saldó con la victoria del FL, la expulsión de las fuerzas sirias del este de Beirut y el fin de la misión de la Fuerza Árabe de Disuasión, rompió cualquier alianza anterior entre Siria y el Frente. A pesar de todo, los años posteriores, la Siria del baazista Hafez al-Assad (presidente entre 1971 y 2000) consiguió aumentar su influencia y el control militar de varias zonas del Líbano.

Por otro lado, en esta fase, especialmente desde 1979, el Mossad planificó y realizó una campaña masiva de atentados con coches bomba que asesinaron a centenares de personas palestinas y libanesas. El objetivo, según propias fuentes militares israelíes, era “crear caos sin dejar huellas israelíes para aumentar el efecto de estar siempre bajo ataque e inculcar la sensación de inseguridad”, además de “presionar a la OLP con el objetivo de que utilizara el terrorismo y así poder justificar una invasión [israelí] del Líbano”. En esta situación influyó la victoria electoral de Menahem Beguín en mayo de 1977. Como se ha señalado, este resultado comportó que por primera vez en la historia

del Estado de Israel su primer ministro o su primera ministra no perteneciera a la cultura política socialionista. Y, en efecto, en aquel periodo de la guerra civil libanesa, las operaciones de la resistencia palestina en el Líbano contra el Estado de Israel, que incluyeron la muerte de algunos civiles judíos israelíes, fueron utilizadas como pretexto para la invasión israelí del sur del Líbano en marzo de 1978 (Operación Litani). La intervención del Tzahal provocó la muerte de entre 1.000 y 2.000 personas libanesas y palestinas –además de 20 israelíes–, la retirada de fuerzas de la OLP al norte del río Litani y el desplazamiento interno de entre 100.000 y 250.000 personas (Norton y Schwedler, 1993). Como consecuencia de todo ello, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó su Resolución 425, reclamando la inmediata retirada israelí del sur del Líbano. Al mismo tiempo, creó la Fuerza Interina de las Naciones Unidas en el Líbano (UNIFIL, en sus siglas en inglés) para intentar forzar la paz. Aunque las fuerzas israelíes se retiraron de gran parte del territorio, conservaron una franja de casi veinte kilómetros que les sirvió para la posterior invasión de 1982 y que dio paso a la tercera fase de la guerra (1982–1983).

En efecto, con el objetivo de expulsar a la OLP del Líbano, en junio de 1982 el ejército israelí invadió el país. Las fuerzas del Estado de Israel sobrepasaron el río Litani hacia el norte y ocuparon suburbios de Beirut. Aviones F–16 israelíes bombardearon la sede de la OLP y otros edificios y zonas de mayoría palestina. El 15 de septiembre de 1982, un día

después del asesinato del presidente libanés Bashir Gemayel, mandatario de las Falanges Libanesas que pudo acceder al cargo por los privilegios políticos que todavía retenían los sectores cristianos, el ejército israelí saqueó el centro de información de la OLP. Este contenía archivos de la población Palestina desde antes de la Nakba, incluyendo diarios, fotografías, libros, mapas y registros de propiedad. En palabras de Thomas Friedman, corresponsal en Beirut de *The New York Times*, el centro “era como un arca que contenía el patrimonio palestino” (Friedman, 1995: 159), por lo que supuso un nuevo episodio en el genocidio contra el pueblo palestino llevado a cabo por el Estado de Israel. Antes de marcharse, en una pared de este centro de información, uno o unos soldados israelíes realizaron una pintada con el siguiente texto traducido: “¿Palestinos? ¿Qué es eso? Y, palestinos, que os jodan, y, Arafat, joderé a tu madre”. Un año después, la OLP consiguió recuperar lo que quedaba de su patrimonio robado como parte de un acuerdo de intercambio de prisioneras y prisioneros. Sea como fuese, estos ataques israelíes hicieron que la dirigencia de la OLP tuviera que trasladar nuevamente su sede, esta vez más lejos, a Túnez.

Un día más tarde, a partir del 16 de septiembre de 1982 y hasta dos días después, se produjo la masacre de los campos de refugiadas y refugiados palestinos de Sabra y Chatila, en el sur de Beirut (Hermez, 2017: 133–136). Toda esta zona estaba ocupada por fuerzas del Estado de Israel. Grupos muy

próximos o que formaban parte de las Falanges Libanesas, aliadas del ejército israelí, recibieron la orden de este último de acabar con la resistencia palestina de Sabra y Chatila. Con el apoyo o al menos la pasividad israelí, milicias vinculadas a las Falanges asesinaron a entre 1.200 y 2.400 personas, aproximadamente, la mayoría de las cuales eran refugiadas palestinas y musulmanas chiíes libanesas, incluyendo numerosos niños y niñas. El 16 de diciembre de 1982, la Asamblea General de la ONU condenó la masacre de Sabra y Chatila y la calificó de “genocidio” a través de su Resolución 37/123. Este episodio tuvo un gran eco mediático y desencadenó un gran movimiento de solidaridad internacionalista. Ariel Sharón, por entonces ministro de Defensa israelí del partido Likud, fue señalado personalmente como responsable de estos hechos y fue obligado a dimitir. Aun así, al año siguiente Sharón ocupó nuevamente un cargo ministerial, con posterioridad tres más y de 2001 a 2006 fue primer ministro. Por último, puede mencionarse que el documental *Massaker*, de 2005, incluye entrevistas a algunos de los asesinos de Sabra y Chatila, mientras que la película de animación *Vals con Bashir*, de 2008, también trata la masacre.

A pesar de que algunas fuerzas del Estado de Israel se retiraron de los alrededores de Beirut, también continuaron ocupando otras zonas –sobre todo del sur del Líbano– hasta el año 2000, diez años después del fin de la guerra civil libanesa. La cuarta y última fase de este conflicto bélico tuvo

lugar entre 1983–1984 y 1990. Entre otros elementos, vio crecer la actividad de las fuerzas chiíes, sobre todo de Amal (“esperanza”, en árabe), organización fundada en 1974 como el “Movimiento de las personas Desposeídas”, y de Hezbolá (“حزب الله”, traducido también como “Hizbulá”), que significa “Partido de Dios”, que fue fundado entre 1982 y 1985 como una organización islamista chií estrechamente vinculada a Irán que combatía la ocupación israelí del sur del Líbano. En el año 1979, el país persa vivió la Revolución Islámica (Abrahamian, 2008: 155–195), un episodio de una enorme importancia histórica en el Líbano y Palestina, en los territorios de mayoría musulmana y en todo el mundo. Para entender su significado hay que sintetizar lo que había pasado casi treinta años antes. Mohammad Mosaddeq, elegido democráticamente como primer ministro de Irán en 1951, nacionalizó la Anglo–Persian Oil Company y otros recursos estratégicos de su país con un gran apoyo popular. Pero los servicios secretos exteriores británicos (MI6) y estadounidenses (CIA) organizaron un golpe de Estado, derrocaron a Mosaddeq en 1953 y colocaron al sah Mohammad Reza Pahlavi, que había accedido al trono en 1941, como dictador de Irán. Entre numerosas protestas de diferentes sectores del pueblo iraní, el petróleo y otros recursos volvieron a manos de empresas del Atlántico Norte. Además, durante la dictadura del sah (1953–1979) se creó un nuevo servicio de inteligencia y censura en Irán, la SAVAK. Este organismo detuvo, ejecutó y torturó a miles de personas que se oponían al régimen. En este contexto, el

clero chií canalizó gran parte de las protestas (aunque varios movimientos sociales y grupos comunistas también tuvieron un papel destacado) y el ayatolá Ruhollah Jomeini adquirió una gran fama. Exiliado desde 1964, consiguió encabezar la revolución contra el sah en 1979, que vino precedida de grandes manifestaciones y huelgas que paralizaron muchas zonas del país desde al menos 1978. A principios de 1979 se proclamó un gobierno provisional con Mehdi Bazargan como primer ministro y a finales de marzo del mismo año se celebró un referéndum que finalmente aprobó la creación de la República Islámica.

Los primeros miembros de Hezbolá fueron entrenados y organizados por un contingente de unos 1.500 integrantes de la Guardia Revolucionaria de la República Islámica de Irán con el beneplácito del gobierno de Siria. Desde entonces, fue forjándose una sólida alianza histórica entre Hezbolá, Irán y la Siria de Hafez al-Assad –y desde el año 2000, la Siria presidida por su hijo, Bashar al-Assad–. Estos actores y países, tras los atentados del 11S de 2001, formaron parte de lo que el gobierno estadounidense de George W. Bush denominó el “eje del mal”. El caso es que, mientras el brazo armado de Hezbolá iba adquiriendo cada vez más fuerza y más fama con sus ataques contra el ejército israelí y otros objetivos (incluyendo bombas suicidas como la que asesinó a más de 60 personas en la embajada de EE UU en Beirut en 1983), su brazo social iba desarrollando una tarea

asistencial cada vez más amplia, clave en su apoyo y legitimidad popular (Qassem, 2005).

Después de varios episodios bélicos más en la segunda mitad de la década de 1980, la guerra civil libanesa acabó en 1990. Un año antes se había firmado el Tratado de Taif (Fisk, 2001: 638–640), que fue sancionado por el Parlamento del Líbano. Este acuerdo intentó establecer las bases para acabar con la guerra y volver a la normalidad política en el Líbano. Se modificó la Constitución de 1926, se redujeron los privilegios que tenían los sectores cristianos desde la época colonial francesa y se repartieron entre los tres principales grupos religiosos las principales autoridades del Estado: la presidencia del Líbano tenía que estar ocupada por una persona cristiana, el cargo de primer ministro o primera ministra debía recaer en una persona musulmana sunní y el o la presidenta del parlamento tenía que ser una persona musulmana chií. Asimismo, los escaños parlamentarios debían estar repartidos a partes iguales entre cristianos y musulmanes. Igualmente, todas las milicias libanesas y no libanesas tenían que disolverse (algunas se convirtieron en partidos políticos), a excepción de Hezbolá. Aun así, fuerzas israelíes continuaron ocupando el sur del Líbano hasta el año 2000, cuando Hezbolá hizo retroceder al Tzahal, una victoria que la organización chií obtuvo nuevamente en el verano de 2006. Siria también ocupó varias zonas del este del Líbano hasta 2005.

La guerra civil libanesa supuso la muerte de unas 20.000 personas palestinas y en torno a 500 israelíes. El conflicto bélico provocó numerosas críticas contra la actuación de Israel en el exterior y en el interior. La invasión del Líbano de 1982 supuso para numerosos sectores judíos israelíes un punto de inflexión en la política y en la historia del país. Hasta aquellos momentos, las y los líderes estatales habían cultivado con éxito el concepto de *ein breira* (“sin alternativa”) o de guerra defensiva para justificar y explicar las guerras en las que había participado el Estado de Israel: la primera guerra árabe–israelí de 1948, la crisis de Suez de 1956, la guerra de los Seis Días de 1967 y la guerra del Yom Kippur de 1973. En cambio, en varios ámbitos israelíes, la invasión del Líbano no fue percibida como un conflicto defensivo, sino como una guerra que únicamente estaba motivada por la consecución de objetivos políticos, como el propio primer ministro Menahem Beguín declaró. Asimismo, por la otra parte, la evacuación de Beirut debilitó a la OLP y mostró las enormes dificultades para liberar Palestina desde el exterior. Igualmente, reveló el fracaso de una parte, o de gran parte, de la estrategia de la resistencia armada, por lo que distintos agentes palestinos empezaron a replantearse las formas de lucha.

## Capítulo VI

# LA PRIMERA INTIFADA, OSLO Y EL DERRUMBE DEL PROCESO DE NEGOCIACIÓN (1987–2000)

### La Primera Intifada Palestina

La Primera Intifada tuvo lugar en los territorios ocupados entre 1987 y 1991/1993. Fue la rebelión popular palestina más importante desde la Gran Insurrección (1936–1939). No solo fue una revuelta masiva contra la colonización sionista y la ocupación militar israelí, sino que fue una afirmación de la identidad nacional palestina, así como la expresión de la efervescencia revolucionaria y de las resistencias populares palestinas. Durante la Intifada (“levantamiento”, en árabe) las resistencias se esparcieron por prácticamente todas las capas de la sociedad palestina. También se la denomina como la “Intifada de las Piedras”, ya que una de sus

imágenes más conocidas fue el lanzamiento de piedras por parte de niñas, niños y jóvenes palestinos contra tanques israelíes. Su carácter fue preeminentemente no violento (Darweish y Rigby, 2015: 60–65).

Las causas de la Primera Intifada son diversas. Arafat estaba exiliado en Túnez, donde se encontraba la sede de la OLP. Una nueva generación de jóvenes, que habían crecido bajo la ocupación, podía sentir que los líderes de la resistencia palestina formada durante la década de 1960 no conseguían victorias, además de que vivían lejos y estaban más divididos que en otras ocasiones. Al mismo tiempo, numerosos dirigentes de los países de mayoría árabe estaban más preocupados por la guerra de Irak–Irán (1980–1988). La frustración aumentaba, las condiciones de vida en los territorios ocupados no mejoraban y el endocolonialismo de asentamiento sionista continuaba. Desde la guerra de junio de 1967, se habían edificado 125 colonias en Cisjordania y 18 en la Franja de Gaza, en lo que se denominaba una “anexión sigilosa” y progresiva. Más de 65.000 colonos ocupaban tierras palestinas, la mayoría de ellas confiscadas con objetivos militares y entre protestas. Durante los años de la década anterior al inicio de la Primera Intifada, aproximadamente unas 6.000 nuevas personas se instalaban anualmente en las colonias. La sensación de que la ocupación militar y la colonización se perpetuaban se había extendido. Además, en el verano de 1985, el gobierno del primer ministro laborista Simón Peres (que ocupó este

cargo desde septiembre de 1984 hasta octubre de 1986, entre otros momentos) aprobó una nueva política, llamada del “puño de hierro” por su dureza, para combatir las resistencias palestinas en el sur del Líbano y en la Palestina histórica (Chomsky y Pappé, 2011: 85).

El 29 de noviembre había sido designado por la Asamblea General de la ONU como “Día Internacional de Solidaridad con el Pueblo Palestino” en 1977. Justo diez años después, el 29 de noviembre de 1987, tuvieron lugar manifestaciones contra la ocupación en el campus universitario de Birzeit, cerca de Ramala, que se prolongaron en el tiempo. Después de detener a Salah Jawad, un profesor de Historia de la universidad, y dos estudiantes palestinos fueron asesinados por fuerzas israelíes. El Consejo de Seguridad de la ONU condenó enérgicamente el uso de armas de fuego contra el estudiantado desarmado en su Resolución 592. Incluso EE UU, que solía oponerse y utilizar el veto en las resoluciones críticas con el Estado de Israel, se abstuvo en esta resolución. Los disturbios se intensificaron y el 8 de diciembre de aquel 1987, un camión militar israelí embistió contra un vehículo que transportaba personas palestinas que volvían a sus casas después de trabajar. Cuatro trabajadores del campo de refugiadas y refugiados de Yabalia, en el norte de Gaza, murieron. Las protestas crecieron y cuando soldados israelíes acabaron con la vida de otro palestino de 17 años, la Intifada se extendió definitivamente por Al-Quds-Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza.

La Primera Intifada se propagó a través de comités locales y populares. Aunque dirigentes de la OLP, como Khalil al-Wazir (Abu Yihad) –cofundador de Fatah asesinado por comandos israelíes en 1988–, tuvieron un papel destacado en sus inicios, el carácter espontáneo de la insurrección sorprendió a algunos líderes palestinos. Solo después de un mes de insurrección se formó el Mando Nacional Unificado, el cual empezó a coordinar acciones con delegados de Fatah, FDLP, FPLP y PPP. Pero, igualmente, los comités continuaron funcionando y fueron el principal motor de la Intifada. Por su parte, el Estado de Israel respondió con encarcelamientos y asesinatos (en las tres primeras semanas, unas 20 personas palestinas fueron asesinadas mientras que no hubo ninguna víctima mortal israelí); asedios de municipios palestinos; toques de queda o cierre de hasta seis universidades palestinas (Al-Quds, An Najah de Nablus, Belén, Al-Khalil-Hebrón, Islámica de Gaza y, sobre todo, la Universidad de Birzeit, que permaneció cerrada entre 1988 y 1992). En este contexto, el ministro de Defensa israelí en aquellos momentos, el laborista Isaac Rabín (que había sido primer ministro israelí entre 1974 y 1977 y lo volvería a ser desde 1992 hasta 1995) ordenó a las y los soldados israelíes romper, literalmente, los huesos de las y los menores palestinos que lanzaban piedras (Rose, 2005: 116). Como otras veces, estas acciones y discursos de represión alimentaron todavía más la solidaridad y la motivación para luchar entre el pueblo palestino.

Los comités populares fueron protagonistas de un proceso muy singular que se experimentó durante la Primera Intifada: el intento de desconexión administrativa y económica del Estado de Israel. Muchos de estos organismos impulsaron y coordinaron acciones de boicot y de desobediencia civil: evitaron cualquier colaboración con instituciones israelíes, prescindieron de comprar sus productos, eludieron el pago de impuestos, rechazaron trabajar en colonias de los territorios ocupados en 1967 y esquivaron la utilización de licencias israelíes. Paralelamente, se encargaron de la administración y la provisión de productos y servicios básicos en numerosos municipios (Rigby, 1991).

Un caso paradigmático fue el de Beit Sahour, localidad palestina de Cisjordania muy próxima a Belén. Desde el inicio de la ocupación, numerosas casas palestinas habían sido demolidas, su población desplazada y una parte importante de las tierras del pueblo habían sido confiscadas para la construcción de colonias. Dentro de las campañas de no cooperación y de boicot de productos israelíes, y con la voluntad de aumentar la autosuficiencia de este pueblo de poco más de 5.000 habitantes, varias personas de Beit Sahour decidieron crear una especie cooperativa láctea. Había que dejar de comprar productos lácteos de empresas israelíes y conseguir elaborarlos en Beit Sahour para distribuirlos después gratuitamente. Cabe tener en cuenta que a partir de 1967 la mayor parte de la leche consumida

en Cisjordania, al igual que lo ocurrido con muchos productos, provenía del otro lado de la Línea Verde. El caso es que, después de reunir dinero y conseguir 18 vacas, en Beit Sahour aprendieron a cuidar y a ordeñar a estos animales. En poco tiempo tuvieron éxito y consiguieron una importante demanda local de productos lácteos en lo que empezó a llamarse la “Intifada de leche”. Aun así, las vacas fueron declaradas una “amenaza para la seguridad nacional del Estado de Israel” y sus fuerzas trataron de confiscarlas. Soldados israelíes llevaban fotos de las vacas, las buscaron en cualquier rincón y preguntaron por ellas sin cesar. En su búsqueda participaron hasta helicópteros. Las autoridades israelíes pretendían evitar que el ejemplo de Beit Sahour se extendiese. Entonces, numerosas personas del pueblo se organizaron para esconder a los animales, que fueron trasladados diversas ocasiones y se convirtieron en un símbolo de resistencia palestina. Y, de hecho, las vacas nunca fueron encontradas (Fernea y Hocking, 1992: 210–211). Esta historia fue contada en la película de animación palestina–canadiense del año 2014, *The Wanted 18*.

Así, durante la Primera Intifada se utilizaron múltiples métodos de lucha principalmente no violentos. Además de las campañas de no cooperación y boicot, entre las que se puede incluir la creación de nuevos espacios productivos como la extensión de los cultivos a los jardines o el establecimiento de un sistema educativo clandestino y totalmente autónomo, la sociedad palestina también

recurrió a la resistencia simbólica. Se organizó para vestir ropas tradicionales y seguir celebrando su cultura, ocupó de forma masiva el espacio público y desarrolló nuevas y antiguas redes de apoyo para ayudar a las personas encarceladas, a las que hacían huelga, a las que se manifestaban o a las que sufrían el asesinato de un familiar. De este modo, este levantamiento no fue solo un acto de resistencia contra el Estado de Israel, sino también una afirmación del movimiento anticolonial y nacionalista palestino, edificado sobre los esfuerzos del tejido organizativo y social que se había ido construyendo en los territorios ocupados desde 1967 y con anterioridad.

Innumerables mujeres palestinas tuvieron un papel de máxima importancia durante la Primera Intifada. En efecto, la insurrección no se habría podido llevar a cabo, ni mucho menos durar entre cuatro y seis años, sin la estructura organizativa alternativa, la desobediencia civil y los trabajos visibilizados e invisibilizados que desarrollaron incontables mujeres palestinas. Igualmente, las tradicionales jornadas de lucha femenina, como el 8 de marzo, tuvieron un mayor eco, una mayor participación y una mayor diversidad en el contexto de la Intifada. En la manifestación del 8 de marzo de 1988 en Ramala, por ejemplo, los carteles y pancartas que llevaban algunas mujeres se centraron en la reivindicación de tres temas principales: liberación de las mujeres; fin de la colonización, la ocupación y la brutalidad

represiva israelí; y la independencia del Estado palestino (Hiltermann, 1991: 51).

Los cuatro grupos que conformaban la Unión Palestina de Comités de Trabajo de Mujeres se transformaron en 1988 en el Alto Consejo de las Mujeres con una voluntad específica de unidad y estrategias y miembros renovadas (Kawar, 1996: 113). Dentro de este organismo también se discutieron temas destacados en la vida cotidiana de las mujeres palestinas, como las situaciones jurídicas reglamentadas por las leyes de familia basadas en la religión. Además, se reivindicó que, en caso de conseguir la autodeterminación, se tenía que realizar un esfuerzo en las luchas para impedir que muchas mujeres tuvieran que volver a roles únicos tradicionales.

Entre las incalculables historias de mujeres palestinas durante la Primera Intifada, se puede mencionar, a modo de ejemplo, el caso de la luchadora de Gaza, Naila Ayesh. Vigilada, perseguida, detenida (incluyendo la detención administrativa, un mecanismo que utilizaba y utiliza el Estado de Israel para detener a prisioneras y prisioneros palestinos de manera indefinida sin cargos ni juicio) y torturada, Naila simbolizó el papel de muchas mujeres palestinas durante la insurrección popular. Estuvo entre las mujeres palestinas que organizaron marchas y huelgas, enseñaron a niñas y niños palestinos en aulas clandestinas e incluso subterráneas después de que las fuerzas israelíes cerrasen centros educativos, ayudaron en clínicas

improvisadas y contribuyeron a la producción local de alimentos. El documental de 2017, *Naila and the Uprising*, cuenta su historia.

Por su lado, múltiples personas palestinas con ciudadanía israelí manifestaron su solidaridad y su identificación con la población palestina que luchaba en los territorios ocupados. Ofrecieron varias formas de apoyo económico, moral y político, lo cual permitió, aunque con dificultades debidas al control y a la represión israelí, que se coordinara cierta acción política palestina a ambos lados de la Línea Verde. El mismo mes de diciembre de 1987, cuando empezó la Primera Intifada, organizaciones de la minoría palestina en Israel declararon una huelga general el día 21, bajo el lema “Día de la Paz”, que fue seguida por numerosos sectores de la comunidad. A partir de aquel momento se organizaron actos, huelgas generales y manifestaciones, y se crearon comités de ayuda que proporcionaron alimentos, medicinas o apoyo económico y jurídico a la población palestina de los territorios ocupados (Barreñada, 2004: 409–415).

Más adelante, a las acciones iniciales palestinas se sumaron algunos sectores de la izquierda sionista. A pesar de que mayoritariamente no cuestionaban la naturaleza colonial del Estado de Israel ni la Nakba, generalmente pretendían poner fin a la colonización y la ocupación posteriores a 1967 y a la brutalidad represiva israelí durante la Intifada, al tiempo que solían pedir el inicio de las negociaciones israelo–palestinas. Todo esto llevó al

movimiento pacifista de Israel a conseguir uno de sus mayores picos de actividad y presencia pública con manifestaciones como las de Peace Now, que llegaron a reunir a decenas o incluso a centenares de miles de personas en estos años (Bar On, 1996: 219–248). Igualmente, durante este periodo se reforzó la coordinación entre las organizaciones palestinas y algunos grupos judíos no sionistas.

Otro episodio de enorme relevancia histórica que tuvo lugar durante la Primera Intifada fue el nacimiento del Movimiento de Resistencia Islámica (*Harakat al-Muqawama al-Islamiya*, “حركة المقاومة الإسلامية”), conocido por su acrónimo Hamás, que en árabe se puede traducir como “fervor” o “entusiasmo”. Esta organización fue fundada en diciembre de 1987, cuando empezó la Intifada, por el “jeque” palestino Ahmed Yasín. Hamás era y es la rama de los Hermanos Musulmanes en Palestina y, por tanto, un movimiento islamista suní. Este movimiento no se integró ni se ha integrado en la OLP. Pudo desarrollarse y consolidarse gracias a una diversa red asistencial, caritativa, educativa, religiosa, sanitaria e incluso de ayuda a empresas, negocios y tiendas familiares palestinas (López Alonso, 2007: 135–155). Desde los años de la Primera Intifada, en distintas zonas de Cisjordania y la Franja de Gaza, Hamás empezó a construir (o a ampliar estructuras preexistentes, como las vinculadas a la organización Mujama al-Islamiya) pequeñas bibliotecas, centros de salud, centros coránicos, clubes u

orfanatos y extendió su mensaje de resistencia antisionista combinado con islam político. En la década de 1990, se calcula que el 85 por ciento de sus fondos económicos estaban dedicados a servicios sociales (Phillips, 2009: 78). Paralelamente, durante la Primera Intifada Hamás denunció y ejerció violencia física contra personas que consideraba colaboradoras del Estado de Israel y contra personas con conductas que iban en contra de su rigorismo moral. En 1992 se creó el brazo armado de Hamás, las Brigadas Izz ad-Din al-Qassam, que a partir del año siguiente atacaron al Estado de Israel a través de distintos métodos (incluyendo los atentados suicidas).

Por otro lado, puede considerarse que la Intifada tuvo dos fases. La primera, entre diciembre de 1987 y 1990, se caracterizó por una escalada horizontal de la lucha basada en un movimiento de masas de desobediencia y resistencia civil que alcanzaba la práctica totalidad de los sectores de la sociedad palestina. Sin embargo, a partir de 1990 se entró en una segunda fase de deterioro que duró hasta el final de 1991 o 1993. Esta supuso un progresivo debilitamiento de las resistencias palestinas por varias razones. Una de ellas fue el relativo fracaso de la estrategia de no cooperación, puesto que el Estado de Israel no necesitaba la cooperación del pueblo palestino para mantener la colonización y la ocupación. Otra fue el crecimiento de los costes económicos, productivos y reproductivos de la resistencia, puesto que la dependencia económica de los territorios

ocupados del sistema israelí era muy importante, mientras que no sucedía lo mismo en sentido contrario. Mientras tanto, tras varias estrategias israelíes para dividir al pueblo palestino, las resistencias se fragmentaron y la coordinación política se debilitó por las rivalidades entre las diversas facciones. Igualmente, el efecto de la represión israelí sobre el liderazgo de la Intifada hizo que los comités y organizaciones palestinas se vieran obligados a ser renovados constantemente con personas cada vez más jóvenes y con menores habilidades políticas. Además, hay que sumar la frustración generada por la falta de influencia sobre la sociedad israelí para que presionara de manera efectiva y masiva a su gobierno para poner fin a la colonización y a la ocupación. Finalmente, las simpatías mostradas por dirigentes palestinos hacia Saddam Hussein durante la guerra del Golfo (1990–1991) motivaron el distanciamiento de las petromonarquías del Golfo, así como la reducción del apoyo financiero a la OLP e incluso la expulsión de personas trabajadoras palestinas de sus territorios, lo que contribuyó a llevar a la sociedad palestina a una situación económica muy complicada tras varios años de mantenimiento de la Intifada.

Sin embargo, y a pesar de que la Primera Intifada no acabó con la colonización ni con la ocupación, no todo fueron derrotas para el pueblo palestino. En primer lugar, la insurrección fortaleció la identidad colectiva y nacional palestina, dándole un mayor sentido de empoderamiento y

de pertenencia. Además, el desarrollo de nuevos proyectos y de nuevas iniciativas cooperativas o de autosuficiencia local a partir de los comités populares colocó algunos cimientos para la construcción futura, en caso de que se consensuara, de estructuras estatales de autogobierno. Asimismo, la Primera Intifada forjó un liderazgo que desplazó el centro de la lucha por la independencia desde el exterior hacia el interior de los territorios ocupados, al tiempo que creó más lazos de solidaridad con las personas palestinas de Israel y –aunque en menor medida– también con grupos y personas israelíes judías opuestas a la ocupación (Checa, 2017a: 125).

En segundo lugar, la Intifada fortaleció la corriente de opinión internacional favorable al pueblo palestino. En gran medida, esto fue posible gracias a la visibilización en los medios de comunicación del sufrimiento provocado por la colonización y por la ocupación, así como la difusión de imágenes de la brutal represión israelí. Esta provocó durante toda la Primera Intifada entre más de 1.100 y más de 1.600 muertas y muertos palestinos (durante el mismo periodo murieron entre 90 y 93 israelíes, aproximadamente a partes iguales civiles y militares). Las imágenes de niñas y niños palestinos lanzando piedras contra tanques israelíes dieron la vuelta al mundo, expresaron el abismal desequilibrio de fuerzas y continúan siendo icónicas de la cuestión de Palestina. Este marco de opinión favorable impulsó que, en una sesión especial del Consejo Nacional

Palestino de la OLP celebrada en Argel, Yasir Arafat proclamara el 15 de noviembre de 1988 el “Estado de Palestina” sobre Al-Quds-Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza. A pesar de que la OLP no ejercía el control efectivo sobre ningún territorio, este gesto simbólico tenía una gran importancia diplomática y política. Por primera vez, al no realizar la proclamación de soberanía del Estado de Palestina sobre toda la Palestina histórica, la OLP reconocía implícitamente la existencia del Estado de Israel (Tilley, 2007: 80) y aceptaba el marco de la Resolución 242 de 1967. La llamada “solución de los dos estados” –formulada de manera difusa por la comisión británica Peel de 1937 y de forma clara diez años más tarde en el plan de partición de la Resolución 181, aceptada de forma táctica por el socialismo, sobrepasada por los hechos de la Nakba y con nuevas energías desde la Resolución 242– reforzaba su situación en el centro del consenso político–diplomático internacional con esta declaración. Fue redactada por el poeta palestino Mahmoud Darwish y leída de manera solemne por Arafat, que fue su principal impulsor entre discrepancias y dudas de numerosas figuras de la OLP. En Argel Arafat asumió la distinción de “presidente de Palestina”. Un mes después, 75 estados ya habían reconocido al nuevo Estado.

## Los acuerdos de Oslo y la creación de la Autoridad Nacional Palestina

En distintos ámbitos, el gran apoyo internacional que recibió la Declaración de Argel fue interpretado como un claro mensaje a las autoridades israelíes para que aceptaran una negociación con la OLP. Aunque desde mediados de la década de 1970 ya se habían producido contactos políticos informales entre algunas personas de esta organización palestina y miembros del grupo judío israelí antisionista Matzpen (Greenstein, 2009), además de con algún miembro de la izquierda sionista, cabe recordar que el Estado de Israel todavía no reconocía a la OLP. Arafat ya había dado un paso adelante en el intento de abrir negociaciones al reconocer el derecho del Estado de Israel “de vivir en paz y seguridad” ante la Asamblea General de la ONU en diciembre de 1988. Arafat y Fatah, núcleo de la OLP, estaban dispuestos a ofrecer al Estado de Israel *paz por territorios*, una fórmula que se popularizaría a partir de la década de 1990 en medios de comunicación y conversaciones diplomáticas. Con matices y diversas interpretaciones, esto significaba reconocer de manera explícita al Estado de Israel y renunciar a algún tipo de lucha a cambio de la retirada israelí de los territorios ocupados en 1967. De hecho, *paz por territorios* es lo que ya habían intercambiado Egipto e Israel en los Acuerdos de Camp David de 1978 y en el sucesivo Tratado de Paz Israelo–Egipcio de 1979 (Álvarez–Ossorio, 1999: 134).

Para Edward Said, estos hechos culminaron la deriva hacia la moderación o el pragmatismo del sector del movimiento anticolonial y nacional palestino liderado por Arafat (Said, 1991: 9). Especialmente desde 1974, este transitó desde la periferia del consenso internacional sobre la coexistencia con el Estado de Israel y la autodeterminación hasta situarse en el centro. Mientras tanto, la inmensa mayoría de las autoridades de Israel y de EE UU continuaban situándose fuera de este consenso rechazando la Resolución 242 o intentando reinterpretarla a su favor. Lógicamente, en los gobiernos del Likud de este periodo (el de Menahem Beguín, de 1977 a 1983, y los de Isaac Shamir, de 1983 a 1984 y de 1986 a 1992) esta dinámica era todavía más clara.

La Primera Intifada, la Declaración de Argel de 1988, el fin de la Guerra Fría, el principio del fin del apartheid en Sudáfrica, la victoria de la coalición contra Irak en la guerra del Golfo y el *New World Order* subsiguiente anunciado por el presidente estadounidense George H. W. Bush, facilitaron la convocatoria de la Conferencia de Madrid en octubre de 1991. La reunión fue patrocinada por la URSS, superpotencia que había respaldado a la OLP, pero que se hallaba en proceso de desintegración, y especialmente por EE UU. Tuvo una duración de tres días y su objetivo fue doble: hacer revivir las negociaciones árabes–israelíes y que por primera vez se diesen conversaciones bilaterales israelo–palestinas bajo los auspicios de potencias internacionales. Aunque las negociaciones (que también tuvieron lugar los meses

posteriores a la conferencia) no condujeron a acuerdos relevantes por la negativa del gobierno de Isaac Shamir y por la falta de participación de la ONU como principal institución internacional (López, 2017a: 128–129), abrieron el camino a los posteriores Acuerdos de Oslo. Igualmente, debe destacarse que ya en Madrid empezó a vislumbrarse que aquello que se denominaría el “proceso de paz palestino–israelí” no iba a regirse tanto por las resoluciones de la ONU como por el desequilibrio de fuerzas y la política de hechos consumados favorables al Estado de Israel (Álvarez–Ossorio e Izquierdo, 2007: 12).

En junio de 1992, el laborista Isaac Rabín derrotó en las elecciones israelíes a Isaac Shamir. Rabín se convirtió en primer ministro por segunda vez y al mismo tiempo ocupó el cargo de ministro de Defensa. En la campaña electoral fue patente que varios sectores de la sociedad israelí, entre los que se encontraban numerosas personas laboristas, veían con buenos ojos el inicio de negociaciones israelo–palestinas sobre los territorios ocupados en 1967 (Pappé, 207: 333). La Primera Intifada había sido fundamental aquí; entre otros elementos, había impactado negativamente en la imagen internacional israelí y había demostrado que el pueblo palestino podía mantener una insurrección masiva durante años que obligaba en el Estado de Israel a destinar cuantiosos recursos para combatirla. Desde algunas perspectivas socialionistas, se consideraba que, con el apoyo de EE UU y desde la inmensa superioridad económica

y militar de la potencia ocupante, las negociaciones con la delegación política del pueblo ocupado podrían ser positivas para gran parte de la sociedad judía israelí. Incluso, en el marco de la solución de los dos estados, podía parecer posible dismantelar las colonias de los territorios ocupados y crear un Estado palestino en las fronteras de 1967.

El acercamiento de posturas y el optimismo empezaron a diseminarse por distintos ámbitos israelíes y palestinos. A esto también contribuyó la apertura de archivos y la historiografía. Transcurridos los 30 años que había establecido la Ley de Archivos de 1955, se desclasificaron múltiples fondos documentales de archivos del Estado de Israel. La información que contenían algunos de estos fondos que pudieron consultarse contradecía en numerosos casos la versión oficial sionista y validaba el relato palestino más extendido sobre la Nakba y otros episodios históricos, pero especialmente sobre esta. Todo ello comportó que una nueva generación de historiadores judíos israelíes (Benny Morris, Ilan Pappé o Avi Shlaim), denominados “nuevos historiadores” o “historiadores revisionistas” israelíes, ofrecieron otras perspectivas sobre 1948, más próximas a las experiencias palestinas (Gijón, 2008). Desde finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, muchas de sus obras y de sus relatos se difundieron por la sociedad israelí. Aun así, como en otros contextos del Sur Global, elementos relativos a la colonialidad del saber han tenido una importancia fundamental aquí. Múltiples personas

palestinas y árabes llevaban décadas ofreciendo estudios y testimonios escritos, gráficos y orales sobre el ocurrido en su historia reciente. Sin embargo, solo la ratificación de gran parte o de prácticamente todos los relatos palestinos sobre la Nakba por investigaciones provenientes de la comunidad colonizadora, en este caso judía israelí, consiguió validar en algunas esferas del Estado de Israel y en numerosos ámbitos académicos internacionales las narraciones y las versiones palestinas de la Nakba.

Así, en 1993 se iniciaron conversaciones secretas entre el nuevo gobierno israelí y la OLP con la presencia de facilitadores noruegos. Pero el proceso de negociación, que tuvo lugar en Oslo, fue difícil e intermitente: las conversaciones se abrían, se suspendían, intervenía mediación, se restablecían, se volvían a suspender... Mientras tanto, los Acuerdos de Camp David entre Egipto y el Estado de Israel se intentaron utilizar como modelo. Por fin, las negociaciones finalizaron en agosto de 1993 y el 9 de septiembre de aquel año se dio un histórico primer paso: el reconocimiento recíproco. Casi medio siglo después de la Nakba y la creación del Estado de Israel, por primera vez la Organización para la Liberación de Palestina reconoció explícitamente el Estado de Israel y este hizo lo mismo con la OLP como representante del pueblo palestino. Sin embargo, cabe resaltar que el derecho de autodeterminación de este no fue reconocido por Israel.

Según varias encuestas, en aquellos momentos aproximadamente dos tercios de la población israelí apoyaban estas negociaciones y acercamientos. Unos días más tarde del reconocimiento mutuo, el 13 de septiembre de 1993, tuvo lugar una pomposa ceremonia en la Casa Blanca patrocinada por Bill Clinton, presidente de EE UU entre 1993 y 2001. Yasir Arafat e Isaac Rabín, entre otros signatarios, firmaron la Declaración de Principios sobre las Disposiciones relacionadas con un gobierno autónomo provisional, conocida como Acuerdo de Oslo I o, simplemente, Oslo I. Dos años después, el 28 de septiembre de 1995, se firmó el Acuerdo de Oslo II en Taba, Egipto. Entre medias, numerosas conversaciones, negociaciones, frustraciones y cesiones, que se plasmaron en tres acuerdos específicos más: el de Gaza–Jericó y el Preparatorio de Transferencia de Poderes y Responsabilidades entre Israel y la OLP (ambos de 1994) y el Protocolo sobre la Transferencia de Poderes y Responsabilidades (1995) (López, 2017a: 128–134).

La esperanza empezó a asentarse entre diversos sectores israelíes, palestinos e internacionales. Varios grupos armados de la OLP depusieron las armas e incluso algunos de sus miembros fueron entrevistados por televisiones israelíes. Se hablaba de las similitudes entre la sociedad israelí y la palestina y parecía que iba llegar, por fin, una nueva etapa de convivencia y de paz. Aun así, como los mismos títulos de los documentos acordados demostraban,

Oslo I y II eran solo “declaraciones de principios sobre disposiciones” o “preparatorios”. En otras palabras, se convenían algunos elementos previos y se dejaban para el futuro las negociaciones importantes y definitivas. A pesar de que teóricamente se tenía que llegar a una solución definitiva en un periodo de cinco años, en varios sectores israelíes tenían claro que esto no era deseable porque significaba ceder demasiado. Todo esto se traducía en que las problemáticas más relevantes –el estatus de Al-Quds–Jerusalén, las colonias, las fronteras y las personas palestinas refugiadas– se dejaron de lado. Los Acuerdos de Oslo no mencionaron una retirada israelí de todos los territorios ocupados, sino solo de algunos sectores muy reducidos como zonas de la Franja de Gaza y Jericó dentro de un llamado “redespliegue” general sin un significado claro. Igualmente, todo esto se acompañaba de un programa de (neo)liberalización de la economía palestina, mostrado en el Protocolo de París incluido en Oslo II, y de un intento de *oenegización* de la sociedad, es decir, de sustituir la red organizativa y asociativa autónoma palestina por una cada vez mayor dependencia de las ONG y otras entidades de cooperación del Norte Global (López, 2017b: 151–176). Dos dinámicas con consecuencias muy importantes y profundas en la sociedad palestina desde la década de 1990 hasta la actualidad.

Igualmente, también se creaba un nuevo organismo “interino de cinco años” que teóricamente tenía que ser el

germen de un futuro Estado palestino: la Autoridad Nacional Palestina (ANP). Sin embargo, esta nueva institución no tenía jurisdicción sobre el estatus de “Jerusalén, las colonias, las instalaciones militares, las personas refugiadas palestinas, las fronteras, las relaciones exteriores ni las personas israelíes”. En el fondo, la ANP se creó prácticamente sin atribuciones ni competencias, más allá de poder tener miles de funcionarias y funcionarios (incluyendo fuerzas de seguridad) financiados en gran medida por la Unión Europea, edificios e instituciones propias con la bandera palestina y algunos recursos económicos en servicios sociales. Además, en Oslo II, Cisjordania quedó dividida en tres áreas: la zona A estaría administrada por la ANP, la B tendría administración civil de la ANP y militar israelí y la C sería una zona exclusivamente israelí. Inicialmente, el área A suponía el 3 por ciento de Cisjordania –más tarde, aproximadamente el 18 por ciento–, la B entre un 22–25 por ciento y la C el territorio restante, según el momento, entre el 57–75 por ciento de Cisjordania. Por lo tanto, al contrario de lo que establecía el derecho internacional, con Oslo II y las zonas A, B y C, el Estado de Israel conseguía controlar la mayor parte de Cisjordania, que al mismo tiempo suponía en torno a un 20 por ciento de la Palestina del Mandato británico (Finkelstein: 2003: 172–183). Esto implicaba que los signatarios palestinos habían aceptado que el Estado de Israel controlase en torno al 90 por ciento de la Palestina histórica no solo *de facto* –como

ya ocurría como consecuencia de la conquista militar de 1967–, sino esta vez con sus firmas.

Más tarde, la estructura política de la ANP quedó articulada, en primer lugar, a través de un Consejo Legislativo Palestino (CLP). Se trataba de un “poder legislativo” unicameral, que contaba con 88 integrantes –a partir de 2005 su número se incrementó a 132– elegidas y elegidos en 16 distritos de Cisjordania y la Franja de Gaza. El 20 de enero de 1996 tuvieron lugar las primeras elecciones al CLP y a la Presidencia de la ANP. La participación superó el 71 por ciento y no hubo incidentes relevantes. Los comicios, a los que no se presentó Hamás, fueron supervisados por casi 700 observadores internacionales. Sus resultados arrojaron una gran victoria para Fatah, que junto a sus candidatos ligados al partido obtuvo más del 70 por ciento de los 88 escaños del CLP, 5 de los cuales fueron ocupados por mujeres (López Alonso, 2007: 126–127). Por su parte, Arafat consiguió la presidencia con más de un 88 por ciento de los votos. El histórico dirigente de Fatah superó a su única rival, Samiha Khalil, del FDLP, que consiguió más del 11 por ciento de las papeletas. El CLP funcionó de manera relativamente efectiva dentro de sus restringidas competencias entre 1996 y 2006/2007, cuando el grave enfrentamiento político y violento entre Fatah y Hamás después de la victoria de este último en las elecciones de 2006 lo paralizó. Además del presidente o presidenta –cargo que ocupó Arafat entre 1996 y 2004, y Mahmoud Abbás,

también de Fatah, a partir del año 2005– (Al Deen, 2019: 85–101), a partir de 2003 se creó la figura de primer ministro o primera ministra de la ANP.

Con los Acuerdos de Oslo, el Estado de Israel mantenía totalmente la “jurisdicción penal” sobre “delitos cometidos” en cualquier punto de Cisjordania “por personas israelíes o contra” ellas, mientras que la ANP no podía “reformar ni revocar las órdenes militares ni las leyes existentes”. Por tanto, en la práctica y en nombre de la seguridad, el Estado de Israel se guardaba la competencia de poder perseguir y reprimir a cualquier persona palestina. Asimismo, si se creaba una nueva fuerza policial palestina, esta solo tendría la competencia de proteger a las “personas israelíes que viven en Cisjordania”, es decir, proteger a las y los colonos israelíes (no reprimirlos), mientras que sí debía reprimir a su pueblo (al cual, a su vez, no tenía mecanismos ni recursos para proteger). Se trata de un papel similar al desarrollado anteriormente por los cipayos de la India o los harkis de la Argelia colonizada por Francia: fuerzas nativas creadas, colaboradoras o dirigidas por el poder colonial para subcontratar una parte de la represión e incidir en la división de la sociedad autóctona. Dicho de otro modo, a la ANP se le exigió que proporcionase seguridad al Estado de Israel y a su población colona mientras ni siquiera podía proporcionar seguridad a su propio pueblo ante el ocupante.

Ahora puede decirse que los Acuerdos de Oslo fueron una trampa muy bien trabada por el Estado de Israel. Aunque

Arafat era la figura política palestina más importante posterior a la Nakba, en aquellos momentos se encontraba en una situación muy débil: tenía casi 65 años, estaba exiliado en Túnez, el respaldo soviético había desaparecido, sobre su círculo pesaban acusaciones de corrupción, había perdido algunos apoyos árabes debido a la guerra del Golfo y se encontraba desbordado por el crecimiento de Hamás y por generaciones más jóvenes que habían protagonizado la Primera Intifada. Después de tanto sufrimiento y de tantas derrotas, pretendía conseguir un acuerdo histórico que otorgara alguna victoria al pueblo palestino, pero que también reafirmara su autoridad. Por eso hizo un llamamiento a parar definitivamente una Primera Intifada que todavía vivía sus últimos impulsos entre 1991 y 1993. El Estado de Israel conocía todas estas circunstancias y supo explotarlas a su favor. Además, la delegación negociadora israelí consiguió evitar la negociación definitiva e integral de todos los temas y centrarlo todo en elementos previos, temporales o susceptibles de negociación en un futuro. Tras la firma de la Declaración de Principios, Arafat se dirigió a una multitud en Gaza con estas palabras: “Sé que muchos pensáis que Oslo es un mal acuerdo. Es un mal acuerdo. Pero es el mejor acuerdo que podemos lograr en la peor situación” (Finkelstein, 2003: 275).

Con Oslo I y II, la dominación israelí no se alteró. De hecho, en algunos factores claves, como la construcción de colonias en tierra palestina, aumentó. Además, hasta los Acuerdos de

Oslo, el consenso internacional no apoyaba otra solución que no fuera la retirada completa israelí de los territorios ocupados en 1967 y el derecho palestino a crear un Estado propio en Al-Quds-Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza. La OLP lo aceptaba explícitamente desde 1988. El Estado de Israel y EE UU lo rechazaban. Aun así, el artículo XXXI/6 de Oslo II estableció que “no se entenderá que ninguna de las partes, por el hecho de haber celebrado el Acuerdo, ha renunciado a ninguno de sus derechos, reclamaciones o posiciones actuales ni abdicado de ellos” (UNOA, 1997 [1995]). Por lo tanto, se legitimaba la pretensión israelí de tener “derechos” sobre Al-Quds-Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza, algo negado hasta este momento por la comunidad internacional. La perspectiva palestina, validada por el derecho y el consenso internacional y no sujeta a discusión ni a disputa alguna, se equiparaba a la perspectiva israelí que quebrantaba el mismo derecho internacional y se situaba fuera del consenso. En consecuencia, en el ámbito internacional, los “territorios ocupados” ilegalmente y sobre los que solo cabía la retirada israelí, según la Resolución 242 y otras posteriores, podían pasar a ser ahora “territorios en disputa”. En esa situación, con un pueblo ocupado, por un lado, y un Estado ocupante y extraordinariamente militarizado aliado de la potencia más poderosa del mundo, por el otro, no es difícil imaginar el transcurso de los acontecimientos en aquellos momentos y en los posteriores.

Igualmente, de cara a la opinión pública mundial, el Estado de Israel consiguió mostrar una imagen más amable, ya que se había prestado a negociar con la OLP y había aceptado la creación de la ANP. Aunque no fuera, ni mucho menos, su objetivo, la OLP había aceptado firmar la prolongación *sine die* de la colonización y la ocupación. Mientras han pasado los años, se han construido más colonias, se ha dividido más el territorio palestino y ha aumentado la sofisticación del apartheid, el argumento básico israelí ha sido que la situación post-Oslo es puramente provisional y temporal y/o que la sociedad palestina no tiene interlocutores de negociación válidos. De esta manera, los hechos consumados favorables al Estado de Israel han ido prevaleciendo conforme avanzaba el tiempo. Esta forma de *cronopolítica* siempre ha favorecido al expansionismo colonial sionista-israelí.

Varias organizaciones palestinas, como el FDLP, FPLP, Yihad Islámica, Hamás y figuras como Mahmoud Darwish y Edward Said, criticaron con contundencia las maneras y el contenido en los que Arafat había firmado en Oslo. Según Said, estos acuerdos fueron “un instrumento para la rendición palestina, un Versalles palestino” (Said, 1996: 7). Para Hamás, Oslo fue una traición a los derechos históricos y nacionales palestinos. A pesar de esto, y con fuertes discusiones y dimisiones, los principales organismos de la OLP aprobaron la firma de los acuerdos. Todo esto significó un cierto declive de esta, que, a pesar de que continuó y

continúa existiendo, en la práctica muchas de sus actividades han sido asumidas por la ANP –controlada por Fatah al menos en su primer cuarto de siglo de existencia– como principal institución política palestina. La ANP, creada como una estructura interina de cinco años, continuó existiendo y fue obligada a colaborar con el Estado de Israel en cuestiones económicas y de seguridad.

## **El descarrilamiento del proceso de negociaciones**

A pesar de todo, durante algunos años el panorama general continuó siendo optimista en las relaciones israelo-palestinas y en el ámbito internacional. El 26 de octubre de 1994 y sin presencia palestina, el Estado de Israel llegó a un acuerdo de paz con un segundo Estado de mayoría árabe con el que había estado en guerra: Jordania. Egipto y Jordania continúan siendo los dos únicos estados limítrofes con el Estado de Israel que han firmado acuerdos de paz con este. Sin embargo, varios factores contribuyeron al colapso del proceso de negociaciones conforme avanzaba la década de 1990. El 25 de febrero de 1994, Baruch Goldstein, miembro del partido ultranacionalista sionista y de extrema derecha Kach, irrumpió en la mezquita de Ibrahim–Abraham de la ciudad palestina de Al–Khalil–Hebrón durante el *salat* (rezo islámico). Asesinó a 29 personas palestinas e

hirió a otras 125. En las protestas posteriores, murieron entre 20 y 26 personas palestinas más y 9 judías. Isaac Rabín condenó la masacre de Al-Khalil-Hebrón considerando a Goldstein “un asesino degenerado” y “una vergüenza para el sionismo y para el judaísmo”. Además, el partido Kach fue ilegalizado. No obstante, las autoridades israelíes rechazaron la reivindicación de la OLP de que todos los colonos y colonas de Cisjordania fuesen desarmados y de que se crease una fuerza internacional para proteger a la población palestina (Haberman, 1994). Asimismo, numerosos colonos de Al-Khalil-Hebrón y de otros asentamientos de los territorios ocupados alabaron a Goldstein como un héroe, consideraron su ataque como un golpe preventivo y calificaron su muerte posterior como un acto de martirio. Después de la masacre de la mezquita de Ibrahim-Abraham, las Brigadas al-Qassam de Hamás y las Brigadas Al-Quds de la Yihad Islámica de Palestina –estas últimas formadas en 1981 y vinculadas a Hezbolá e Irán– realizaron cada año entre 1994 y 1999 entre dos y cinco atentados suicidas dentro del Estado de Israel.

El 4 de noviembre de 1995, después de una manifestación de apoyo a los Acuerdos de Oslo en Tel Aviv, Isaac Rabín fue asesinado por un sionista israelí contrario a la negociación con el pueblo palestino. Por otro lado, en el final de la primavera de 1996, el líder del Likud desde 1993, Benjamín Netanyahu, ganó las elecciones al sionista laborista Simón Peres por un margen muy estrecho. El Likud era la fuerza

política israelí más importante que se oponía a los Acuerdos de Oslo. Así, el llamado “proceso de paz” de Oslo empezó a agrietarse rápidamente. La decepción y la frustración empezaron a extenderse en el pueblo palestino. Aunque en 1998 Netanyahu firmó con Arafat el Memorándum Wye River, que acordaba poner en marcha los aspectos de Oslo II no implementados, el primer ministro del Likud obstaculizó de varias maneras el cumplimiento de los acuerdos, extendió la endocolonización de asentamiento e hizo crecer la tensión. Netanyahu perdió las elecciones israelíes en 1999 y fue sustituido por Ehud Barak, líder del Partido Laborista Israelí. A pesar de que Barak tenía una postura más abierta a las negociaciones, la dinámica hacia el hundimiento del “proceso de paz” prosiguió (Carter, 2006: 149).

Todo estalló en el año 2000. Meses antes de que acabara su segundo y último mandato presidencial, Bill Clinton invitó a Arafat y a Barak a Camp David, donde se había negociado el acuerdo de paz entre Egipto e Israel más de 20 años antes. El objetivo era volver a encarrilar el “proceso de paz” y llegar a nuevos acuerdos efectivos. Teóricamente, se tenían que abordar las problemáticas que continuaban –y continúan– siendo más importantes de la cuestión de Palestina y que se habían evitado en Oslo: Al-Quds–Jerusalén, las colonias, las fronteras y las personas palestinas refugiadas. Pero Arafat y su delegación no habían acordado una agenda con Barak y su equipo. Las autoridades israelíes tampoco habían cumplido muchos de los acuerdos anteriores y no se sabía

cuáles iban a ser sus propuestas, por lo que el presidente de la ANP acudió a Camp David con desconfianza y recelo. De hecho, ya en Camp David, el Estado de Israel no realizó ninguna oferta integral a la delegación palestina. Su “oferta” fue comunicar qué parte de los territorios ocupados pretendía anexionarse (lo que incluía Al-Quds-Jerusalén Este y el Valle del Jordán) y de qué manera aspiraba a dividir los territorios ocupados en cuatro partes (la Franja de Gaza, Cisjordania sur, Cisjordania central y Cisjordania norte) separadas por nuevas zonas anexionadas o colonias. El propuesto y supuesto “Estado palestino” no tendría continuidad territorial, capacidad de defensa, política exterior propia o economía autónoma de Israel. Todo esto fue acompañado de la negativa absoluta israelí de negociar sobre temas tan cruciales como las personas refugiadas palestinas. La propuesta fue difundida por el gobierno estadounidense y por la mayoría de los medios de comunicación de masas del Atlántico Norte como una “oferta generosa” de Barak a Arafat. Además, esta “oferta” no fue realizada como base para una negociación, sino como un ultimátum. Pero Arafat había aprendido la lección de Oslo y de ninguna forma pudo ni quiso aceptar una propuesta que, solo por la cuestión de la anexión de Al-Quds-Jerusalén Este, ya merecía el rechazo más categórico del pueblo palestino (Pappé, 2007: 378-379). Inmediatamente después, se empezó una campaña global de difamación contra Arafat, que fue presentado como el responsable del colapso del “proceso de paz”.

Siete años después de los primeros Acuerdos de Oslo, considerados ya de *per se* humillantes por numerosos sectores del pueblo palestino, y con la construcción de colonias aumentando a ritmos acelerados, la “oferta generosa” de Barak fue interpretada como una burla que provocó más indignación y frustración; sensaciones que se multiplicaron cuando miembros del Likud, centenares de policías israelíes y Ariel Sharón –cinco veces ministro de manera interrumpida desde 1981, la última como ministro de Asuntos Exteriores durante una etapa del gobierno de Netanyahu– se pasearon, a modo de provocación, por la explanada de las Mezquitas o de Al–Aqsa. Ubicada en la ciudad vieja de Al–Quds–Jerusalén (y, por tanto, en la parte ocupada por fuerzas israelíes en junio de 1967), era y es el tercer lugar más sagrado para el islam y la zona más sagrada de Palestina para las personas musulmanas. La Segunda Intifada o Intifada de Al–Aqsa comenzó.

## Capítulo VII

### DE LA SEGUNDA INTIFADA A LA ÚLTIMA ERA NETANYAHU (2000–2020)

#### La Segunda Intifada Palestina

Si la vía de las negociaciones había fracasado y significaba más colonización y más humillación, numerosas personas y organizaciones palestinas creyeron que había que volver a la insurrección masiva. Al contrario que la Primera Intifada, la Segunda estuvo impulsada desde el principio por el liderazgo de diversos grupos de la OLP. Aun así, la Intifada de Al-Aqsa se inició de manera muy similar a la Primera: manifestaciones y disturbios con lanzamiento de piedras contra las fuerzas israelíes en muchas zonas de los territorios ocupados. Como respuesta, solo los cinco primeros días, casi

50 personas palestinas fueron asesinadas por tropas del Estado de Israel, que hirieron a cerca de 2.000 personas (Darweish y Rigby, 2015: 50–51).

Las autoridades y medios israelíes, así como muchos de EE UU y otros países del Atlántico Norte, intentaron transmitir la idea de que la población palestina era la agresora. Sin embargo, incluso el por entonces presidente de la República Francesa, el conservador Jacques Chirac, intentó mediar y advirtió públicamente a Barak de que la enorme cantidad de personas palestinas muertas hacía difícilmente creíble ese relato. Días antes, el 30 de septiembre del año 2000, segundo día de la nueva Intifada, un incidente grabado por un cámara sacudió a la opinión pública internacional. En medio de un fuego cruzado cerca de la ciudad de Gaza, Jamal al-Durrah y su hijo de doce años, Mohammed, se protegieron desarmados detrás de una pequeña estructura de hormigón. Jamal movió las manos con la intención de que pararan la balacera mientras su hijo lloraba pegado a él. Segundos después, una ráfaga de disparos acabó con la vida de los dos y el cuerpo de Mohammed cayó sobre el de su padre. Un cámara palestino que trabajaba para la televisión francesa, Talal Abu Rahma, registró todo lo sucedido, a excepción de la secuencia en la que el conductor de una ambulancia fue tiroteado al intentar aproximarse a salvar a Jamal y a su hijo (Aranguren, 2004). Desde Francia, la grabación circuló por todo el mundo provocando una gran conmoción y un aumento del sentimiento de rabia entre la

población palestina. Mohammed se convirtió en un mártir y su nombre pasó a denominar calles y elementos de memoria pública dentro y fuera de Palestina. Aquella imagen se convirtió en una de las más icónicas de la Segunda Intifada.

Durante las semanas y los meses posteriores, el ejército israelí reocupó numerosos territorios de Cisjordania y de la Franja de Gaza, fuesen áreas A o B. Y las protestas populares palestinas no violentas empezaron a combinarse con atentados suicidas palestinos y asesinatos tanto selectivos como indiscriminados por parte de las fuerzas del Estado de Israel. Durante octubre del año 2000 también se produjeron numerosas manifestaciones y choques violentos entre la policía israelí y miembros de la minoría palestina con ciudadanía israelí, que convocaron una huelga general en el norte de Israel el primer día del mes. El 8 de octubre, miles de sionistas israelíes participaron en protestas violentas en Tel Aviv y otras ciudades. Mientras se cantaba “muerte a los árabes”, se lanzaron piedras contra personas palestinas y sus propiedades. En Nazaret, ciudad israelí de mayoría palestina de Galilea, 13 personas palestinas fueron asesinadas (Pappé, 2017b: 284–292). Muchas reacciones palestinas fueron no violentas, mientras que otras se vehicularon a través de la violencia y los atentados suicidas dentro del Estado de Israel y en los territorios ocupados. A su vez, esto fue respondido por el Estado de Israel con una política de represalias incrementadas –por cada persona muerta israelí, varias muertas palestinas, incluso en índices

de 1 a 10 o de 1 a 20—, lo que generó una espiral de violencia que parecía no tener límites.

En un intento desesperado por alcanzar alguna solución negociada y a pocas semanas de unas nuevas elecciones israelíes, en enero de 2001 se reunieron en Taba (Egipto) una delegación israelí y otra palestina. Los negociadores palestinos consideraron que la propuesta israelí había mejorado respecto a la de Camp David del año anterior, sobre todo en temas como Al-Quds-Jerusalén o el territorio ocupado palestino reclamado por el Estado de Israel. No obstante, otros aspectos claves, como la cuestión de las refugiadas y los refugiados palestinos, continuaban sin resolverse. Una vez más, esta problemática era la más espinosa para conseguir un acuerdo. Para el sionismo y el Estado de Israel, la vuelta de las personas refugiadas palestinas a sus hogares y tierras fue y es un anatema, ya que cuestionaría o pondría fin al axioma sionista del “Estado judío” o de la mayoría judía permanente. Por su parte, para el pueblo palestino el retorno de las y los refugiados fue y es su derecho más importante e irrenunciable. Fuera como fuese, la cumbre de Taba solo tuvo una duración de una semana, Ehud Barak perdió las elecciones en febrero de 2001 contra el candidato del Likud, Ariel Sharón, y las negociaciones no se retomaron. A mediados del año siguiente, después del periodo con más personas muertas de toda la Segunda Intifada, Arafat declaró en el diario israelí *Haaretz* que estaba dispuesto a aceptar la propuesta

de Taba. Sin embargo, el gobierno de Sharón rechazó el entendimiento. El propio Sharón describió a la Segunda Intifada como “la segunda mitad de 1948” (Álvarez–Ossorio e Izquierdo, 2007: 23). Es decir, para el primer ministro israelí de aquellos momentos, la limpieza étnica de Palestina de 1948 no se había completado y todavía había que poner fin a esa etapa histórica.

Durante años, en especial durante la etapa más violenta, desde el inicio de la Intifada de Al–Aqsa hasta el 2002, numerosos medios de comunicación de masas del Atlántico Norte abrieron telediarios y dedicaron incalculables portadas de periódicos a los ataques suicidas palestinos. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en EE UU facilitaron que la violencia palestina se pudiera presentar como una forma de “terrorismo antioccidental” en el marco de la guerra global antiterrorista que encabezó George W. Bush. Múltiples medios de masas insistieron en la relación entre los talibanes, Al–Qaeda y el “terrorismo palestino”. Asimismo, la idea del “choque de civilizaciones”, ideada por el politólogo estadounidense Samuel Huntington en la década anterior para transformar el gran enemigo global, o el gran “Otro”, de la URSS al islam (Camargo, 2007–2008), recibió un gran impulso. Según estas ideas neocoloniales y neorientalistas, en Israel–Palestina se expresaba claramente el choque entre la “civilización occidental o judeocristiana”, representada por un Estado de Israel

víctima del terrorismo, y la “civilización islámica”, representada por el “terrorismo palestino”.

Por su lado, según datos de la Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA, por sus siglas en inglés) en Palestina, cerca de 3.400 personas palestinas (prácticamente 700 de ellas niñas y niños) murieron durante los años de la Segunda Intifada, es decir, entre finales del año 2000 y 2005. Otras fuentes afirman que la cifra de palestinas y palestinos muertos ascendió a casi 6.000. Por parte israelí, el número de víctimas mortales según la mayoría de las fuentes fue de cerca de 1.000 (la mayor parte no militares y en torno a 100 menores de edad).

La mayor operación israelí durante la Segunda Intifada tuvo lugar durante la primavera de 2002 y recibió el nombre de “Escudo Defensivo” (Pappé, 2007: 393). De hecho, fue el mayor ataque israelí sobre Cisjordania desde 1967. Las autoridades israelíes lo justificaron como represalia por la denominada “masacre de pascua” del 27 de marzo de 2002. Aquel día, 29 israelíes perdieron la vida en Netanya en un atentado suicida de un militante vinculado a Hamás. El ataque fue condenado por la ANP. Durante la operación Escudo Defensivo, las fuerzas israelíes invadieron múltiples ciudades palestinas –en especial Belén, Nablus, Ramala y Yenín– impidiendo la entrada de personal médico, de observadoras y observadores de derechos humanos y de

periodistas. Acabaron con la vida de 497 personas palestinas, hirieron a 1.447 y detuvieron a unas 7.000.

Durante esta operación, el ejército israelí demolió numerosas casas y edificios palestinos, incluyendo gran parte del campo de refugiados y refugiadas de Yenín. En este último caso, el 2 de abril de 2002, unos 1.000 soldados del ejército israelí invadieron el campo ante una gran organización de la resistencia palestina. Los destacamentos militares israelíes tuvieron que luchar casa por casa para apoderarse del campo a través de tácticas de deconstrucción y transgresión espacial. Muchas de estas estrategias venían siendo estudiadas por el ejército israelí desde la década de 1990 gracias a la adaptación de autores posmodernos franceses como Guy Debord, Gilles Deleuze o Jean-François Lyotard. Con estos mecanismos de guerra urbana –estudiados en el libro de Eyal Weizman *A través de los muros: cómo el ejército israelí se apropió de la teoría crítica postmoderna y reinventó la guerra urbana* (Weizman: 2012)–, las y los militares israelíes atravesaban muros, paredes y techos de casas palestinas para evitar calles, puertas, ventanas y zonas transitables y así aumentar su eficacia. Lo que marcaba el avance y el movimiento no era el espacio; era el mismo desplazamiento el que producía el espacio a su alrededor. Un ejercicio flexible y tridimensional de “geometría inversa”, con tácticas llamadas de “enjambre”. El resultado fue la victoria israelí y más de medio centenar de personas palestinas muertas en

el campo de Yenín. Amnistía Internacional acusó al ejército israelí de crímenes de guerra y Simón Peres, por entonces ministro de Asuntos Exteriores israelí, calificó a esta operación de “masacre” (Harel y Benn, 2002).

En aquel momento, el Estado español presidía el Consejo de la Unión Europea y el ministro de Asuntos Exteriores del gobierno del Partido Popular, Josep Piqué, llegó a afirmar que las “sanciones contra Israel son un escenario posible” y que la Unión Europea estaba discutiendo esta posibilidad (Egurbide, 2002). Finalmente, el Parlamento Europeo aprobó una resolución no vinculante que solicitaba sanciones económicas contra el Estado de Israel, un embargo de armas a ambas partes y que la Unión Europea “suspendiera inmediatamente” su acuerdo de comercio y de cooperación con Israel. Como tantas otras veces, el posicionamiento europeo quedó en papel mojado. Una vez más, el armario de la esperanza del pueblo palestino estaba repleto de discursos, palabras y resoluciones... pero vacío de hechos.

El mismo año 2002, las fuerzas israelíes asediaron tres veces la Mukata de Ramala, donde se encontraban las oficinas gubernamentales de la ANP, el despacho oficial de Arafat y otros edificios administrativos palestinos. El ejército destruyó numerosas infraestructuras de este complejo político-administrativo con buldóceres, explosivos, tanques y vehículos blindados. La violencia llegó a tal magnitud que el Consejo de Seguridad de la ONU emitió su Resolución

1435 pidiendo el fin del asedio sobre la Mukata. A pesar de que esta resolución, como todas las del Consejo de Seguridad, era de carácter vinculante –es decir, de obligatorio cumplimiento según el derecho internacional–, el Estado de Israel la ignoró y ninguna institución internacional o estatal quiso o pudo cambiar esta circunstancia. Dos años después, el 11 de noviembre de 2004, Arafat murió (Klein, 2019: 12–21). Desde entonces se planteó la teoría de que fue envenenado por agentes del Estado de Israel. Las autoridades israelíes impidieron que fuera enterrado en Al–Quds–Jerusalén Este y finalmente fue inhumado en la Mukata de Ramala. En 2007 se inauguró un mausoleo donde se halla su tumba.

Las autoridades israelíes tampoco cumplieron ni han cumplido con la opinión consultiva de la Corte Internacional de Justicia publicada el 9 de julio de 2004. Esta afirmó que debía desmantelarse la “barrera de seguridad” (en términos sionistas) o el “muro de la vergüenza” o el “muro de apartheid” (en términos palestinos) que el gobierno de Sharón empezó a construir en 2002 cerca de la Línea Verde que separaba el Estado de Israel del territorio ocupado de Cisjordania. Esta barrera, muro y valla se planificó con un diseño tortuoso para anexionar colonias, zonas fértiles de cultivos palestinos y áreas con recursos hídricos. Con varias modificaciones, se programaron unos 700 kilómetros de un muro que en algunas zonas superaba los 8 metros de altura con bloques verticales grises de hormigón y torres de

vigilancia armadas. A principios de 2005 ya se habían construido más de 200 kilómetros que dejaban a aproximadamente a 50.000 personas palestinas en el lado israelí, separaban familias y pueblos, rodeaban completamente casas en municipios como Belén y cerraban ciudades como Qalqilya. En poco de tiempo, este muro se convirtió en un símbolo de la injusticia ejercida contra el pueblo palestino y numerosas personas, artistas y no artistas, conocidas y desconocidas, palestinas y no palestinas, hombres y mujeres (Blázquez, 2016) han pintado sus bloques como forma de protesta. Quizá, el más conocido o que mayor repercusión ha tenido ha sido el artista urbano inglés Banksy (Parry, 2011).

Varias razones explican las diferentes dimensiones de la violencia física en la Intifada de Al-Aqsa respecto a la Primera. La “Intifada de las Piedras” se articuló a partir de comités populares y desbordó la estructura, el liderazgo y la planificación de las organizaciones de la OLP. En cambio, la Segunda Intifada estuvo impulsada por las fuerzas de esta – sobre todo como protesta ante el colapso y la frustración del “proceso de paz”– junto con los movimientos islamistas palestinos, algunos de los cuales ya habían realizado acciones armadas y atentados contra objetivos israelíes antes del año 2000. De hecho, desde finales del 2000 y a través de Tanzim, una facción armada creada en la década de 1980, incluso Fatah permitió la creación de otra organización armada: las Brigadas de los Mártires de Al-

Aqsa (Pappé, 2007: 379–388). Por otro lado, en uno de los mayores éxitos israelíes con los Acuerdos de Oslo, la nueva policía palestina de la ANP tuvo que reprimir concentraciones, manifestaciones y otras protestas no violentas palestinas durante la Segunda Intifada. Esto también contribuyó a que la efectividad y el eco mediático de las luchas no violentas palestinas fuesen menores y distintos. En el ámbito internacional, generaba menos solidaridad y rompía la dualidad del agente colonizador–ocupante contra el colonizado–ocupado si quien reprimía formaba parte de este último colectivo. Además, el coste de estas protestas no violentas para el Estado de Israel era menor tanto en imagen pública como en recursos.

Al final, la Segunda Intifada tuvo un precio muy alto para ambas partes en términos de destrucción y de vidas humanas, en especial para el pueblo palestino. Aunque algunos episodios esporádicos de violencia física grave continuaron, finalmente, el 8 febrero de 2005, el nuevo presidente tras las elecciones presidenciales palestinas del mes anterior, Mahmoud Abbás, y el primer ministro israelí desde marzo de 2001, Ariel Sharón, se reunieron en Sharm el–Sheij (Egipto). Un mes antes, Sharón había formado un nuevo gobierno de unidad nacional con ministros laboristas y de otros partidos. En Sharm el–Sheij, Abbás y Sharón prometieron acabar con los ataques de manera recíproca. Además, los negociadores palestinos consiguieron que el primer ministro israelí se

comprometiera a liberar a 900 presas y presos palestinos y a retirarse de las ciudades de Cisjordania reocupadas, es decir, volver aproximadamente a la situación previa a la Intifada de Al-Aqsa.

En verano de 2005, el Estado de Israel desmanteló sus 21 colonias en la Franja de Gaza en lo que se denominó la “desconexión israelí”. A pesar de que se realizó entre dificultades y disturbios por parte de los aproximadamente 8.000 colonos y colonas que vivían en la Franja, todas estas personas fueron reubicadas en otras zonas de la Palestina del 48 o de colonias de Cisjordania y recibieron unos 200.000 dólares por persona como compensación. Dentro del axioma sionista de exclusividad o mayoría judía, no tenía demasiado sentido que 8.000 colonas y colonos judíos israelíes viviesen rodeados de más de 1.200.000 palestinos y palestinos en un territorio sin recursos valiosos ni demasiado interés geoestratégico como la Franja de Gaza. Pero lo más importante era que con este episodio Sharón pretendía disminuir la presión internacional sobre el Estado de Israel y “congelar el proceso político” y de negociación, evitando también “el establecimiento de un Estado palestino”, tal y como afirmó uno de los asesores del primer ministro israelí (Finkelstein, 2014: 1). Igualmente, con este movimiento se podría evitar que en cualquier posible negociación futura se hablara de los temas más relevantes alegándose que con la desconexión de Gaza el Estado de Israel ya había cedido todo lo que podía ceder.

Asimismo, que no hubiera ninguna persona judía israelí podía facilitar convertir toda la Franja en un “ente hostil” fácilmente atacable, como efectivamente ocurriría a partir de los años posteriores. Aunque tras la desconexión Israel declaró que ya no era la potencia ocupante de la Franja, organizaciones internacionales y ONG como Human Rights Watch declararon que este territorio palestino seguía permaneciendo bajo su control. Esta vez, la ocupación era “perimetral”.

## **De las elecciones palestinas del 2006 al bloqueo y los bombardeos masivos israelíes sobre la Franja de Gaza**

La solución política a la cuestión de Palestina continuaba sin llegar y la endocolonización de asentamiento en Al-Quds–Jerusalén Este y Cisjordania no dejaba de avanzar. Era difícil ocultar que Fatah–ANP había sido incapaz de llegar a un acuerdo integral y justo para el pueblo palestino. Además, se habían experimentado casos de represión intrapalestina durante la Intifada de Al–Aqsa por parte de las nuevas fuerzas de seguridad de la ANP controladas por la organización. Igualmente, cada vez pesaban más las acusaciones de corrupción contra el partido que había liderado Arafat y obviamente el carisma y el prestigio de Abbás no eran comparables a los de su predecesor. Todos

estos factores, unidos a la aureola de honestidad, de incorruptibilidad, de resistencia hasta las últimas consecuencias y de no colaboración con el Estado de Israel, además de su contribución asistencial y social, y al hecho de que las fuerzas israelíes detuvieran antes de las elecciones palestinas a unas 450 personas de Hamás, condujeron a esta organización a ganar los comicios de 2006. Estas elecciones vinieron precedidas de las presidenciales de enero de 2005 que, como se ha indicado, ganó Abbás, y también de las municipales, que se celebraron en varias fases entre diciembre de 2004 y diciembre de 2005. Si bien Hamás no participó en las presidenciales, sí lo hizo en las municipales. De esta manera, se ha considerado que este momento supuso “un paso importante en la transformación del movimiento islamista en una organización política” (López Alonso, 2007: 204). En las elecciones locales, Fatah y Hamás se repartieron la victoria en diferentes fases y zonas. Sin embargo, destacó la impresionante victoria de la organización islamista en ciudades y campos de refugiadas y refugiados en la última fase electoral.

Las elecciones de 2006 elegían a un nuevo Consejo Legislativo Palestino, la institución de la ANP que al mismo tiempo elegía al primer ministro. Los comicios se habían retrasado por la Segunda Intifada y por los desacuerdos entre Fatah y Hamás en cuanto a la modificación del sistema electoral. Al final, la organización islamista, encabezada por Ismail Haniye, quedó en primera posición con el 44 por

ciento de los votos; Fatah, con Farouk Kaddoumi como cabeza de lista, en segundo lugar, con un 41 por ciento; y en tercer lugar el FPLP de Ahmad Sa'adat, con más de un 4 por ciento. También fueron unas elecciones históricas en el sentido de que, al presentarse a la elección del principal órgano legislativo de la ANP, por primera vez Hamás, que no formaba ni forma parte de la OLP, aceptaba la existencia de la ANP. Por tanto, implícitamente, esto significaba aceptar también el marco de la Resolución 242, los Acuerdos de Oslo y la existencia del Estado de Israel. La *realpolitik* de Hamás había llegado (Álvarez–Ossorio, 2008).

La victoria de Hamás en las elecciones de 2006 provocó una conmoción en el Estado de Israel y entre sus aliados del Atlántico Norte. A la habitual campaña mediática de descrédito contra numerosos agentes y realidades que tuvieran que ver con Palestina se sumaron ahora las sanciones contra la ANP y contra diputadas y diputados de Hamás. Estas fueron impuestas por Israel y por el “Cuarteto”, entidad supranacional formada en 2002 de la que formaban parte EE UU, la ONU, Rusia y la Unión Europea. Aunque el pueblo palestino había votado democráticamente, había votado “mal” (Warschawski, 2007: 100), por lo que tenía que ser castigado. Hasta cierto punto, el Estado de Israel y el Cuarteto aceptaban a Fatah, pero no a Hamás, considerada una organización terrorista y que siempre había planteado más resistencias y menos posibilidades de colaboración con Israel. De hecho, a modo

de ejemplo, posteriormente en los conocidos como *Palestine Papers* salió a la luz que el MI6<sup>9</sup> intentó desde 2004 que Fatah fuera la única fuerza que pudiera dirigir la ANP. De igual modo, fuentes estadounidenses declararon que el departamento de Estado, dirigido entonces por Condoleezza Rice, también intentó infructuosamente que Abbás ganara las elecciones de 2006 (Chomsky y Pappé, 2011: 162).

El caso es que las amenazas y presiones contra el partido de Abbás y contra el de Haniye se multiplicaron, así como el deseo de dividir y provocar un enfrentamiento entre las dos primeras fuerzas políticas palestinas. Y, en efecto, en este contexto se dieron los primeros choques políticos y en la calle entre miembros de ambas organizaciones. El 29 de marzo de 2006 se formó un nuevo gobierno de la ANP encabezado por Haniye, con ministros de Hamás y cuatro independientes. Mientras tanto, Israel y el Cuarteto continuaban presionando y establecían como primera condición *sine qua non* que Hamás reconociera explícitamente el derecho a existir del Estado de Israel, que rechazara la violencia y que aceptara claramente los “acuerdos” anteriores. A pesar de que Hamás no aceptó estas imposiciones, sus ministros en el gobierno renunciaron a su militancia en la organización islamista como gesto de buena voluntad. En marzo de 2007, en un intento de rebajar

---

<sup>9</sup> El MI6 es el servicio de inteligencia exterior británico, creado en 1909.

la tensión, se formó un nuevo gobierno de unidad nacional incluyendo a seis ministros de Fatah.

Aun así, los acontecimientos fueron complicándose y enturbiándose hasta que estalló una pequeña guerra civil entre Fatah y Hamás que acabó con centenares de personas muertas. Es lo que Israel y EE UU llevaban tiempo buscando (Chomsky y Pappé, 2011: 162). En este contexto, el gobierno de unidad nacional se disolvió y Hamás tomó el poder en la Franja de Gaza en junio de 2007 deponiendo a altas funcionarias y funcionarios de Fatah en la zona. Desde aquellos momentos y hasta la actualidad, con numerosos intentos de reconciliación –algunos de ellos con cierto éxito, como el gobierno de unidad nacional Fatah–Hamás entre 2014 y 2015–, la Franja de Gaza ha sido gobernada por Hamás. Por su parte, el gobierno de Cisjordania ha estado en manos de la ANP dominada por Fatah, por lo que puede considerarse que han existido dos gobiernos palestinos.

Sin embargo, a pesar de esta división, también cabe tener en cuenta que el 31 de octubre de 2011 la diplomacia palestina se apuntó un tanto. Palestina fue admitida como miembro de pleno derecho en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés). Un año después, el 29 de noviembre de 2012, se consiguió otro logro diplomático. La Asamblea General de la ONU aprobó su Resolución 67/19 (UNOA, 2012), que elevaba el estatus de Palestina a “Estado observador no miembro”, la misma condición que el Estado

de la Ciudad del Vaticano. El 3 de enero de 2013, Abbás firmó un decreto presidencial que de manera oficial cambiaba el nombre de la ANP a “Estado de Palestina”. En ese momento, 132 de los 193 estados miembros de las Naciones Unidas reconocían a este Estado. Sin embargo, a pesar de la denominación, realmente no se trataba de un Estado, sino de una transformación de la ANP. El 30 de julio de 2019 ya eran 138, es decir, un 71,5 por ciento de todos los estados miembros de la ONU.

Por otro lado, entre los años 2006 y 2007, el Estado de Israel impuso un bloqueo por tierra, mar y aire contra la Franja de Gaza y su población. También contribuyó al bloqueo Egipto por el paso meridional de Rafah, ya que varió y limitó los permisos de entrada y salida de bienes y personas, lo que generalmente comportaba numerosas dificultades a la población palestina de Gaza. Una de las primeras medidas que adoptó Abdelfatah Al-Sisi, que accedió al poder en Egipto apoyado por EE UU tras un golpe de Estado contra Mohamed Morsi en julio de 2013, fue cerrar el paso de Rafah. Desde el inicio del bloqueo, las autoridades israelíes impidieron e impiden la libre circulación de personas, pero también de ayuda humanitaria, de material médico y de productos como folios de papel o garbanzos (Finkelstein, 2018: 49). El argumento que numerosas veces han esgrimido las autoridades israelíes ha sido “cuestiones de seguridad”.

Con el bloqueo, el Estado de Israel también reforzó una valla en torno a la Franja que empezó a ser construida en 1994 y amplió la *buffer zone* (“zona de amortiguación”) sobre la línea de separación Gaza–Israel hasta 300 metros. Acercarse a ella podía y puede suponer la muerte. De hecho, fuerzas israelíes disparan con frecuencia contra agricultoras y agricultores palestinos que trabajan tierras cercanas. En este contexto se enmarcaron las protestas iniciadas el Día de la Tierra Palestina de 2018, repetidas cada viernes también durante 2019 y llamadas “Gran Marcha del Retorno”. Se basaban en el acercamiento no violento de miles de personas palestinas de la Franja hacia la *buffer zone* para reivindicar el derecho al retorno de las y los refugiados palestinos. Entre otros elementos, la respuesta israelí fue apostar francotiradores en una zona cercana, lo que supuso el asesinato de 324 personas palestinas (incluyendo 61 menores de edad) en el primer año y medio de protestas, entre el 30 de marzo de 2018 y el 30 de septiembre de 2019. En el caso del mar Mediterráneo, el Estado de Israel ha ido reduciendo la zona en la que permite a los barcos pesqueros palestinos faenar y moverse y los ha sometido sistemáticamente a ataques y disparos. Respecto al espacio aéreo, los vuelos de aviones F–16 y, cada vez más, de drones teledirigidos que producen un intenso zumbido empezaron a formar parte, y continúan haciéndolo, del día a día en la Franja de Gaza. Esta situación continúa en la actualidad. A principios de 2018, el secretario general de la ONU, António Guterres, aseguró que la Franja de Gaza sería “inhabitable”

en 2020 excepto si se tomaban las medidas necesarias para acabar con el bloqueo israelí (Europa Press, 2018).

Los diferentes intentos de retomar el denominado “proceso de paz” no han tenido éxito: ni la “hoja de ruta” del Cuarteto ni la Iniciativa de Ginebra de 2003, ni la propuesta franco-italo-española del 2006, ni la Conferencia de Annápolis del 2007, ni las conversaciones directas del 2010 ni de los años 2013–2014, ni el plan de Abbás del 2014, ni las propuestas de Donald Trump –que ya violó de manera flagrante el derecho internacional no solo trasladando la embajada de los EE UU de Tel Aviv a Al-Quds–Jerusalén entre diciembre del 2017 y mayo de 2018, sino también reconociendo la soberanía israelí sobre los Altos del Golán sirios en marzo de 2019–. A veces, algunas de estas propuestas o puntos de partida para la negociación ni siquiera contemplaban la aplicación de la Resolución 242 ni el desmantelamiento de todas las colonias de Al-Quds–Jerusalén Este y Cisjordania, sino simplemente “parar” el crecimiento de la colonización o incluso solo “desacelerarlo”. El retroceso histórico del pueblo palestino era y es indudable. Aquello que el poeta Mahmoud Darwish expresó como “la tierra estrecha para nosotros” puede sintetizarse en el siguiente proceso histórico: después de la Nakba, se ponía encima de la mesa la necesidad de la recuperación de la totalidad de la Palestina histórica. Tras la Naksa de 1967 empezó a imperar la idea pragmática de que solo sería posible recuperar el 22 por ciento de la Palestina

histórica que conformaban los territorios ocupados. Con los Acuerdos de Oslo de los años 1993 y 1995, los territorios ocupados pasaban a ser en distintos ámbitos “territorios en disputa”, gran parte de ellos también quedaban en manos israelíes y cada vez estaban más divididos, como bantustanes de la Sudáfrica del apartheid, *megaguetos* o *megaprisiones* (Pappé, 2017a). En el siglo XXI, y especialmente con la era Netanyahu a partir del 2009, en numerosas ocasiones no se han podido iniciar conversaciones israelo-palestinas no solo por la negativa del Estado de Israel a desmantelar colonias –una medida que prescribe el derecho internacional–, sino porque ni siquiera se ha aceptado valorar la posibilidad de parar o desacelerar su crecimiento.

El siglo XXI ha demostrado que bombardear a personas palestinas da votos en el Estado de Israel. Las elecciones de febrero de 2009 vinieron precedidas de bombardeos masivos del ejército israelí sobre la Franja de Gaza, en lo que el Estado de Israel denominó “Operación Plomo Fundido” y que tuvieron lugar entre el 27 de diciembre de 2008 y el 18 de enero de 2009. Con el pretexto del lanzamiento de cohetes por parte de Hamás u otras organizaciones palestinas presentes en la Franja, este ataque significó el asesinato de 1.417 personas palestinas. Por su parte, 9 personas israelíes murieron a manos palestinas, 6 de ellas militares. La justificación de los bombardeos y la dureza discursiva utilizada por Benjamín Netanyahu fueron

fundamentales en su victoria en las elecciones del 2009. De manera similar, las elecciones israelíes de enero del 2013, que también ganó Netanyahu, vinieron precedidas por nuevos bombardeos masivos contra la Franja de Gaza. Bajo el nombre israelí de “Operación Pilar Defensivo”, estos ataques durante noviembre de 2012 acabaron con la vida de 158 palestinas y palestinos (por el otro lado murieron 2 militares y 4 no militares israelíes). En el verano de 2014, meses antes de las elecciones del 2015 en las que Netanyahu también quedó en primera posición, el ejército israelí asesinó a más de 2.200 personas palestinas de la Franja de Gaza. Más de 550 de ellas eran niñas y niños. Se trató del mayor episodio de lo que el historiador israelí Ilan Pappé denominó el “genocidio progresivo” del Estado de Israel contra la población de la Franja de Gaza. Después de los bombardeos masivos de julio y agosto de 2014, UNICEF declaró que unos 400.000 menores de edad palestinos necesitaban ayuda psicológica urgente (Lera y Abu-Tawahina, 2019). Una ayuda que las autoridades israelíes han impedido que entrara para auxiliar unas niñas y unos niños que mayoritariamente tienen uno o varios traumas psicológicos sin atender, situaciones que pueden observarse en los documentales *Nacido en Gaza* (2014) y *Gaza* (2018), este último ganador del Premio Goya al mejor corto documental del año 2019.

## **Resistencias populares no violentas y BDS**

Uno de los elementos más importantes de Palestina después de la Segunda Intifada fue el inmenso crecimiento y diversificación de las resistencias populares no violentas. La lucha no violenta volvió, como en la mayor parte de la historia contemporánea palestina, al centro de la estrategia política de resistencia. Diego Checa (2017b) divide esta en conjuntos de luchas concentradas en cuatro elementos: el Muro de apartheid y las protestas en defensa del territorio; el bloqueo contra la Franja de Gaza; las presas y los presos políticos palestinos; y el Boicot, Desinversiones y Sanciones (BDS) por los derechos del pueblo palestino y contra el apartheid, la colonización y la ocupación militar israelí.

Como se ha explicado, en el contexto de la Segunda Intifada, el gobierno israelí de Ariel Sharón decidió construir una barrera física entre Cisjordania e Israel, que empezó a construirse en 2002. El Muro de apartheid se convirtió en una nueva amenaza directa y visible que provocó una ola de resistencias entre las personas a las cuales se les impedía el acceso a sus tierras, se los separaba de sus familias o se les privaba del agua y de otros recursos. En estos casos, la resistencia era una cuestión de necesidad, de supervivencia. Así que las y los habitantes de las ciudades y pueblos en los que avanzaba la construcción del muro se organizaron en movimientos de base que generalmente adquirieron la forma de comités populares coordinados que incluían a cualquier persona independientemente de su afiliación

política. Uno de los movimientos sociales palestinos que surgió de los comités populares contra el Muro de apartheid fue Stop the Wall (creado en 2002) (Abdallah y Parizot, 2015), que en la actualidad continúa sus actividades con numerosos vínculos en todo el mundo. Estos comités y movimientos recibieron el apoyo de grupos de activistas israelíes como Anarchists Against the Wall (Anarquistas contra el muro, formado en 2003) e internacionales. El trabajo de los comités contra el muro incluía la organización de acciones directas realizadas contra la desposesión de la tierra, tales como encadenamientos, manifestaciones, marchas y otros tipos de protesta no armada en el muro o sus proximidades. Además, se solían apoyar las acciones legales llevadas a cabo en los tribunales israelíes para modificar el trazado del muro, evitar la expropiación o liberar a las y los activistas detenidos. Entre estas últimas destacan las victorias, al menos parciales, de los comités populares de Bil'in y Budrous, que consiguieron modificar favorablemente el trazado del muro en los tribunales israelíes.

Desde 2005, Bil'in se convirtió en un símbolo de resistencia por sus manifestaciones semanales, que empezaban en el centro del pueblo y se dirigían hacia el muro. Esto se vio favorecido posteriormente por el documental *5 Broken Cameras*. Dirigido por el agricultor palestino de Bil'in Emad Burnat y por el israelí Guy Davidi, se estrenó en 2011 y fue nominado a mejor documental en los Óscar de 2013.

Además, por otro lado, Bil'in acogió incontables protestas no violentas con una gran creatividad (Shulman, 2010: 291). Ejemplos de estas son las marchas hacia el muro de palestinas y palestinos del pueblo disfrazados de Na'vi de la película de 2009 *Avatar* (mostrando el paralelismo entre el pueblo nativo palestino y el pueblo Na'vi, también invadido desde el exterior para la apropiación de sus recursos y con una gran conexión con la tierra) o los intentos de jugar al fútbol con soldados israelíes al otro lado del muro. En Bil'in, también, un conocido activista del pueblo, Bassem Abu Rahme, fue asesinado por el impacto de un proyectil israelí en una protesta no violenta. La respuesta palestina en esta muerte fue crear un memorial en el mismo lugar donde acabaron con su vida. El espacio de homenaje y memoria consistía y consiste en un pequeño jardín con proyectiles israelíes lanzados y recogidos por la población palestina, que posteriormente fueron vaciados, llenados de tierra y en los que se plantaron semillas. En este jardín memorial crecieron varias flores y plantas en memoria de Bassem. Ante a la muerte, el pueblo palestino siembra vida.

Por su parte, el bloqueo contra la Franja de Gaza generó un gran rechazo y una creciente solidaridad internacional. Todo ello fue canalizado por varios grupos y distintas campañas decididas a desafiar el bloqueo mediante la resistencia civil y la acción directa no violenta. Así, en 2006 se creó el movimiento Free Gaza (Berlin y Dienst, 2012). Se trataba de una coalición no gubernamental de activistas de

Palestina–Israel e internacionales que en repetidas ocasiones intentaron romper el bloqueo por tierra y mar. Además, intentaban contribuir con la distribución ayuda humanitaria y el despliegue de observadoras y observadores internacionales. El objetivo de este movimiento, además de la ruptura del bloqueo, ha sido el eco mediático y la ampliación del espacio político disponible para otros activistas de la sociedad civil que luchan por los derechos del pueblo palestino. Desde el año 2008, las acciones de estos convoyes y las respuestas israelíes aumentaron la presión de la comunidad internacional sobre el Estado de Israel al menos para que suavizara el bloqueo.

Y, de hecho, se consiguió un aligeramiento del bloqueo tras el asalto israelí en aguas internacionales al barco *Mavi Marmara*, parte de la Flotilla de la Libertad de 2010. Esta transportaba unas 10.000 toneladas de ayuda humanitaria y contaba con la participación de 633 personas de 37 estados diferentes (incluyendo un superviviente del genocidio nazi durante la Segunda Guerra Mundial, la parlamentaria palestina con ciudadanía israelí Haneen Zoabi, el escritor sueco Henning Mankell o la Premio Nobel Mairead Corrigan Maguire). Con un gran impacto mediático, este ataque del ejército israelí provocó la muerte de 10 activistas de Turquía (Bayoumi, 2010), además del secuestro durante días y la confiscación de bienes de las personas que iban en el barco. Este fue el caso del periodista valenciano David Segarra (que realizó sobre este tema el documental *Fuego sobre el*

*Mármara* en 2011), de la comunicadora y realizadora audiovisual catalana Laura Arauy del activista Manuel Tapial. Después de la Flotilla de la Libertad de 2010, ha habido otros intentos de romper el bloqueo a través de flotillas y barcos coordinados en el marco del Estado español por Rumbo en Gaza: la segunda Flotilla de la Libertad en 2011 (Gernika), *Estelle* en 2012, el *Arca de Gaza* en 2014, Gaza Puerto Abierto en 2015 (tercera Flotilla), la Flotilla de Mujeres *Al Zaitouna* en 2016 y los barcos *Al Awda* y *Freedom* en 2018.

La tercera gran forma de resistencia palestina que hay que mencionar, y que siempre ha sido una lucha fundamental del pueblo palestino, es la referida a las presas y a los presos políticos. Se calcula que más de 800.000 personas palestinas fueron encarceladas por el Estado de Israel en el medio siglo posterior a 1967. Esta cifra comporta que aproximadamente el 20 por ciento del total de la población palestina de los territorios ocupados, y cerca de un 40 por ciento de los hombres que han vivido allá, han pasado alguna vez por las prisiones israelíes. Durante los últimos años, la media de personas palestinas que se encuentran simultáneamente en prisiones israelíes es de unas 6.000. Un 5–10 por ciento aproximadamente de estas se halla en régimen de detención administrativa (incluyendo, en 2019, a 5 integrantes del Consejo Legislativo Palestino). De igual forma, un 10 por ciento están condenados a cadena perpetua y un 5–10 por ciento son menores de edad. Cada día, tropas israelíes

detienen a entre uno y dos niñas y niños palestinos unas horas, días, semanas o meses, muchas veces llevándoselos por la noche o madrugada. El 28 de marzo de 2018, por ejemplo, fuerzas del Estado de Israel detuvieron a un niño palestino de tres años en Al-Khalil-Hebrón, como mostró el diario israelí *Haaretz* (Berger y Khoury, 2018). Varios años antes, se hizo viral el video de un niño palestino de cinco años detenido por fuerzas israelíes acusado de “lanzar piedras”.

En las cárceles israelíes, los prisioneros y las prisioneras palestinas con frecuencia sufren la reclusión en condiciones de aislamiento y sin la posibilidad de recibir visitas de familiares desde la Franja de Gaza. Existen informes que describen el uso de la tortura y la negación de tratamiento médico adecuado, con una situación de impunidad en torno a estas violaciones de los derechos humanos denunciada por numerosas ONG e instituciones internacionales (Amnistía Internacional, 2019). Addameer, Palestinian Prisoners Society y Samidoun son algunas de las organizaciones dedicadas a las presas y los presos políticos palestinos. Las huelgas de hambre masivas (con la participación de decenas o centenares de prisioneras y prisioneros) se realizan de manera sistemática y a veces sobrepasan los cien días de ayuno. A modo de ejemplo reciente, en octubre de 2019, el prisionero palestino Ahmed Ghannam consiguió acabar con su detención administrativa después de una huelga de hambre de 102 días. Otras luchas y huelgas dentro y fuera

de las prisiones han conseguido pequeños triunfos que han contribuido a la mejora de las condiciones de vida dentro de los presidios: poder vestir ropas civiles, tener acceso a las noticias, conseguir derechos de visita o mejorar el acceso a los servicios sanitarios.

Por su parte, un nuevo icono de la resistencia palestina es Ahed Tamimi. Natural de Nabi Saleh –un municipio de Cisjordania de unas 600 personas que, junto con Kafr Qaddum, ha acogido numerosas protestas semanales durante la década de 2010–, Ahed pertenece a una familia de activistas. Su tía es Manal Tamimi, una destacada luchadora palestina miembro del Comité de Coordinación de la Lucha Popular (PSCC, por sus siglas en inglés) que ha sido detenida al menos cuatro veces y ha sido herida en varias ocasiones por el ejército israelí. La madre de Ahed, Nariman y su padre, Bassem también son activistas. A pesar de que Ahed ya llevaba desde muy joven participando en protestas en Nabi Saleh y sus videos habían circulado por internet, se hizo mundialmente conocida en diciembre de 2017. En aquel momento tenía 16 años. Después de haber perdido a varios familiares a manos de las fuerzas israelíes y acto seguido de haber visto a su primo de 15 años recibir un disparo que le deformó el cráneo acabando casi con su vida, Ahed abofeteó a un soldado israelí que se encontraba cerca de su casa (Tamimi, 2018). Tras ello fue detenida y condenada por un tribunal militar israelí a ocho meses de prisión. Un elemento irrefutable que evidencia el apartheid

israelí es que las personas no judías de los territorios ocupados siempre son juzgadas por tribunales militares, aunque no tengan ninguna acusación relacionada con el ámbito militar. Por su parte, las personas judías que viven en los territorios ocupados, es decir, en las colonias, solo son juzgadas por tribunales militares si su acusación pertenece a la jurisdicción militar. En otras palabras, una autoridad que controla un mismo territorio aplica diferentes leyes según la población sea judía o no judía. Por su lado, cabe decir que Ahed Tamimi y parte de su familia visitaron el País Valenciano en 2016. También lo volvieron a hacer, junto a otros territorios del Estado español, después de su liberación en 2018, gracias al trabajo de organizaciones como BDS Catalunya, BDS Madrid, BDS País Valencià, la Plataforma Solidaria con Palestina de Valladolid o Unadikum.

Precisamente, la cuarta, última y más global de las formas de resistencia palestina es la campaña BDS. El boicot es una forma de lucha fundamental en la época contemporánea. En numerosos episodios históricos, esta herramienta política no violenta ha sido utilizada por diferentes personas y pueblos para acabar con el colonialismo, el racismo y con diferentes regímenes dictatoriales o de opresión. Entre las primeras campañas de boicot se encuentra la que organizó el National Negro Convention Movement en la década de 1830 contra los productos derivados de la esclavitud en los EE UU. Posteriormente, pueden destacarse el boicot a los

productos británicos del movimiento anticolonial de la India a partir de la década de 1910, el antinazi en 1933, el boicot a los autobuses de Montgomery después de la acción de Rosa Parks en 1955 (Robinson, 1987) o el que se hizo a los vinos chilenos durante la dictadura de Augusto Pinochet. Por supuesto, la iniciativa de boicot, desinversiones y sanciones contra la Sudáfrica del apartheid también fue uno de los capítulos históricos más importantes de esta estrategia de lucha, sobre todo porque contribuyó exitosamente a la caída del régimen racista sudafricano.

Con el ejemplo especialmente de esta última campaña global de boicot a la Sudáfrica del apartheid, entre 2004 y 2005 se formó la mayor coalición de la sociedad civil palestina, que lanzó la iniciativa de Boicot, Desinversiones y Sanciones (BDS) por los derechos del pueblo palestino y contra el apartheid, la colonización y la ocupación militar israelí (Barghouti, 2011). Más de 170 asociaciones, comités, organizaciones, partidos y sindicatos palestinos lo firmaron y en la actualidad el movimiento global BDS continúa estando coordinado desde Palestina por el Comité Nacional de Boicot (BNC, por sus siglas en inglés). Este nuevo movimiento no solo se inspiraba en Sudáfrica, sino también en la propia historia de resistencia popular palestina contra el colonialismo de asentamiento sionista. Como se ha mencionado en capítulos anteriores, en su diversa y larga trayectoria de luchas anticoloniales desde la década de

1880, el pueblo palestino puso en marcha numerosos episodios de boicot.

¿Por qué llegó el BDS a mediados de la primera década del siglo XXI? Los motivos son varios; entre ellos, el fin de la Segunda Intifada y la necesidad de una nueva o renovada estrategia de lucha global no violenta. También porque en las denominadas “negociaciones” o “proceso de paz” entre el liderazgo político israelí y el palestino dominaban los resultados negativos para el pueblo palestino. De hecho, numerosos movimientos sociales y organizaciones palestinas llevaban tiempo dándose cuenta que el proceso de negociaciones solo era una cortina de humo que utilizaba el gobierno israelí para continuar y profundizar el proyecto colonial sionista, que a su vez proporcionaba enormes beneficios a empresas transnacionales que se lucraban de la violación de los derechos del pueblo palestino. Precisamente, se detectó que estas colaboraciones y complicidades internacionales con el Estado de Israel eran clave para que las instituciones israelíes continuasen sus acciones sistemáticas contra la población palestina (Abunimah, 2014: 14–15). Entre algunos datos que pueden ofrecerse, hay que destacar que el Consejo de Derechos Humanos de la ONU, creado el año 2006, ha condenado de manera oficial a Israel en más ocasiones que a cualquier otro Estado del mundo. Asimismo, las fuerzas israelíes y sus colonos han asesinado a más de 2.000 niñas y niños palestinos entre los años 2000 y 2018 (Abu Samra, 2018).

Por todo esto, se consideró fundamental hacer un llamamiento a la comunidad internacional para poner fin a la compleja red israelí de alianzas, colaboraciones y complicidades académicas, culturales, económicas, militares, institucionales y políticas. El BDS por los derechos del pueblo palestino, o BDS a Israel, había nacido. El objetivo era y es el cumplimiento de tres puntos mínimos establecidos por el derecho internacional. Estos son, en primer lugar, el fin de la colonización y de la ocupación militar iniciada en 1967 (Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU), además de acabar con el Muro de apartheid (en línea con la opinión consultiva de la Corte Internacional de Justicia del 9 de julio de 2004); en segundo lugar, el fin del apartheid, un crimen de lesa humanidad según el Estatuto de Roma del Tribunal Penal Internacional; y, en tercer lugar, el cumplimiento del derecho al retorno de la población palestina refugiada, reconocido por la Asamblea General de la ONU el 11 de diciembre de 1948 en su Resolución 194. Cada uno de estos tres derechos se centran, respectivamente, en los tres grandes colectivos palestinos divididos después de la Nakba y de 1967 (el de los territorios ocupados; el de la ciudadanía palestina “del 48”, es decir, con ciudadanía israelí; y, finalmente, el de las personas refugiadas de dentro y fuera de la Palestina histórica) y son aceptados por todas las organizaciones palestinas.

Desde entonces, se han creado innumerables grupos de BDS en todo el mundo; se han organizado incontables campañas de BDS académico, cultural, económico, institucional, militar y político; diferentes grupos de personas judías se han sumado al BDS; se han conseguido éxitos importantes; y múltiples figuras públicas han mostrado su apoyo al movimiento. Entre estas últimas, artistas, cantantes y músicos como Roger Waters (antiguo líder de Pink Floyd), Lauryn Hill, Elvis Costello, Ken Loach o Zakir Hussain; el arzobispo sudafricano premio Nobel de la Paz Desmond Tutu; el participante en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y superviviente del campo nazi de Buchenwald, Stéphane Hessel; Stephen Hawking, el científico más conocido del mundo, que en 2013 que canceló su presencia en una conferencia académica israelí “para respetar la llamada palestina al boicot”; la profesora y activista Angela Davis, la periodista Naomi Klein la escritora Alice Walker (Gómez, 2014: 173–268). No puede olvidarse que, en verano de 2014, centenares de víctimas judías del genocidio perpetrado por el Tercer Reich precisamente relacionaron la palabra “genocidio” con los bombardeos masivos israelíes en la Franja de Gaza y pidieron el “boicot completo” al Estado de Israel (Haaretz, 2014). Curiosamente, organizaciones judías como Jewish Voice for Peace (Voz Judía por la Paz) fueron incluidas en una lista que publicó el Estado de Israel en 2018. A las y los miembros de estas organizaciones se les impedía la entrada a Israel–Palestina. En esta lista también figuraba

la American Friends Service Committee, grupo cristiano cuáquero que recibió el premio Nobel de la Paz en 1947 por su trabajo rescatando a víctimas del nazismo.

El movimiento BDS continúa creciendo como una forma decolonial de *resistencia rizomática* de sociedad civil a sociedad civil. Numerosos movimientos sociales antifascistas, antirracistas, feministas, LGTBIQ+, de pueblos nativos, por la defensa del territorio, por los servicios públicos y por los Derechos Humanos se han sumado o apoyan a la campaña. Además, su impacto también ha llegado a la cultura de masas: solo en 2018, la cantante colombiana Shakira canceló una actuación en Israel (Effarah, 2019) y la selección argentina de fútbol anuló también un partido amistoso contra la selección israelí, en gran parte gracias al trabajo de BDS Catalunya y a la coalición Prou Complicitat amb Israel. En 2019, la campaña global de BDS contra el lavado de cara y contra el intento de ocultar sus crímenes a través del *artwashing* y el *pinkwashing* que supuso la celebración de Eurovisión en Tel Aviv consiguió grandes cotas de popularidad y de concienciación social.

Según un informe de la ONU, el BDS fue un factor clave en la caída de un 46 por ciento de las inversiones directas en Israel en 2014 respecto al año anterior. Se ha calculado que el régimen israelí perdió más de 31.000 millones de dólares en 2015 como consecuencia de las campañas de BDS. Igualmente, grandes trasnacionales de diversos países como CHR, Orange o Veolia (Barghouti, 2011: 156–165) han

abandonado el mercado israelí después de que el BDS demostrara la complicidad de estas empresas con violaciones israelíes de los derechos humanos o el derecho internacional. En el caso de la compañía francesa de infraestructuras Veolia, el fin de su contrato le supuso una pérdida aproximada de 20.000 millones de dólares.

Por otro lado, casi 100 administraciones públicas del Estado español se han adherido al BDS desde el año 2014, declarándose Espacios Libres de Apartheid Israelí (ELAI) y llegando a ser un referente mundial de BDS institucional. En 2018, después de años de trabajo de BDS País Valencià y con la defensa de València en Comú y el apoyo de Compromís y el PSPV–PSOE, la ciudad de València se convirtió en el municipio adherido al BDS más grande del mundo, puesto que supera en habitantes a Dublín, que ocupó el segundo lugar. Igualmente, en el mismo año las Cortes Valencianas se convirtieron en el mayor parlamento no estatal que se sumó al BDS, mientras que en enero de 2019 el parlamento estatal irlandés votó un proyecto de ley para prohibir la importación de productos de las colonias de Cisjordania. Mientras las autoridades israelíes empezaron a declarar en varias ocasiones durante la década de 2010 que el BDS es la “mayor amenaza estratégica” para el Estado de Israel y han puesto en marcha diversos mecanismos de espionaje, guerra legal, presión a elites políticas y propaganda (Basallote, 2019), las campañas, grupos e iniciativas de BDS crecen y se expanden en todo el mundo.

En definitiva, el BDS es lo que ha reclamado el pueblo colonizado y ocupado palestino y supone su máxima esperanza internacional. Y es que, uniéndose a otros movimientos históricos de boicot, de igualdad, justicia y libertad, en el fondo el BDS solo solicita que el pueblo palestino tenga derecho a tener derechos.

## **Apuntes sobre la situación política en 2020 y el denominado ‘Acuerdo del Siglo’**

A la altura de 2020, Israel afronta sus terceras elecciones en menos de un año. En abril y en septiembre de 2019, el empate entre las dos principales fuerzas políticas, el partido derechista Likud, de Benjamín Netanyahu, y la alianza centrista Kahol Lavan (“Azul y Blanco”), de Benny Gantz, impidieron la formación de un gobierno en ambas ocasiones. Gantz fue jefe del Estado Mayor del ejército israelí entre 2011 y 2015, y, por tanto, es el máximo responsable militar de los bombardeos masivos contra la Franja de Gaza de 2012 y 2014. El caso es que, después de tres mandatos seguidos como primer ministro, las acusaciones de corrupción contra Netanyahu marcaron las campañas electorales de 2019 y 2020. Si bien desde 2016 el líder del Likud venía siendo investigado, en noviembre de 2019 la fiscalía general israelí le acusó de abuso de

confianza, cohecho y fraude. Netanyahu rehusó dimitir e inició una campaña para denunciar lo que denominó como “un intento de golpe de Estado” (Sanz, 2019).

Además de la siempre presente y de primera línea cuestión palestina, en la que al menos en teoría Gantz podría tener una posición menos dura que Netanyahu, otros asuntos internos que marcaron las campañas fueron de carácter económico y social. En primer lugar, el alto coste de la vida y en especial de la vivienda, que ya fue un elemento crucial en las protestas judías israelíes de 2011, en la que se crearon acampadas mayoritariamente de jóvenes en unas 20 ciudades (Livio y Katriel, 2014). En segundo lugar, la importancia de las distintas versiones del judaísmo y la relación gubernamental con partidos religiosos, en especial con los dos principales: Shas –formación ultraortodoxa (*haredí*) creada en 1984, representante de los intereses sefardíes y mizrajíes, y que obtuvo entre la tercera y la cuarta posición en las elecciones de 2019– y United Torah Judaism –alianza de grupos ultraortodoxos asquenazíes formada en 1992, cuarta y sexta fuerza en el Knesset en 2019–.

Por su parte, también es relevante mencionar al partido derechista no religioso y vinculado a la población judía de origen ruso–soviético Yisrael Beiteinu. A pesar de quedar, respectivamente, en séptimo y en quinto lugar en las elecciones de abril y septiembre de 2019, sus escaños fueron claves a la hora de no formar gobierno. Es necesario conocer

a su líder, Avigdor Lieberman (Abunimah, 2014: 36–38), que fue seis veces ministro de manera interrumpida entre 2001 y 2018. Juzgado por corrupción y autor confeso de una agresión contra un menor, Lieberman declaró en distintos momentos que había que “ahogar a los prisioneros palestinos en el Mar Muerto” o que las personas palestinas israelíes “desleales” merecían la “decapitación a hachazos”. Además, Lieberman insinuó su apoyo al lanzamiento de una bomba atómica israelí sobre Gaza. El caso es que, como muestra de la tensión y discusión política en torno a la cuestión religiosa en Israel, Yisrael Beiteinu se resistió a apoyar a Netanyahu en 2019 por su alianza con partidos religiosos, a pesar de que en otras ocasiones anteriores había respaldado al líder del Likud. Por el otro lado, Lieberman también se negó a dar su apoyo a Gantz por su posible entendimiento con los partidos o la coalición (Lista Unida) de la minoría palestina con ciudadanía israelí. La Lista Unida quedó en tercera posición con algo más de un 10 por ciento de los votos tanto en las elecciones israelíes de 2015 como en las de septiembre de 2019. En abril de 2019 no se presentó, ya que las organizaciones que forman la coalición (Balad –izquierda antisionista–, Hadash –izquierda no sionista judía y no judía–, la Lista Árabe Unida –apoyada en gran medida por las comunidades beduinas y con mayor identidad islámica– y Ta’al –antisionismo ecléctico–) concurren por separado o coaligadas entre algunas de ellas.

La repetición electoral y los cargos por corrupción contra Netanyahu han estado vinculados a la publicación del denominado “Acuerdo del Siglo” en enero de 2020, a pesar de que la presentación de este se había pospuesto en varias ocasiones. Es decir, la ostentosa ceremonia por la que se ha hecho público este proyecto político– económico sobre Palestina–Israel ha pretendido ser utilizada por el líder del Likud como una cortina de humo sobre sus problemas con la justicia. Al tiempo, Netanyahu ha buscado exhibir la sintonía y el gran apoyo que recibe del presidente estadounidense Donald Trump. De manera similar, Trump también ha intentado a través de este asunto desviar la atención de su proceso de destitución (*impeachment*), que se saldó con la absolución del Senado a principios de febrero de 2020. No puede olvidarse que tanto Netanyahu como Trump afrontan elecciones en 2020.

El Acuerdo del Siglo, tildado de forma crítica como “Apartheid del Siglo”, “Fraude del Siglo” o “Robo del Siglo” (Pérez, 2020), ha sido un capítulo más o un intento más en el proyecto activo de colonialismo de asentamiento sionista que pretende anexionarse el máximo de territorio posible con el mínimo de población palestina. Se trata de un plan del tándem Israel–EE UU, pero sobre todo de las autoridades israelíes y de Netanyahu, de legalizar los hechos consumados ilegales que viene practicando el Estado de Israel sobre territorio palestino desde hace décadas. Como plan colonial–neocolonial, desprecia e impide la

participación del pueblo nativo palestino, intenta establecer qué es lo que este supuestamente “quiere” o “merece” y niega la condición de sujeto y sus voces. Con el Acuerdo del Siglo, Netanyahu y Trump pretenden dar una imagen positiva al mundo, basada en la clásica idea de que son ellos quienes actúan, realizan propuestas y ofrecen soluciones, pero en el fondo es un intento de validar y sofisticar tanto el apartheid israelí como la endocolonización de asentamiento.

El Acuerdo del Siglo viola de manera flagrante el derecho internacional intentando que el Estado de Israel se anexe las colonias y territorio ilegalmente ocupado como Al-Quds-Jerusalén Este y el Valle del Jordán, despojando de recursos hídricos al pueblo palestino, manteniendo la barrera de seguridad o Muro de apartheid, desplazando la capital palestina a algún barrio o municipio fuera propiamente de Al-Quds-Jerusalén Este, prosiguiendo con el bloqueo sobre la Franja de Gaza y un largo etcétera. De hecho, sobre las resoluciones de la ONU, este proyecto afirma que “a veces son inconsistentes” y que “no resolverán el conflicto”. Su aplicación supondría un avance en la *bantustanización* o *guetización* del territorio, es decir, en la *megaprisión* palestina. Aumentaría todavía más el aislamiento y la desconexión entre las ciudades, los pueblos y las zonas palestinas, unas “islas” (Domínguez, 2020) ya enormemente fragmentadas por las áreas A, B y C, las autopistas por las que no pueden circular las personas

palestinas bajo ocupación militar, las colonias, el Muro, las reservas naturales israelíes o las zonas militares cerradas. Los mapas comparando el mapa de este plan con la Sudáfrica del apartheid y sus bantustanes proliferaron en redes sociales tras su presentación.

Además, este plan obliga a Palestina a pedir permiso previo a Israel cuando intente unirse a cualquier organismo internacional. Asimismo, impide que Israel pueda ser juzgado en la Corte Penal Internacional. Se trata de un tribunal al que el Estado de Palestina ha solicitado que abra una investigación por presuntos crímenes en su territorio. Esto ha sido posible porque en 2015 Palestina pasó a formar parte del Estatuto de Roma, el texto constitutivo de la Corte Penal Internacional (Adem, 2019). Así, en diciembre de 2019, la fiscal jefa de este tribunal, Fatou Bensouda, reclamó abrir una investigación en Palestina por supuestos crímenes de guerra. El Estado de Israel tildó de “sesgada e indignante” esta noticia y rechazó cualquier intervención, al tiempo que Netanyahu consideró que la Corte Penal Internacional carecía de jurisdicción en Palestina, ya que “nunca hubo un Estado palestino”.

Por último, de manera similar a Oslo I y II, el Acuerdo del Siglo pretende insuflar una gran cantidad de dinero para seguir transformando en algo económico, humanitario y de seguridad una cuestión política que debería resolverse con la aplicación del derecho internacional y los derechos humanos. De hecho, de las 181 páginas que contiene el texto

oficial del proyecto que se ha hecho público, solo 57 abordan la propuesta político–jurídica y el plan sobre el terreno. Las 124 páginas restantes se refieren especialmente a aspectos administrativos, económicos y técnicos. Aunque en numerosos sentidos el Acuerdo del Siglo es más de lo mismo, en otros ningún presidente estadounidense se había atrevido a presentar un plan tan favorable al proyecto histórico de colonización de asentamiento sionista como ha hecho Trump.

Por su parte, el presidente Abbás, que en marzo de 2020 cumple 85 años, cada vez cuenta con menos apoyos y su popularidad es baja, algo que también ocurre con la ANP o la estructura político–institucional del Estado de Palestina. De manera similar, la solución de los dos estados cada vez parece más inviable y aumentan las voces que abogan por un único Estado democrático en Palestina–Israel con igualdad para todas y todos sus habitantes (Schwarze, 2015). A pesar de que la presentación del Acuerdo del Siglo ha provocado cierta unidad en el pueblo palestino, las relaciones entre Fatah y Hamás siguen siendo difíciles en numerosos aspectos. Diversas petromonarquías y Arabia Saudí han estrechado lazos con el Estado de Israel. Entre otros factores, esto se debe a que les une un gran enemigo: Irán. En enero de 2020, la tensión aumentó en el sudoeste asiático por el asesinato por parte de EE UU del general iraní Qasem Soleimani, de enorme popularidad y prestigio en la región, y el comandante iraquí Abu Mahdi al–Muhandis,

entre otros. Esto provocó que el Consejo de Representantes de Irak aprobara la expulsión de las fuerzas extranjeras y el cierre del espacio aéreo a las actividades militares estadounidenses en el país casi 17 años después de la invasión y ocupación de la coalición liderada por EE UU. Además, la Guardia Revolucionaria Islámica de Irán respondió con el lanzamiento de misiles balísticos contra dos bases militares utilizadas por fuerzas estadounidenses e iraquíes. En el fondo, el equilibrio o desequilibrio de poderes se mueve en la región. Crece la importancia de China y de Rusia, que consiguieron mantener en el poder en Siria a Bashar al-Assad, aliado de Hezbolá e Irán, tras la guerra iniciada en 2011. Con todo, en un mundo que deja de ser unipolar, Palestina-Israel sigue estando en el centro de la agenda diplomática, mediática y política internacional. Al mismo tiempo, resuenan palabras como las del poeta palestino Mahmoud Darwish: “Bajo sitio, la vida se torna tiempo. Memoria del principio, olvido del final”.

## FUENTES

### Archivos internacionales

ADF–AAE (Archivos Diplomáticos de Francia–Archivos de Asuntos Exteriores):

373QONT/379/L.73.1, enero de 1947 (1947)

373QONT/407, 12 de abril de 1950 (1950)

UKNA (Archivos Nacionales Británicos, por sus siglas en inglés):

CO (Colonial Office) 537/2294 (CO)

FO (Foreign Office) 371/68500, E 817/1/31, E 609 y 371/68501 (FOa)

FO 371/68501, E 3813, 10/04/1948 y 17/04/1948; y 371/68504, E 4827, 20/04/1948 (FOb)

FO 371/82512 (FOc)

FO, 371/75338 (FOd)

WO (War Office) 261/574 (WO)

UNOA (Archivos de la Organización de las Naciones Unidas, en sus siglas en inglés):

Cmd. 3686, 01/10/1930 (1930)

A/C.1/PV.48, 07/05/1947 (1947a)

A/307, 13/05/1947 (1947b)

A/364, 03/09/1947 (1947c)

A/AC.21/10, 16/02/1948 (1948)

A/2171, 30/06/1952 (1952)

A/PV.2282 and Corr.1, 13/11/1974 (1974)

A/51/889, 05/05/1997 (1997) [1995]

A/RES/67/19, 29/11/2012 (2012)

**Prensa y agencias actuales e históricas**

*Arainfo*, 3 de febrero de 2020.

*El País*, 10 de abril de 2002.

– 24 de noviembre de 2019.

*El Periódico*, 29 de enero de 2020.

*Europa Press*, 6 de febrero de 2018.

*Filastin*, 2 de noviembre de 1929.

*Haaretz*, 9 de abril de 2002.

– 23 de agosto de 2014.

– 28 de marzo de 2018.

*Palestine Post*, 20 de julio, 30 de julio y de septiembre de 1947.

*The New York Times*, 3 de marzo de 1994.

*Yediot Aharonot*, 28 de febrero de 1977.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABDALLAH, S. L. y PARIZOT, C. (eds.) (2015): *Israelis and Palestinians in the Shadows of the Wall: Spaces of Separation and Occupation*, Routledge, Abingdon–Nueva York.
- ABU SAMRA, Q. (2018): “52 Palestinian children killed by Israel this year: NGO”, *Anadolu Agency*, 19 de noviembre. Disponible en [www.aa.com.tr/en/middle-east/52-palestinian-children-killed-by-israel-this-year-ngo/1315798](http://www.aa.com.tr/en/middle-east/52-palestinian-children-killed-by-israel-this-year-ngo/1315798)
- ABU-TARBUSH, J. (1996): *La cuestión Palestina: identidad nacional y acción colectiva*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- ABUNIMAH, A. (2014): *The Battle for Justice in Palestine*, Haymarket, Chicago.
- ABRAHAMIAN, E. (2008): *A History of Modern Iran*, Cambridge University Press, Cambridge.
- ACHCAR, G. (2010): *Les Arabes et l’Holocauste*, Actes Sud, Arlés.

- ADEM, S. H. (2019): *Palestine and the International Criminal Court*, Asser Press–Springer, Alexandria.
- AL DEEN, N. S. (2019): “The Performance of the PA Presidency, 1994–2013”, en M. Mohammad Saleh (ed.), *The Palestinian National Authority: Studies of the Experience and Performance, 1994–2013*, Al–Zaytouna Centre, Beirut, pp. 85–122.
- ALMOG, O. (2003): *Britain, Israel and the United States, 1955–1958: Beyond Suez*, Frank Cass Publishers, Londres.
- ÁLVAREZ–OSSORIO, I. (1999): *El proceso de paz de Oriente Medio. Historia de un desencuentro*, Agencia Española de Cooperación Internacional (AECID), Madrid.
- (2008): “La Hoja de Ruta de Hamás: del irredentismo a la *realpolitik*”, *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 12, 270, revista electrónica.
- ÁLVAREZ–OSSORIO, I. e IZQUIERDO, F. (2007): *¿Por qué ha fracasado la paz? Claves para entender el conflicto palestino–israelí*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- AMNISTÍA INTERNACIONAL (2019): “Israel/OPT: Legally–sanctioned torture of Palestinian detainee left him in critical condition”, 30 de septiembre de 2019–30 de octubre de 2019. Disponible en [www.amnesty.org/en/latest/news/2019/09/israel-opt-legally-sanctioned-torture-of-palestinian-detainee-left-him-in-critical-condition](http://www.amnesty.org/en/latest/news/2019/09/israel-opt-legally-sanctioned-torture-of-palestinian-detainee-left-him-in-critical-condition)

- ARANGUREN, T. (2004): *Palestina: El hilo de la memoria*, Caballo de Troya–Random House Mondadori, libro electrónico (también en papel en la editorial DeBolsillo [2005] y Barataria [2012]).
- AZARYAHU, M. (2006): *Tel Aviv: Mythography of a City*, Syracuse University Press, Siracusa.
- BAR ON, M. (1996): *In Pursuit of Peace: a history of the Israeli peace movement*, US Institute of Peace, Washington D. C.
- BARGHOUTI, O. (2011): *Boycott, Divestment, and Sanctions: The Global Struggle for Palestinian Rights*, Haymarket Books, Chicago.
- BARREÑADA, I. (2004): *Identidad nacional y ciudadanía en el conflicto israelopalestino. Los palestinos con ciudadanía israelí, parte del conflicto y excluidos del proceso de paz*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- BASALLOTE, A. (2017): “Del sionismo o las raíces ideológicas de la Nakba y del apartheid actual”, en A. Basallote Marín, D. Checa Hidalgo, L. López Arias y J. Ramos Tolosa, *Existir es resistir. Pasado y presente de Palestina–Israel*, Editorial Comares, Granada, pp. 67–98.
- (2019): “La Hasbara. Israel y su propaganda interna e internacional. El caso de España”, en J. Ramos Tolosa y D. Checa Hidalgo (coords.), *Comprender Palestina–Israel: estudios pluridisciplinares y decoloniales*, Editorial Universidad de Granada, Granada, pp. 175–198.

- BAYOUMI, M. (ed.) (2010): *Midnight on the Mavi Marmara: The Attack on the Gaza Freedom Flotilla and how it changed the course of the Israel/Palestine conflict*, Haymarket, Chicago.
- BEGUÍN, M. (2008 [1951]): *La rebelión. La lucha clandestina por la independencia de Israel*, Inédita Editores, Barcelona.
- BEN YEHUDA, N. (1985): *Entre los nudos* (en hebreo), Domino, Al-Quds–Jerusalén.
- BERGER, Y. y KHOURY, J. (2018): “Israeli Border Police Briefly Detain Three-year-old Palestinian in Hebron for Allegedly Throwing Stones”, *Haaretz*, 28 de marzo de 2018.
- BERLIN, G. y DIENST, W. (eds.) (2012): *Freedom sailors: The maiden voyage of the Free Gaza movement and how we succeeded in spite of ourselves*, Free Gaza Press (libro electrónico).
- BIDASECA, K. (2017): “Palestina y sus mujeres bajo ocupación: los muros del apartheid y el ancho mar de las estrellas”, *Al Zeytun. Revista Iberoamericana de Investigación, análisis y cultura palestina* (revista electrónica), 2.
- BLÁZQUEZ, O. (2016): “Mujeres escribiendo resistencias sobre el muro de Palestina”, *Revista internacional de culturas y literaturas*, 1, pp. 1–10.
- BRENNER, L. (2010): *Sionismo y fascismo. El sionismo en la época de los dictadores*, Bósforo, Madrid.
- CAMARGO, J. J. (2007–2008): “Un choque de ignorancias y definiciones. El mito del ‘choque de civilizaciones’ a partir

del pensamiento de Edward W. Said”, *Taula: Quaderns de pensament*, 41, pp. 23–36.

CARTER, J. (2006): *Palestine: Peace Not Apartheid*, Simon and Schuster, Nueva York.

CÉSAIRE, A. (2006 [1950]): *Discurso sobre el colonialismo*, Akal, Madrid.

CHECA, D. (2017): “El movimiento nacional palestino después de la Nakba (1950–1987)”, en A. Basallote Marín, D. Checa Hidalgo, L. López Arias y J. Ramos Tolosa, *Existir es resistir. Pasado y presente de Palestina–Israel*, Editorial Comares, Granada, pp. 99–126.

– (2017b): “Las resistencias palestinas desde la primera intifada”, en A. Basallote Marín, D. Checa Hidalgo, L. López Arias y J. Ramos Tolosa, *Existir es resistir. Pasado y presente de Palestina–Israel*, Editorial Comares, Granada, pp. 215–241.

– (2019): “Políticas de hechos consumados en Jerusalén: prácticas coloniales en la Ciudad Santa”, en J. Ramos Tolosa y D. Checa Hidalgo (coords.), *Comprender Palestina–Israel: Estudios pluridisciplinarios y decoloniales*, Editorial Universidad de Granada, Granada, pp. 38–71.

CHOMSKY, N. y PAPPÉ, I. (2011): *Gaza en crisis. Reflexiones sobre la guerra de Israel contra los palestinos*, Taurus, Madrid.

CLARKE, T. (1981): *By Blood and Fire: the attack on the King David Hotel*, Putnam, Nueva York.

COLLINS, J. (2007): "Global Palestine: A Collision for Our Time", *Critique: Critical Middle Eastern Studies*, 16, 1, pp. 3–18.

– (2011): "Más allá del 'conflicto': Palestina y las estructuras profundas de la colonización global", *Política y Sociedad*, 48, 1, pp. 139–154.

DALY, M. W. (ed.) (1999): *The Cambridge History of Egypt: Modern Egypt, From 1517 to the End of the Twentieth Century, volume 2*, Cambridge University Press, Cambridge.

DARWEISH, M. y RIGBY, A. (2015): *Popular Protest in Palestine: The uncertain future of unarmed Resistance*, Pluto Press, Londres.

DARWISH, M. (2012): *En presencia de la ausencia* (traducción de L. Gómez), Pre-textos, València.

DAVIS, U. (2003 [1987]): *Apartheid Israel: Possibilities for the Struggle Within*, Zed Books, Londres–Nueva York.

DOMÍNGUEZ, I. (2020): "Islas palestinas en un mar israelí", *El Periódico*, 29 de enero de 2020. Disponible [www.elperiodico.com/es/opinion/20200129/islas-palestinas-en-un-mar-israeli-articulo-itxaso-dominguez-7827414](http://www.elperiodico.com/es/opinion/20200129/islas-palestinas-en-un-mar-israeli-articulo-itxaso-dominguez-7827414)

EFFARAH, J. E. (2013): *Think Palestine: To Unlock Us–Israelis and Arabs Conflicts, vol. II*, AuthorHouse (libro electrónico).

– (2019): *Think Palestine, vol. III*, AuthorHouse (libro electrónico).

- ELIAV, A. L. (1994): "The Absorption of One Million Immigrants by Israel in the 1950s", *Refuge: Canada's Journal on Refugees*, vol. 14, 6, pp. 11–14.
- ENCEL, F. (2015): *Géopolitique du sionisme. Stratégies d'Israël*, Éditions Armand Colin, París, 2015.
- EGURBIDE, P. (2002): "Piqué pide iniciar el debate formal de sanciones de la UE contra Israel", *El País*, 10 de abril de 2002.
- FANON, F. (1999 [1961]): *Los condenados de la tierra*, Txalaparta, Tafalla.
- FARSOUN, S. K. y ZACHARIA, C. E. (1997): *Palestine and the Palestinians*, Westview Press, Boulder.
- FERNEA, E. W. y HOCKING, M. E. (1992): *The Struggle for Peace: Israelis and Palestinians*, University of Texas Press, Austin.
- FINKELSTEIN, N. G. (2002): *La industria del Holocausto: reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*, Siglo XXI de España, Madrid.
- (2003): *Image and Reality of the Israel–Palestine Conflict*, Verso, Londres–Nueva York (trad. esp. [2003]: *Imagen y realidad del conflicto palestino–israelí*, Akal, Madrid).
- (2014): *Method and madness: the hidden story of Israel's assaults on Gaza*, OR Books, Londres.
- (2018): *Gaza: An Inquest into Its Martyrdom*, University of California Press, Oakland.

- FIRRO, K. (2002): *Inventing Lebanon. Nationalism and the State Under the Mandate*, I. B. Tauris, Londres.
- FISK, R. (2001): *Pity the Nation: Lebanon at War*, Oxford University Press, Oxford.
- FLEISCHMANN, E. L. (2003): *The Nation and Its “New” Women: The Palestinian Women’s Movement, 1920–1948*, University of California Press, Berkeley.
- GALNOOR, I. y BLANDER, D. (2018): *The Handbook of Israel’s Political System*, Cambridge University Press, Nueva York.
- GANIM, A. (2001): *The Palestinian–Arab Minority in Israel, 1948–2000: A Political Study*, State University of New York Press, Albany.
- GARCÍA–GRANADOS, J. (1948): *The Birth of Israel: The Drama as I Saw It*, Alfred A. Knopf, Nueva York.
- GIJÓN, M. (2008): “Los ‘nuevos historiadores’ israelíes. Mitos fundacionales y desmitificación”, *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos (REIM)*, 5, pp. 27–41.
- (2015): *Historia del movimiento de mujeres en Palestina*, Txalaparta, Tafalla.
- GILAD, Z. (1955): *El libro del Palmaj*, vol. 2 (en hebreo), Kibbutz Meuhad, Tel Aviv.
- GILBERT, M. (1998): *Israel: A History*, Black Swan, Londres.

GÓMEZ, L. (ed.) (2014): *BDS por Palestina. El boicot a la ocupación y el apartheid israelíes*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Guadarrama.

– (2018): *Entre la sharía y la yihad: una historia intelectual del islamismo*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

GREENSTEIN, R. (2009): “Socialist Anti-Zionism: A chapter in the history of the Israeli radical left”, *Socialist History*, 35, pp. 20–39.

HAARETZ (2014): “Holocaust Survivors Condemn Israel for ‘Gaza Massacre,’ Call for Boycott”, *Haaretz*, 23 de Agosto de 2014.

HABERMAN, C. (1994): “West Bank Massacre; Israel Eases Curfew in Territories; Ensuing Riots Deepen Pessimism”, *The New York Times*, 03 de marzo de 1994.

HAREL, A. y BENN, A. (2002): “Peres calls IDF operation in Jenin a ‘massacre’”, *Haaretz*, 09 de abril de 2002.

HELLER, J. (1995): *The Stern Gang. Ideology, Politics and Terror, 1940–1949*, Frank Cass, Londres–Portland.

HERMEZ, S. (2017): *War Is Coming: Between Past and Future Violence in Lebanon*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia.

HERZL, T. (2009 [1896]): *Der Judenstaat. Versuch einer modernen Lösung der Judenfrage*, Grin Verlag, Norderstedt. Trad. cast. (2005 [1896]): *El Estado judío*, Riopiedras, Buenos Aires.

- HESSEL, S. y SANBAR, E. (2012): *El superviviente y el exiliado*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid.
- HILTERMANN, J. R. (1991): “The Women’s Movement During the Uprising”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 20, 3, pp. 48–57.
- HUGHES, M. (2009): “The banality of brutality: British armed forces and the repression of the Arab Revolt in Palestine, 1936–39”, *English Historical Review*, vol. 124, 507, pp. 314–354.
- IZQUIERDO, F. (2006): “Sionismo y separación étnica en Palestina durante el Mandato británico: la defensa del trabajo judío”, *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 10, pp. 205–228.
- (2007): “Las raíces del apartheid en Palestina: La judaización del territorio durante el Mandato británico”, *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 11, pp. 229–255.
- JAMAL, A. (2005): *The Palestinian National Movement: Politics of Contention, 1967–2005*, University of Indianapolis, Indianápolis.
- JEBREAL, R. (2005): *La strada dei fiori di Miral*, Bur, Milán.
- JOHNSON, P. (1986): “Palestinian Universities under Occupation”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 15, 4, pp. 127–133.
- JOURNAL OF PALESTINE STUDIES (2012): “JPS Responds to CAMERA’s Call for Accuracy: Ben–Gurion and the Arab

Transfer”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 41, 2, pp. 245–250.

JUDT, T. (2008): “Una sombría victoria: la guerra de los Seis Días”, en T. Judt, *Sobre el olvidado siglo XX*, Taurus, Madrid, pp. 259–275.

KASSEM, F. (2011): *Palestinian Women: Narrative Histories and Gendered Memory*, Zed Books, Nueva York.

KAWAR, A. (1996): *Daughters of Palestine: Leading Women of the Palestinian National Movement*, State University of New York Press, Albany.

KHALED, L. y HAJJAR, G. (ed.) (2014): *El meu poble viurà. Autobiografia d’una revolucionària*, Tigre de Paper, Manresa.

KHALIDI, R. (2007): *The Iron Cage. The Story of the Palestinian Struggle for Statehood*, Oneworld, Oxford.

KHALIDI, W. (1961): “Plan Dalet: The Zionist Master Plan for the Conquest of Palestine”, *Middle East Forum*, vol. 37, 9, pp. 22–28.

– (1988): “Plan Dalet Revisited”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 18, 1, pp. 3–37.

– (1997): “Revisiting the UNGA Partition Resolution”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 27, 1, pp. 5–21.

– (1998): “Selected Documents on the 1948 Palestine War”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 27, 3, pp. 60–105.

- KHOURY, E. (2006): *Gate of the Sun*, Vintage, Londres.
- KIMMERLING, B. (1999): “Religion, Nationalism and Democracy in Israel”, *Constellations*, vol. 6, 3, pp. 339–363.
- KLEIN, M. (2019): *Arafat and Abbas: Portraits of Leadership in a State Postponed*, Oxford University Press, Londres–Nueva York.
- KRÄMER, G. (2009): *Historia de Palestina: desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*, Siglo XXI, Madrid.
- LERA, M. J. y ABU–TAWAHINA, A. (2019): “Situaciones traumáticas en Gaza y su impacto en la adolescencia: propuestas psico-educativas para fortalecer la resiliencia”, en J. Ramos Tolosa y D. Checa Hidalgo (coords.), *Comprender Palestina–Israel: Estudios pluridisciplinares y decoloniales*, Editorial Universidad de Granada, Granada, pp. 107–124.
- LEVENBERG, C. (1993): *Military Preparations of the Arab Community in Palestine: 1945–1948*, Routledge, Londres.
- LIVIO, O. y KATRIEL, T. (2014): “A Fractured Solidarity: Communitas and Structure in the Israeli 2011 Social Protest”, en P. Werbner, M. Webb y K. Spellman–Poots (eds.), *Political Aesthetics of Global Protest: The Arab Spring and Beyond*, Edinburgh University Press, Edimburgo, pp. 147–176.
- LÓPEZ ALONSO, C. (2007): *Hamás. La marcha hacia el poder*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

- LÓPEZ, L. (2017a): “El proceso de la paz liberal: de Madrid y Oslo al colapso”, en A. Basallote Marín, D. Checa Hidalgo, L. López Arias y J. Ramos Tolosa: *Existir es Resistir. Pasado y presente de Palestina–Israel*, Editorial Comares, Granada, pp. 127–150.
- (2017b): “La comunidad internacional y la cooperación con Palestina. Un análisis decolonial”, en A. Basallote Marín, D. Checa Hidalgo, L. López Arias y J. Ramos Tolosa, *Existir es Resistir. Pasado y presente de Palestina–Israel*, Editorial Comares, Granada, pp. 151–176.
- MANSOUR, C. y FAWAZ, L. T. (eds.) (2009): *Transformed Landscapes: Essays on Palestine and the Middle East in Honor of Walid Khalidi*, The American University in Cairo Press, El Cairo.
- MANSOUR–MÉRIEN, S. (2013): *L’Histoire occultée des palestiniens 1947–1953*, Éditions Privat, Toulouse.
- MASALHA, N. (1988): “On Recent Hebrew and Israeli Sources for the Palestinian Exodus, 1947–1949”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 18, 1, pp. 121–137.
- (2002): *Israel: teorías de la expansión territorial*, Bellaterra, Barcelona.
- (2012): *The Palestine Nakba: Decolonising History, Narrating the Subaltern and Reclaiming Memory*, Zed Books, Londres–Nueva York.
- MAYER, A. (2010): *El arado y la espada: del sionismo al Estado de Israel*, Península, Barcelona.

MAZOWER, M. (2009): *No Enchanted Palace: The End of Empire and the Ideological Origins of the United Nations*, Princeton University Press, Princeton.

MCGOWAN, D. A. y HOGAN, M. C. (1999): *The Saga of Deir Yassin: Massacre, Revisionism and Reality*, Deir Yassin Remembered, Génova–Nueva York.

MEARSHEIMER, J. y WALT, S. (2007): *The Israel Lobby and U.S. Foreign Policy*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.

MORRIS, B. (1987): *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947–1949*, Cambridge University Press, Cambridge.

– (1993): *Israel's Border Wars, 1949–1956. Arab Infiltration, Israeli Retaliation, and the Countdown to the Suez War*, Clarendon Press, Oxford.

– (2001): *Righteous Victims: A History of the Zionist–Arab Conflict, 1881–1999*, Vintage, Nueva York.

– (2008): *1948. A History of the First Arab–Israeli War*, Yale University Press, New Haven–Londres.

MUNAYYER, S. (1998): “The Fall of Lydda”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 27, 4, pp. 80–98.

NASSAR, N. (1911): *Al–Sihyuniyya: Tarikhuha, gharaduha, ahamiyyatuha (Sionismo: su historia, su objetivo y su importancia)*, Al–Karmil Press, Haifa.

- NORTON, A. R. y SCHWEDLER, J. (1993): “(In)security Zones in South Lebanon”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 23, 1, pp. 61–79.
- NUSEIBEH, H. Z. (1981): *Palestine and the UN*, Quartet Books, Nueva York.
- PAPPÉ, I. (1988): *Britain and the Arab–Israeli Conflict, 1948–1951*, MacMillan, Nueva York.
- (2007): *Historia de la Palestina moderna: un territorio, dos pueblos*, Akal, Madrid.
  - (2008): *La limpieza étnica de Palestina*, Crítica, Barcelona.
  - (2011): “Racimos de historia: la implicación de Estados Unidos en la cuestión palestina”, en N. Chomsky e I. Pappé, *Gaza en crisis. Reflexiones sobre la guerra de Israel contra los palestinos*, Taurus, Madrid, pp. 25–62.
  - (2014): *The idea of Israel. A History of power and knowledge*, Verso, Londres–Nueva York.
  - (2017a): *The Biggest Prison on Earth. A History of the Occupied Territories*, Oneworld Publications (libro electrónico).
  - (2017b): *Los palestinos olvidados. Historia de los palestinos de Israel*, Akal, Madrid.
- PARADELA, N. (2004): “Recuerdos de un comunista palestino en la guerra española”, *Nación Árabe*, 51, pp. 137–152.

- PARRY, W. (2011): *Against the Wall: The Art of Resistance in Palestine*, Lawrence Hill Books, Chicago.
- PARSONS, N. y SALTER, M. B. (2008): “Israeli Biopolitics: Closure, Territorialisation and Governmentality in the Occupied Palestinian Territories”, *Geopolitics*, vol. 13, 4, pp. 701–723.
- PÉREZ, I. (2020): “El ‘robo’ del siglo de Palestina”, *Arainfo*, 03 de febrero de 2020. Disponible en <https://arainfo.org/el-robo-del-siglo-de-palestina>
- PHILLIPS, D. L. (2009): *From Bullets to Ballots: Violent Muslim Movements in Transition*, Transaction Publishers, New Brunswick.
- PRIOR, M. (1999): *Zionism and the State of Israel: A Moral Inquiry*, Routledge, Londres.
- QASSEM, N. (2005): *Hizbullah: The Story from Within*, Saqi Books, Londres.
- RABKIN, Y. M. (2010): “Language in Nationalism: Modern Hebrew in the Zionist Project”, *Holy Land Studies: A Multidisciplinary Journal*, vol. 9, 2, pp. 129–145.
- RADAI, I. (2011): “Yafa, 1948: The fall of a city”, *Journal of Israeli History: Politics, Society, Culture*, vol. 30, 1, pp. 23–43.
- RAMOS TOLOSA, J. (2014a): “La Comisión de Palestina de 1948: la misión imposible de Pablo de Azcárate”, *Ayer*, 93, pp. 189–213.

- (2014b): “‘Un país de desolación, sílices y cenizas’. El mito de Palestina como tierra virgen en el discurso sionista”, *Historia Social*, 78, pp. 117–134.
- (2015): “¿‘No hay eco en el eco’?. El memoricidio de la Nakba y sus resistencias”, *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos (REIM)*, 18, pp. 164–186.
- (2019a): “Otro marco para comprender Palestina–Israel y planteamientos para un análisis decolonial”, en J. Ramos Tolosa y D. Checa Hidalgo (coords.), *Comprender Palestina–Israel: Estudios pluridisciplinares y decoloniales*, Editorial Universidad de Granada, Granada, pp. 15–38.
- (2019b): *Los años clave de Palestina–Israel: Pablo Azcárate y la ONU (1947–1952)*, Marcial Pons, Madrid.

RICHARDSON, C. B. (1950): “The United Nations Relief for Palestine Refugees”, *International Organization*, 4, pp. 44–54.

RIGBY, A. (1991): *Living the intifada*, Zed Books, Londres.

ROBINSON, J. A. (1987): *The Montgomery Bus Boycott and the Women. Who Started It: The Memoir of Jo Ann Gibson Robinson*, University of Tennessee Press, Knoxville.

ROGAN, E. L. (2009): *The Arabs: A history*, Basic Books, Nueva York.

ROGAN, E. L. y SHLAIM, A. (eds.) (2001): *The War for Palestine. Rewriting the History of 1948*, Cambridge University Press, Cambridge–Nueva York.

ROSE, J. (2005): *The Question of Zion*, Princeton University Press, Princeton–Oxford.

ROSS, S. (2004): *Causes and Consequences of the Arab–Israeli Conflict*, Evans Brothers, Nueva York.

SA’DI, A. H. (2002): “Catastrophe, Memory and Identity: Al–Nakbah as a Component of Palestinian Identity”, *Israel Studies*, vol. 7, 2, pp. 175–198.

SAID, E. W. (2003 [1978]): *Orientalismo*, Debolsillo, Barcelona.

– (2013 [1979]): *La cuestión palestina*, Debate, Barcelona.

– (1991): “Reflections on twenty years of Palestinian History”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 20, 4, pp. 5–22.

– (1996): *Peace and Its Discontents: essays on Palestine in the Middle East peace process*, Vintage Nueva York.

– (2003): *Fuera de lugar*, Debolsillo, Barcelona.

SAND, S. (2011): *La invención del pueblo judío*, Akal, Madrid.

– (2013): *La invención de la Tierra de Israel: de Tierra Santa a madre patria*, Akal, Madrid.

SANZ, J. C. (2019): “El fiscal general de Israel imputa a Netanyahu por soborno y fraude”, *El País*, 24 de noviembre de 2019.

SCHNEER, J. (2012): *The Balfour Declaration: The Origins of the Arab–Israeli Conflict*, Anchor Canada (Random House), Toronto.

- SCHWARZE, E. (2015): *Public Opinion and Political Response in Palestine: Leadership, Campaigns and Elections since Arafat*, I. B. Tauris, Londres.
- SEGEV, T. (2000): *One Palestine, Complete*, Metropolitan Books, Nueva York.
- SHINDLER, C. (2015): *The Rise of the Israeli Right: From Odessa to Hebron*, Cambridge University Press, Nueva York.
- SHLAIM, A. (1988): *Collusion Across the Jordan: King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine*, Clarendon Press, Oxford.
- (1990): “The Rise and Fall of the All–Palestine Government in Gaza”, *Journal of Palestine Studies*, vol. 20, 1, pp. 37–53.
  - (2008): *Lion of Jordan: The Life of King Hussein in War and Peace*, Vintage Books, Nueva York.
  - (2011): *El muro de hierro. Israel y el mundo árabe*, Almed, Granada.
- SHULMAN, D. (2010): *Dark Hope: Working for Peace in Israel and Palestine*, Rhyw (libro electrónico).
- SINIVER, A. (ed.) (2013): *The Yom Kippur War: Politics, Diplomacy, Legacy*, Oxford University Press, Oxford.
- SLONIM, S. (1998): *Jerusalem in America’s Foreign Policy, 1947–1997*, Kluwer Law International, La Haya–Boston.

- SOUSA SANTOS, B. DE y MENESES, M. P. (eds.) (2014): *Epistemologías del Sur (Perspectivas)*, Akal, Madrid.
- STERNHELL, Z. (1998): *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*, Princeton University Press, Princeton.
- TAMARI, S. (ed.) (1999): *Jerusalem 1948: The Arab Neighborhoods and their Fate in the War*, Institute of Jerusalem Studies–Badil Resource Center, Al–Quds–Jerusalén.
- TAMARI, S. y NASSAR, I. (2013): *The Storyteller of Jerusalem. The Life and Times of Wasif Jawhariyyeh, 1904–1948*, Olive Branch Press (libro electrónico).
- TAMIMI, M. *et al.* (2018): *Ahed Tamimi: A Girl Who Fought Back*, Vaktel Forlag, s.l.
- TILLEY, V. (2007): *Palestina/Israel: un país, un Estado: una iniciativa audaz para la paz*, Akal, Madrid.
- TOMEH, G. J. (ed.) (1987): *United Nations Resolutions on Palestine and the Arab–Israeli Conflict: 1947–1974*, Institute for Palestine Studies, Washington, D. C.
- TRAVERSO, E. (2013): *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*, Publicacions de la Universitat de València (PUV), València.
- TRUMAN, H. S. (1956): *Memoirs, vol. 2: Years of Trial and Hope*, Doubleday, Nueva York.

- VIRILIO, P. (1998): “The Suicidal State”, en J. Der Derian (ed.), *The Virilio Reader*, Blackwell, Malden, pp. 29–45.
- WARSCHAWSKI, M. (2007): “Israel–Palestine: A lack of perspective”, en F. Polet, *The State of Resistance: Popular Struggles in the Global South*, Zed Books, Londres–Nueva York.
- WEIZMAN, E. (2012): *A través de los muros: cómo el Ejército israelí se apropió de la teoría crítica postmoderna y reinventó la guerra urbana*, Errata naturae, Madrid.
- WOLFE, P. (1994): “Nation and Miscegenation: Discursive Continuity in the Post–Mabo Era”, *Social Analysis*, 36, pp. 93–152.
- YANIV, A. (1993): *National Security and Democracy in Israel*, Lynne Rienner Publishers, Boulder.
- ZOHAR, Z. (2005): *Sephardic and Mizrahi Jewry: From the Golden Age of Spain to modern times*, New York University Press, Nueva York.



## ACERCA DEL AUTOR

JORGE RAMOS TOLOSA es Doctor en Historia Contemporánea y Profesor Titular de Universidad del Departament d'Història Moderna i Contemporània de la Universitat de València.

Su tesis doctoral cuenta con Mención Internacional, fue calificada con sobresaliente "cum laude" y recibió el Premio Extraordinario de Doctorado. Fue dirigida por el catedrático de Historia Contemporánea Ismael Saz Campos y por la catedrática de Historia Contemporánea M<sup>a</sup> Cruz Romeo Mateo. Esta tesis doctoral es una investigación histórica sobre Palestina–Israel titulada: *¿Las Naciones Unidas no son*

*nada'?* Pablo de Azcárate y el fracaso de la ONU en Palestina (1947–1952), de libre acceso en:

<https://www.educacion.gob.es/teseo/imprimirFicheroTesis.do?idFichero=2z1vKUBtC8c%3D>

Ha publicado 4 libros de autoría única sobre Palestina–Israel:

- Jorge Ramos Tolosa: *Palestina desde las Epistemologías del Sur*, Buenos Aires, CLACSO–CES Universidade de Coimbra, 2022, descarga libre en pdf:

<https://libreria.clacso.org/publicacion.php?p=2498&c=56>  
(1ª edición presentada en México en junio de 2022 en el congreso de CLACSO. 2ª edición actualizada publicada en julio de 2024 por la Editorial Trinchera presentada en la Feria Internacional del Libro de Venezuela –FILVEN– de 2024)

- Jorge Ramos Tolosa: *Una historia contemporánea de Palestina–Israel*, Madrid, Catarata, 2020,

[https://www.catarata.org/libro/una-historia-contemporanea-de-palestina-israel\\_149985/](https://www.catarata.org/libro/una-historia-contemporanea-de-palestina-israel_149985/) (3ª edición actualizada publicada en octubre de 2024)

- Jorge Ramos Tolosa: *Palestina. Una història essencial*, València, Sembra Llibres, 2020,

sembrallibres.com/llobres/palestina-una-historia-essencial/ (6ª edición actualizada publicada en diciembre de 2024)

- Jorge Ramos Tolosa: *Los años clave de Palestina-Israel. Pablo de Azcárate y la ONU (1947-1952)*, Madrid, Marcial Pons, 2019, [marcialpons.es/libros/los-anos-clave-de-palestina-israel/9788416662951/](http://marcialpons.es/libros/los-anos-clave-de-palestina-israel/9788416662951/)

También coordinó junto al profesor Diego Checa el libro *Comprender Palestina-Israel: estudios pluridisciplinares y decoloniales* (Editorial Universidad de Granada, 2019) y es coautor de los siguientes libros: *València viva i combativa* (Sembra Llibres, 2021), *Existir es Resistir. Pasado y presente de Palestina-Israel* (Comares, 2017) y *Memòria democràtica i patrimoni. 1936-1939. Conèixer, difondre i posar en valor* (Universitat de València, 2017).

Sus principales líneas de investigación son: Palestina-Israel; los estudios postcoloniales-decoloniales, arabo-islámicos, las Epistemologías del Sur, el racismo/antirracismo, las migraciones y los Derechos Humanos; la historia y memoria de la II República, de la Guerra Civil Española y de la dictadura franquista; la extrema derecha; y los movimientos sociales.

Además de Premio Extraordinario de Doctorado, es Premio Extraordinario de la Licenciatura de Historia (2009) por la Universitat de València y Premio Extraordinario del Máster

Interuniversitario de Historia Contemporánea (2010). Investigador visitante en la London School of Economics and Political Science bajo la dirección del Dr. Paul Preston (2011) y en la Université Paris 8 bajo la dirección de la Dra. Mercedes Yusta (2014).

Ha sido profesor del Curso Internacional–Especialización (máster online)

"Epistemologías del Sur" del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), de la Facultad Latino–Americana de Ciencias Sociais (FLACSO Brasil) y de la Universidade de Coimbra entre 2017 y 2023.

Ha escrito capítulos en libros como: *Contra los lugares Comunes. Historia, memoria y nación en la España democrática* (Catarata, 2022), capítulo –para desmentir este título/lugar común/tópico– "En España no hay racismo"; en la obra *Neofascismo. La bestia neoliberal* (Siglo XXI Editores, 2019), capítulo "Memoria y (anti)fascismo"; en el libro *Epistemologías del Sur* (CLACSO, 2018), capítulo "Propuestas para decolonizar Palestina–Israel" (disponible en: [http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20181124092336/Epistemologias\\_del\\_sur\\_2018.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20181124092336/Epistemologias_del_sur_2018.pdf)); en el libro *València capital de la República: 1936–1937* (Ajuntament de València, 2016), capítulo "El combat contra l'oblit: la memòria de la València capital de la República i de la Guerra Civil des de les associacions i els moviments socials (1995–2015)"; o en la obra *Lecciones Sobre Estado Social y Derechos*

*Sociales* (Tirant Lo Blanch, 2014), capítulo, junto a Juan Carlos Colomer: "Antecedentes, Transición y Estado social en España").

Últimos artículos de divulgación sobre Palestina–Israel en *Público*:

- (Septiembre 2025): *Esta Vuelta la ha ganado Palestina*: <https://www.publico.es/opinion/columnas/vuelta-ganado-palestina.html>

- (Mayo 2025): *El “momento sudafricano”: el genocidio puede acabar con Israel*:

<https://www.publico.es/opinion/columnas/momento-sudafricano-genocidio-puede-acabar-israel.html>

- (Diciembre 2024): *Palestina: el año del genocidio, el año de la solidaridad*:

<https://www.publico.es/opinion/columnas/palestina-ano-genocidio-ano-solidaridad.html>

- (Agosto 2024): *¿El principio del fin del régimen colonial israelí?*: <https://blogs.publico.es/otrasmiradas/85767/el-principio-del-fin-del-regimen-colonial-israeli/>

- (Febrero 2024): *El origen de la "solución de los dos Estados" en Palestina y por qué es colonial, injusta e inviable*:

<https://blogs.publico.es/otrasmiradas/79563/el-origen-de-la-solucion-de-los-dos-estados-en-palestina-y-por-que-es-colonial-injusta-e-inviable/>

- (Octubre 2023): *Todo está en el contexto: cinco claves históricas y actuales para entender Palestina:*

<https://blogs.publico.es/otrasmiradas/77078/todo-esta-en-el-contexto-5-claves-historicas-y-actuales-para-entender-palestina/>

- (Abril 2023): *La memoria hierve en Palestina: el presente eterno de Deir Yassin:*

<https://blogs.publico.es/otrasmiradas/70803/la-memoria-hierve-en-palestina-el-presente-eterno-de-deir-yassin/>

Ha sido miembro de proyectos de investigación sobre la Historia de España del siglo XX tanto del Ministerio de Educación como del Ministerio de Ciencia e Innovación, la mayoría de ellos dirigidos por el catedrático de Historia Contemporánea Ismael Saz Campos.

Colaborador en varios proyectos didácticos y de innovación docente universitaria.

Ha impartido conferencias sobre Palestina/Israel e Historia y Memoria en diversas universidades, centros sociales e institutos, además de haber presentado ponencias en congresos internacionales celebrados en el Estado español y

en el extranjero (Argentina, Colombia, Francia, Grecia, Italia, Marruecos, México, Palestina, el Reino Unido, Rumanía, Turquía o Venezuela).

Ha publicado en revistas académicas como *Ayer* (nº 93 y nº 124 –coordinador del dossier–), *Historia Social* (nº 78), *Nuestra Historia* (nº 7), *Pasado y Memoria* (nº 24), *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos (REIM)*, nº 15) o *Revista de Paz y Conflictos* (vol. 13, nº 2) y en diversas revistas y periódicos de divulgación. Fue cofundador y miembro del colectivo editor de *Ecléctica, revista de Estudios Culturales*, publicación activa entre 2010 y 2015. Ha asistido como especialista a reuniones sobre Palestina–Israel en el Parlamento Europeo y ha sido entrevistado, ha intervenido o ha publicado en medios de comunicación como: El País, Radio Nacional de España, La 2 de Televisión Española (TVE), Canal 24 Horas de TVE, Cadena SER (en el programa "Hora 25" con Àngels Barceló), La Sexta Noticias, Público, eldiario.es, À Punt, Levante–EMV, Info Libre, Canal Red, Rebelión, La Directa, El Salto, Diagonal, Radio Aragón, Ràdio Klara, Ràdio Malva, Levante TV o CV Ràdio, y también internacionales como: Al Jazeera (Qatar), al–Araby–The New Arab (Reino Unido), La Colectiva (Argentina), Globovisión, TeleSUR y Venezuela News (Venezuela), Revista Siempre! (México), Sputnik News (Rusia) o Weave News (Estados Unidos).

Es evaluador/revisor externo de revistas científicas como *Anaquel de Estudios Árabes*, *Cuestiones Pedagógicas*,

*Historia Actual Online, Historia Contemporánea, Historia Social, Journal of Feminist, Gender and Women Studies, Relaciones Internacionales o Revista de Paz y Conflictos.* También de las editoriales académicas Palgrave Macmillan y Comares.

Es uno de los tres coordinadores del Grupo Especial "Palestina y América Latina" del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y es miembro del Grupo de Trabajo "Epistemologías del Sur" también de CLACSO. Igualmente, es miembro del grupo de investigación South Training Action Network of Decoloniality (STAND), dirigido por el profesor Antonio Ortega Santos de la Universidad de Granada: [standugr.com](http://standugr.com)

Desde finales de 2023 coordina el nuevo Laboratorio de Epistemologías de Sur de la Universitat de València, integrado en el Observatorio Universitario Internacional de Cultura Inmaterial y Aldea Global, en el que es responsable de su Comité de Oriente Próximo. También participa en la Comisión Diversidades de la Universitat de València.

Fue miembro de la Comisión (Des)Memòria de la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de València (2015–2016), que ha organizado el programa de actividades "València capital de la República 2016–1936" (<http://links.uv.es/pU8nkCv>). Este trabajo ha recibido la atención de medios de comunicación españoles como El País

([bit.ly/1ocO9zn](http://bit.ly/1ocO9zn)) o ABC ([bit.ly/1WiXLTH](http://bit.ly/1WiXLTH)) e internacionales como The New York Times

([http://nytimes.com/2015/11/20/world/europe/in-spain-civil-war-legacy-continues-to-divide-politics-and-streets.html?\\_r=0](http://nytimes.com/2015/11/20/world/europe/in-spain-civil-war-legacy-continues-to-divide-politics-and-streets.html?_r=0)).

También es miembro del Aula Història i Memòria Democràtica de la Universitat de València y guía recorridos histórico-culturales por la València capital de la República y de la Guerra Civil, así como otras rutas sobre mujeres en la II República y la Guerra Civil.

Asimismo, ha sido el comisario de las exposiciones: "València viva i combativa" (Centre del Carme Cultura Contemporània, inaugurada en junio de 2023), "Primavera Valenciana" (a petición del Ayuntamiento de València e inaugurada en el IES Lluís Vives en febrero de 2022), "Soñar mucho y dormir poco: el 15M en València" (a petición del Ayuntamiento de València e inaugurada en la plaza del Ayuntamiento de València en mayo de 2021) y "El tiempo suspendido: los campos de personas refugiadas palestinas en el Líbano" (Centro Cultural la Nau de la Universtat de València, inaugurada en mayo de 2021). También ha sido uno de los comisarios de la exposición itinerante de la Universitat de València "Memòria democràtica i patrimoni. 1936-1939. Conèixer, difondre i posar en valor" (2017-2018) y ha participado en el equipo de investigación de la exposición

itinerante de la Diputació de València "No tindreu pau després de la guerra" (2018).

Ha participado en documentales sobre la Guerra Civil española interviniendo como especialista académico en "Calderona, la serra més propera" (2016), "Passava per aquí" (2017–2018 y con Carme Bernat, dedicado a Dorothy Parker y a su estancia en València durante la Guerra Civil, disponible aquí: <https://apuntmedia.es/va/a-la-carta/programes/vist-en-tv/passava-per-aci/10-08-2018-valencia-dorothy-parker>), "Encontres d'Exili I" y "Encontres d'Exili II" (2018 y 2021, respectivamente, de los cuales ha sido codirector, y disponibles aquí: <https://encontresdexili.org/documental/>), "Quan la mort ve del cel" (2018, sobre los bombardeos franquistas–nazi–fascistas en Gandia y la Safor durante la Guerra Civil española, disponible aquí:

[youtube.com/watch?v=8s10iYotU\\_Q](https://www.youtube.com/watch?v=8s10iYotU_Q)) o "El amargo final de la República", del que ha sido coguionista y que se estrenó en 2020

(<https://www.youtube.com/watch?v=a6bKuJenrDY>).